



KATE AUSTEN

NOS PROMETIMOS EL CIELO

Una historia de segundas
oportunidades y de cómo se puede
abrir de nuevo el corazón al amor.

Click
EDICIONES



KATE AUSTEN

NOS PROMETIMOS EL CIELO

Una historia de segundas
oportunidades y de cómo se puede
abrir de nuevo el corazón al amor.

Click
EDICIONES



KATE AUSTEN

NOS PROMETIMOS EL CIELO

Una historia de segundas
oportunidades y de cómo se puede
abrir de nuevo el corazón al amor.

Click
EDICIONES

Índice

[Portada](#)

[Portadilla](#)

[Prefacio](#)

[I PARTE. La decisión de Rosemary](#)

[Capítulo I. La primera carta](#)

[Capítulo II. A corazón abierto](#)

[Capítulo III. Terapia de pareja](#)

[II PARTE. Frente al hombre que todo lo puede](#)

[Capítulo IV. Una reunión inquietante](#)

[Capítulo V. ¿Quién es Mary?](#)

[Capítulo VI. La llamada](#)

[Capítulo VII. Una invitación a cenar](#)

[III PARTE. Viajar hasta Mallorca](#)

[Capítulo VII. Confesiones de madrugada](#)

[Capítulo VIII. Alta sociedad](#)

[Capítulo IX. El reencuentro](#)

[IV PARTE. Renacer](#)

[Capítulo X. Alejarse no es despedirse](#)

[Capítulo XI. Torre Mountbatten](#)

[Epílogo](#)

[La vida misma](#)

[Nota de la autora](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

■

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos! Primeros capítulos Fragmentos de próximas publicac
Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales: Explora De

Nos prometimos el cielo

Kate Austen

Clac

EDICIONES

Prefacio

Amber tenía una clara meta en la vida: ser la mejor. Encontrar el lugar más recóndito cuando jugaba al escondite en su infancia, sacar las notas más altas en el colegio, ganar todos los casos como abogada cuando empezase a ejercer su profesión, convertirse en inolvidable para los hombres que pasaran por su vida, ser una excelente jefa para sus empleados, madre para sus hijos, esposa para su futuro marido... Siempre lo tenía todo muy claro; desde niña sabía lo que quería, cómo, cuándo y dónde; esa actitud se fue acentuando con el paso de los años. Urdía continuamente ideas y proyectos, que de una forma u otra siempre conseguía llevar a cabo. Lo que para muchos sería exceso de actividad, para Amber se trataba de una forma de vida. Cuando no estaba haciendo varias cosas a la vez, se aburría.

En el colegio no pasó por alto ni una sola actividad extraescolar, como las clases de piano, la iniciación al patinaje, o las excursiones y actividades culturales. Siempre fue muy teatrera y participaba en todas las fiestas y funciones que se organizaban por cualquier motivo; le gustaba bailar, interpretar, cantar, disfrazarse... A la salida de las clases, siempre quedaban en casa de una u otra amiga para pasar horas ensayando pasos, bailes, diálogos, probándose los vestidos que les podían servir como disfraces; se lo pasaban en grande y se hicieron muy populares entre padres y profesores porque transmitían mucha alegría entre la monotonía escolar.

El curso de la graduación lo recordaba con cariño; tuvo la suerte de compartirlo con nuevas amistades que le iban a durar para toda la vida; juntos formaban un grupo simpático, con ganas de pasarlo bien y de descubrir todo lo que la vida les empezaba a ofrecer como los casi adultos en los que se estaban convirtiendo. Sus comienzos como universitaria tuvieron un sabor agri dulce. A la lógica alegría del inicio de una etapa decisiva en la vida de cualquiera, se unía la melancolía que le produjo el distanciamiento de los compañeros con los que había compartido tantos inolvidables momentos durante años de intensa convivencia.

En la facultad compaginaba estudios con voluntariado, cargo en el consejo universitario y trabajos los fines de semana. Los veranos los dedicó al aprendizaje de idiomas. El postgrado lo sacó al mismo tiempo que conseguía unos meses de prácticas como pasante.

Además de cumplir con la obligación, disfrutaba de la diversión. Le gustaban las fiestas, salir, bailar hasta el amanecer, reír, divertirse: en definitiva, ser feliz. Estaba aprovechando cada momento de su vida al máximo y solía repetirse: «Cuando tenga ochenta años y mire hacia detrás quiero tener la seguridad de que hice todo lo que estuvo en mi mano, que disfruté todas las oportunidades que se me pusieron delante, que conseguí todo lo que me propuse. Ni por un instante querré reprocharme —estabas allí, pero te lo perdiste—. Intentaré disfrutar cada segundo de mi vida como si fuese el último».

La carrera de Derecho le parecía aburrida y monótona: montañas de apuntes, asignaturas muy teóricas y demasiado tiempo dedicado a la memorización, pero la escogió porque le apasionaba

el ejercicio de la abogacía. En cada nuevo caso se le iban a presentar situaciones, personajes, planteamientos y soluciones diferentes, enfrentamientos con la parte contraria y tras las respectivas sentencias, esperaba recoger futuras victorias. Sería un continuo reto. Además, para ser abogada era imprescindible un dominio del lenguaje y una excelente oratoria, cualidades que Amber no solo poseía, sino que dominaba.

Cuando llegó el año de su licenciatura, Amber conoció a una persona que le iba a dejar marcada, su querido Spencer. Habían coincidido desde primero de carrera, pero Amber no se fijó en él hasta que un día les tocó hacer juntos una práctica de Derecho Civil. Según instrucciones del catedrático, don Josh York, un docente querido y respetado por todos los alumnos, debían resolverla junto al compañero sentado en la fila de atrás.

Allí, en el asiento posterior vestido con una camisa en tono pastel, estaba él, Spencer, del cual no se separó ni un solo día hasta un año después. Encontró a una persona por la que no solo sentía cariño y atracción, sino con la que llegó a alcanzar complicidad máxima. Se confiaron los pequeños secretos de su pasado, compartieron experiencias y emociones del presente, se confesaron sus ilusiones y proyectos para el futuro... Tenían enorme afinidad acerca de cómo querían vivir su vida, de qué esperaban de ella. Como hombre y mujer se adoraban y como seres humanos se admiraban.

Pasaron juntos una Navidad entrañable que ella siempre guardará en su corazón; cada año, cuando llegan esas fechas, Amber vuelve a recordar cada instante con un sentimiento de añoranza que ni quiere ni puede evitar. Juntos vivieron demasiadas experiencias que solo ocurren una vez en la vida: la experiencia universitaria, escapadas románticas, su licenciatura...

Y cada uno fue el primer amor del otro, pero uno auténtico, intenso, íntimo y especial. Disfrutaron de un viaje de fin de carrera tan conmovedor, que fue como una luna de miel anticipada. Le pusieron tanta ilusión a cada despertar, a cada comida, a cada paseo, a cada beso, a cada sonrisa y a cada abrazo, que disfrutaron en unos días del romanticismo que otras personas no llegan a compartir en años. Cuando llevaban pocos meses juntos hicieron el amor por primera vez como pareja, que fue la primera vez en sus vidas para ambos. Tras pensarlo mucho, Amber comprendió que tenía en su mano la oportunidad de conseguir lo que la mayoría de las mujeres desean y muy pocas consiguen, algo inolvidable: regalar esa experiencia al que ha sido tu primer amor, alguien a quien quieres, deseas y que siente exactamente lo mismo por ti.

La sensación de fundirse con el cuerpo de Spencer le produjo una emoción que le recorrió todo su ser. Estaba compartiendo su momento más íntimo con otra persona de la que estaba profundamente enamorada y por encima del placer físico, estaba alcanzando un bienestar emocional que solo le podía haber proporcionado Spencer.

Con el paso de los años Amber nunca se hubiese perdonado no haberlo elegido a él: era la persona y el momento indicado y tuvo la suerte de tomar la decisión acertada. Fue cuando descubrió que en la vida para conseguir lo que se quiere, hay que arriesgar. Si por las dudas, en aquel momento no hubiese decidido, se habría perdido uno de los momentos más tiernos y hermosos de su vida. Se licenciaron con unas notas excelentes y pasaron un verano entregados a una pasión que Amber tardó años en volver a repetir. Estaban totalmente entregados el uno al otro y quizá esa fue la causa por la que Spencer decidió romper con todo y marcharse lejos a

especializarse en Criminología.

Su decisión no sorprendió a Amber, que conocía y comprendía la importancia en la vida de él de un desarrollo profesional pleno, las esperanzas que había depositado en alcanzar una brillante carrera como jurista. Lo que le rompió el alma fue su actitud. Decidió cortar de raíz con el último año de su vida, desapareció sin dejar dirección, sin despedirse de los amigos, sin una explicación para ella... Esa actitud resultó radical, brutal; se comportó de una forma fría, impropia en él.

Cuando la herida empezaba a cicatrizar, a través de personas cercanas a Spencer, Amber averiguó que, según él, si no hubiese tomado esa decisión tan drástica, jamás habría tenido el valor de separarse de ella para seguir los pasos profesionales que siempre se trazó, por los que tanto había luchado a través de años de esfuerzo y sacrificio. Creyó oportuno dejar a un lado tanta pasión y unos lazos tan profundos, ya que tenía la sensación de que estaban a punto de atarle para siempre. Se consideraba demasiado joven para afrontar un compromiso emocional de esa envergadura y huyó.

Ella tuvo otro punto de vista: lo que sentían el uno por el otro era algo que se debía disfrutar al máximo porque la vida quizá no les regalaría otra persona —o personas— con las que compartir tal grado de compenetración y afinidad. No se puede huir de la felicidad. Siempre la estamos buscando, algunos incluso la consideran pura utopía, la mayoría afirma que la felicidad plena no existe, que solo se alcanza en pequeñas dosis, en determinados momentos, y quien la está rozando con la punta de sus dedos tiende a asustarse y huir. Incomprensible.

Amber lo pasó mal; entendía los motivos, pero nunca la cobardía con la que Spencer actuó. Podría perdonar, pero no olvidar que la persona a la que se entregó en cuerpo y alma no tuviese el valor de enfrentarse cara a cara con ella. Cuando pasados unos meses y con los ánimos más tranquilos Amber le envió unas duras palabras escritas en papel a través del hermano de él, Spencer llegó a odiarse por haberse comportado de una forma tan imperdonable con la persona a la que amó.

En realidad, no hubo un día desde su marcha en el que él no se arrepintiese, no ya de su decisión, que para él seguía siendo la correcta, pero sí de su cobardía para no ser capaz de enfrentarse a Amber. Aun así, era lo bastante orgulloso para dar marcha atrás y rectificar su marcha o su comportamiento. Y, por encima de todas las cosas, temía que ella lo rechazase.

A Amber le hubiese gustado saber lo impactantes que le resultaron a Spencer sus palabras y las lágrimas que no evitó al leerlas.

Mi querido Spencer:

Llevo cinco meses, veinte semanas y ciento cuarenta días sin saber nada de ti. Es duro y muy difícil de sobrellevar, después de haber pasado el último año compartiendo cada momento contigo.

Me he preguntado una y otra vez si ha merecido la pena entregar tanto amor y dedicación a un cobarde y a un desagradecido y no lo he dudado un solo momento: ¿cómo despreciar los que

hasta ahora han sido los mejores momentos de mi vida?

Jamás seré como tú, nunca voy a dar la espalda a la felicidad que me ha proporcionado haberte conocido. Solo siento que la persona con la que aprendí a amar se haya convertido en un estúpido egoísta que sacrifica sus mejores y más íntimos sentimientos humanos a costa de ¿posible dinero? ¿Tal vez poder? ¿O se llama prestigio social?

Quizá siempre fuiste así y yo no pude, o no quise darme cuenta. O quizá tampoco eres lo suficientemente inteligente para comprender que es perfectamente compatible el desarrollo personal con un éxito profesional.

También cabe la posibilidad de que seas un ignorante sin capacidad de observar y conocer a la persona que tienes al lado, porque no solo no te hubiese puesto trabas en tus aspiraciones, sino que te habría animado y apoyado hasta el final, teniendo en cuenta que mi ambición es tan fuerte como la tuya.

No voy a gastar más tiempo, ni fuerza, ni siquiera más tinta de la necesaria contigo.

Te deseo lo mejor en el ámbito profesional: conseguirás ese éxito que tanto anhelas. También deseo que algún día llegues a comprender el significado de la amistad, de la lealtad y del amor.

Y, sobre todo, quiero que tengas presente que en algún lugar del mundo habrá una persona que siempre estará orgullosa de que hayamos compartido tantas experiencias irrepetibles y que, aunque pasen mil años, se emocionará al recordar todo lo que vivimos juntos.

A

MBER

Tras esta declaración, Amber puso final a su sufrimiento por aquella marcha, consiguió la más alta calificación que se otorga en un posgrado, y tras unas prácticas en uno de los despachos más reconocidos de Nueva York, comenzó a trabajar en el no menos prestigioso H&R.

Lo que ella desconoce es que Spencer también tiene la certeza que algún día se encontrarán, que él a su lado también descubrió el amor y sensaciones que no sabía ni que existían, que Amber le enseñó a ser un hombre y que la tiene presente cada segundo de su vida.

I PARTE

La decisión de Rosemary

Capítulo I

La primera carta

—¡Amber, al teléfono!

—¿Quién es?

—Es la jefa y parece enfadada... O acelerada, tal vez.

—Pues hoy no es el mejor día para estar disgustada, con todo este jaleo que tenemos. Y encima viene al bufete Rosemary Borgia; sin estar aquí Helen, desconozco quién atenderá a una de las grandes damas de la sociedad neoyorquina.

Cogí el auricular con precaución, sabiendo que cuando Helen tiene un tono de voz serio o solemne es porque está preocupada por algo, ya que ella no era una mujer autoritaria o impertinente.

—Amber, soy yo, nos han aplazado el juicio hasta la una, así que no llegaré al despacho hasta pasadas las tres.

—¡Vaya! Siento la contrariedad.

—Te llamo porque a mediodía tenemos cita con Rosemary Borgia, ya sabes, el divorcio que estuvimos comentando ayer. Tendrás que recibirla tú y con mucha perspicacia porque se trata de un caso interesante y de gran trascendencia para el despacho.

Al principio creí que se trataba de una broma porque, hasta la fecha, se puede decir que mi trabajo en el despacho había sido consistido en poco más que unas prácticas; intensas, pero prácticas. Aunque Helen no solía bromear con los asuntos laborales.

—Pero si nunca he llevado un divorcio, bueno casi no he llevado nada ¿cómo voy a ponerme delante de una señora que puede aportarnos un caso, a priori, tan relevante?

—Ese no es mi problema: dentro de media hora vas a representar a nuestra firma y lo vas a hacer con tanta profesionalidad como si llevases más de cincuenta años divorciando a las parejas más conflictivas del planeta. Hay una primera vez para todo en la vida; a tu edad ya deberías saberlo.

—Sí, claro... —respondí casi titubeando.

—No te deseo suerte porque no la vas a necesitar. Solo requieres seguridad, que la tienes, y conocimientos jurídicos que te sobran. De todas formas, en la primera visita solamente tendrás que escuchar. Hasta luego.

Y colgó. Como si tal cosa. Me acababa de pedir que atendiera a un cliente yo sola por primera vez, y encima, a Rosemary Borgia. No sabía si me iba a dar la risa tonta o me empezarían a temblar las piernas. Bueno, analizándolo bien, tampoco era para tanto, tenía que pasar por ello tarde o temprano. Así que cuanto antes, mejor.

Ni siquiera contaba con media hora para pensármelo, no me daba tiempo ni para nervios ni inquietudes. Llevaba seis meses en H&R un bufete prestigioso con oficinas en el corazón de Manhattan al que había llegado por pura casualidad, aunque mi buen expediente me había ayudado a entrar y el hecho de ser mujer. Tenían unas normas muy estrictas acerca del porcentaje de hombres y mujeres entre el personal, exactamente el cincuenta por ciento —se adelantaron en unos cuantos años a las polémicas cuotas de género de años venideros—. Se había marchado una abogada y quedaba un puesto libre dentro del porcentaje femenino.

Esa vacante debería haber sido ocupada por una compañera mía de la facultad que llevaba haciendo prácticas allí durante toda la carrera, a la que estaban preparando para ser una estupenda abogada y que además era la sobrina de Helen Vila, una de las socias del bufete (la R era por Richard, el otro socio principal). Pero Eva, mi compañera, había tenido un pequeño imprevisto en su programada vida. Se había quedado embarazada y estaba a punto de tener un bebé por lo que no se encontraba en el mejor momento para iniciar una brillante carrera profesional con un cachorro humano al que criar. Ya tendría tiempo más adelante.

Eva me había recomendado a su tía y mi expediente, mi partida de nacimiento y el exceso de trabajo que tenían en H&R hicieron el resto. Estaban especializados en Derecho Mercantil y Derecho de Familia. En sus inicios se enfocaban únicamente en el ámbito Mercantil, pero debido al éxito en este campo, los magnates y directivos de sus empresas clientes comenzaron a solicitar colaboración en sus conflictos familiares —separaciones y divorcios principalmente—, por lo que el bufete creó una nueva división y contrató abogados de renombre en este tipo de casos.

H&R se especializó en contenciosos en los que había por medio grandes sumas de dinero, que son los que más posibilidades tienen de terminar por convertirse en divorcios conflictivos. Mi puesto de trabajo se debía a ser una mujer, a la maternidad imprevista de Eva y a que necesitaban una incorporación inmediata. Seguramente si hubiesen tenido más tiempo para buscar, habrían escogido a alguien con más experiencia.

Tantas casualidades a mi favor suponían un estímulo para no fallar: debía aprovechar esa oportunidad. Así que allí estaba, sola ante el peligro en mi primera gran responsabilidad. «Realmente —pensé— si voy a recibir a Rosemary Borgia también se debe a que Neo y Katy están en un congreso en Miami y no vuelven hasta el viernes por la tarde; Henry está de baja con una pierna rota, James está llevando un juicio en Boston, Richard, el jefe, está medio retirado, casi ni se inmiscuye en el día a día, solo en el ámbito institucional; y a Helen le acaban de aplazar el juicio un par de horas. Ah, y se me olvida Isabel, que está reunida con el abogado de la parte contraria en un asunto internacional y ella es la única que habla francés. ¿Existirá algún motivo oculto por el que yo deba conocer a una de las grandes damas de la sociedad

neoyorquina?».

No creo en el destino porque los responsables de nuestras decisiones somos nosotros, pero las situaciones que nos rodean y las circunstancias ajenas no las podemos controlar. Sería muy injusto tener la vida ya escrita antes de llegar a este mundo: las elecciones son nuestras, pero las distintas opciones de la elección van apareciendo a lo largo de nuestra vida.

* * *

Rosemary llegó puntual a la cita. Era una señora que rondaba los cincuenta años, bien conservada y con muchísimo estilo. Vestía de forma clásica: amplio pantalón color berenjena, chaqueta de Chanel a juego, zapatos de firma carísima, bolso clásico de Vuitton y varios anillos de oro, algunos sobrepuestos, adornando sus dedos. La observé atentamente mientras se acercaba. Era mi primer cliente y quería hacerlo todo bien.

Intentaba que no se me escapase ningún detalle, pero a pesar de mi atención extrema para no errar, tenía un cosquilleo en el estómago inevitable. Y es que cuando la vi frente a frente, pensé que tanta señora le iba a quedar un poco grande a una novata como yo. Pero disimulé todo lo que pude y ella se mostró accesible.

—Soy Rosemary Borgia y tengo cita con la señora Helen Vila.

—Encantada, yo soy Amber Andersen. Helen no puede acompañarnos ahora porque han aplazado un juicio de forma imprevista, ya sabe cómo funcionan de juzgados.

—Sí, siempre con demoras y retrasos...

—Siente no poder estar presente, aunque quizá ella se incorpore en los próximos minutos. Se trata de una primera toma de contacto y me gustaría que no tuviese en cuenta su inesperada ausencia.

—Pues este contratiempo me pilla por sorpresa, la verdad. He hablado por teléfono varias veces con Helen y ya tiene una visión general de mi caso. Además, es bien conocida su prestigiosa reputación como letrada en todo el Upper East Side.

Ese comentario me dejó helada porque interpreté «Helen tiene una prestigiosa reputación como abogada y tú seguro que acabas de salir de la facultad». Pese a ello intenté mantener la calma para retenerla un rato; no podía permitir que se marchase y luego explicar a mi superior que el primer cliente al que atendía se había largado sin ni siquiera hablar conmigo.

—Si no le importa podemos comenzar con una conversación genérica sobre su situación; mientras charlamos y voy tomando notas, es posible que llegue Helen y entonces podrán continuar en persona lo que han iniciado telefónicamente. Ya que ha venido hasta aquí, sería conveniente iniciar cuanto antes los trámites correspondientes de lo que será su futura victoria.

Creí haberlo hecho fatal, la última frase parecía sacada de un mitin político o una película épica, pero lo cierto es que a Rosemary la palabra victoria le iluminó la cara.

—Tienes razón, ya que estoy aquí vamos a aprovechar el tiempo. Ya lo he perdido suficientemente durante casi treinta años y aunque ya no pueda recuperarlos, voy a conseguir disfrutar el tiempo que me queda.

Pese a que todavía no me había contado ni una sola palabra de su historia, pude hacerme una idea general de su situación: decepción, mucho resentimiento y ganas de pasar página. Pasamos a la sala de reuniones. Había algo en Rosemary que enganchaba, su serenidad quizá, y eso me tranquilizó. Siempre he sido una persona directa —quizá en exceso— así que decidí abordar el asunto que nos hacía estar sentadas en aquella mesa. Pese a mi indecisión, intenté aparentar seguridad y confianza.

—Rosemary, está usted aquí porque ha decidido divorciarse de su marido.

El marido era el todopoderoso y omnipresente Patrick Mountbatten, uno de los más prestigiosos empresarios de los Estados Unidos. Había heredado negocio relacionado con el vino y tenían bodegas localizadas en varios países. Pero él había sido capaz de diversificar sus inversiones con mucho tino hasta convertir a su familia en una de las más ricas del país.

Tenía una excelente reputación en la sociedad neoyorquina, y desde el punto de vista profesional, era muy valorado y respetado. A primera vista era el modelo de hombre del que cualquier esposa estaría orgullosa. Todos en el bufete teníamos curiosidad por conocer los motivos por los que Rosemary había tomado la decisión de divorciarse.

—Pues sí, quiero el divorcio, cuanto antes mejor; si existe algún modo de que pueda ser mañana mismo estaría muy agradecida al sistema legal.

—Me temo que no va a ser tan fácil, esto requiere sus trámites, sus negociaciones con la parte contraria, sus plazos... Pero haremos todo lo posible para que sea un procedimiento rápido, poco doloroso y del que podamos conseguir las mejores condiciones económicas para usted. Puede contar con todos los miembros de este bufete tanto desde el punto de vista jurídico como desde el humano.

«Lo estoy haciendo bien —me repetía una y otra vez— creo que no ha notado que soy una novata recién licenciada».

—Aunque es usted muy joven, se intuye que es sincera en sus palabras, que tiene garra.

«Por lo menos tengo me gané su simpatía», me dije para consolarme. Así que se notaba mi inexperiencia, a pesar del esfuerzo por aparentar una seguridad que debía estar fallando por alguna parte. Intenté recomponerme de aquel pequeño contratiempo y continuar con la entrevista como si no hubiese escuchado ese comentario.

—Y bien, ¿cuál son los motivos que le llevan a querer el divorcio después de tantos años de aparente feliz matrimonio ante la opinión pública? —Los Mountbatten eran una pareja muy conocida que frecuentaba los eventos de la alta sociedad neoyorquina.

—Haberme dado cuenta que he sido una ingenua durante más de la mitad de mi vida.

—¿Podría ser un poco más precisa, Rosemary?

—Claro que sí, el respetable y respetado Patrick Mountbatten ha mantenido una relación paralela, continuada y apasionada durante todos estos años con otra mujer con la que ha compartido momentos maravillosos y totalmente inolvidables según sus propias palabras.

—Vaya, lo siento.

—No estoy hablando de una amante, sino de un amor; tampoco estoy hablando de sexo sino de sentimientos. Desde siempre ha existido otra persona en su vida. Se han estado viendo de forma ininterrumpida y han compartido vivencias que implican amistad, compenetración, cariño y el resto de sentimientos que componen la esencia de una pareja.

¡Menuda sorpresa! Por lo que Rosemary daba a entender, Patrick Mountbatten había compartido media vida con dos mujeres. Intenté no mostrarme muy sorprendida, pero mi cara me debió delatar. La imagen recta —puede que hasta severa— que teníamos de él a través de televisión y la prensa, difería bastante.

—Ya sé que suena extraño, por el prestigio y la imagen pública de mi marido —confesó Rosemary—. Si tú estás sorprendida, Amber, —empezó a tutearme, cosa que agradecí porque me sentía fuera de lugar cuando alguien que casi me doblaba la edad me llamaba de usted — imagina lo que pasa por la cabeza y por el corazón de la persona que ha compartido su vida, la mujer que le ha cuidado, mimado, amado, que ha vivido por y para él durante la mitad de su vida. La que se ha levantado a su lado cada mañana con la única intención de envejecer y morir al lado de Patrick.

Palabras duras las que acababa de pronunciar Rosemary. Lo había hecho de una manera elegante, con más tristeza que rencor en su interior. Podía imaginar cómo se sentía, pero nadie que no haya vivido algo parecido puede llegar a comprender el dolor que debe sufrir una mujer a la que acaban de tirar sus ilusiones, sus esperanzas y su amor a la basura.

Intentaba ponerme en su situación, ¿qué debe sentir quién ha sido engañada por el hombre al que dedicó una vida si yo me sentí destrozada cuando Spencer se marchó y solo fue una breve, aunque maravillosa relación? Me costaba mantenerme impasible y me hubiese encantado seguir profundizando en la historia y en el interior de Rosemary, pero intuía que no era el momento adecuado.

—Rosemary, me gustaría proceder a unas preguntas y las respuestas deben ser sinceras, aunque no sea agradable para usted.

—Estoy preparada para esto. Soy consciente del revuelo que se organizará. Podía haber permanecido en mi casa, al lado de Patrick como fiel esposa hasta el final: la mayoría de las esposas de las grandes fortunas del Upper East Side lo hacen. Sería más cómodo para mí y más fácil para todos. Pero voy a llegar hasta el final con todas sus consecuencias.

—Es una decisión loable. Me gustaría que me explicase más detalladamente todo lo que sepa

sobre la historia entre su marido y la otra mujer. ¿Está segura que lleva con ella tanto tiempo?

—Desde el principio de nuestro noviazgo. Quizá ya se estuviesen viendo desde antes. Y han permanecido juntos, no de forma habitual pero sí continuada a lo largo de todos estos años.

—Parece una situación compleja.

—Solo ellos pueden saber que les ha impulsado a mantenerla a pesar de las circunstancias, las posibles consecuencias para ambos e incluso la distancia. Pero sé que ha sido una relación con unos sentimientos tan fuertes y apasionados que no han podido ni querido evitar ninguno de los dos.

—¿Y cómo lo ha descubierto? ¿Cuándo?

—De forma inesperada; cuando Patrick trasladó una de las sedes de nuestros negocios a un nuevo edificio, la empresa encargada de la mudanza envió toda la documentación personal de mi marido a nuestra casa. Cuando la recibí, él estaba de viaje y yo comencé a clasificarla para diferenciar lo que debía reenviar a la nueva dirección y lo que ya no servía. Y allí estaban, entre los demás documentos, clasificados en los correspondientes a la letra M.

—¿Qué es lo que estaba allí, Rosemary?

—Decenas de cartas que se habían intercambiado desde hacía años. Mi marido fue astuto al guardar la correspondencia en archivos profesionales a los que solamente él tenía acceso. Seguramente si él no hubiese estado en Washington ese día, yo seguiría viviendo en las nubes.

—Y las leyó...

—Al principio te resistes a creer la evidencia, intentas justificar, buscar excusas... Pero me bastó leer una para comprender. Además, no solo había guardado las cartas que había recibido, también conservó las copias de las que él había enviado. Tal es la intensidad con la que estaba escrita, que no he tenido fuerzas ni ganas para leer el resto. La escogí al azar, y aunque he leído fragmentos de otras cartas, la primera cuya lectura comencé, ha sido la única que he finalizado.

Abrió su bolso, el complemento de piel a juego con los zapatos que hacía unos minutos yo había observado como parte de su indumentaria para hacerme una breve composición de su personalidad, sacó un sobre arrugado y me extendió el papel que guardaba en su interior, muy lentamente, pero con gran dignidad.

Yo sentí que iba a ser cómplice de un secreto; más aún, que iba a compartir la parte más dolorosa de la vida de una mujer a la que acababa de conocer y aunque debía acostumbrarme porque aquello era implícito a mi profesión, en aquel momento me resultaba incómodo por mi inexperiencia. Cuando recogí el sobre me temblaban un poco las manos, por la novedad, la expectación, incluso por lo violento de la situación. Pero me concentré en la lectura de una carta sorprendente y escrita con sentimiento.

Se trataba de una de las copias que Patrick había escrito en contestación a otra carta de aquella mujer.

Lo primero que quiero decir, antes de hablar de otras cosas, es que te he echado de menos, o mejor dicho, te he echado muchísimo de menos.

Cada vez que me acuerdo de los momentos que pasamos juntos el otro día se me ponen los pelos de punta, y lo que es más importante, estoy deseando repetirlo (espero que muy pronto). Me ha alegrado enormemente volver a recibir una carta tuya. Me encanta tu sinceridad y también la naturalidad y sencillez con la que expresas tus sentimientos, con la que vives tu vida.

Yo tengo la creencia, y según te voy conociendo más y más creo que tú también, que la vida es más sencilla de lo que con frecuencia creemos que es. Es cierto que las circunstancias familiares, laborales y la rutina sentimental con la pareja estable son muy complejas. Muchas alegrías y sinsabores acompañan continuamente nuestra existencia, pero a lo que yo me refiero, y creo que a algo parecido aludías tú en tu carta, es que si una persona (yo) tiene sentimientos apasionantes con respecto a otra persona (por si no lo sabías eres tú) no debería renunciar a la relación por miedo a las consecuencias. Bien es cierto que podrían ser tremendas, horribles, pero no puedo pararme a pensar en ellas, solo puedo pararme a pensar que me apetece estar contigo y no hacer la vida más complicada. Quiero ser feliz, pleno, sin más comeduras de cabeza.

Tengo que decirte que me encanta tu forma de encarar las cosas. Me refiero al hecho de que ambos asumamos que un gran porcentaje de nuestras vidas va por caminos diferentes y aun así sabemos que el tiempo que pasamos juntos es único. Somos enormemente felices cuando nos encontramos, disfrutamos de forma maravillosa cuando nos hacemos el amor y sentimos una pasión el uno por el otro que data de hace muchos años y contra la cual yo me resisto a luchar.

Quiero que comprendas, y estoy seguro que lo harás, que mis circunstancias personales me impiden que nos veamos con más frecuencia. Cuando una persona asume ciertos compromisos no es fácil ser tan independiente como quisiera, pero quiero que tengas claro que las ganas de estar contigo no disminuyen por el hecho de no vernos, al contrario, crecen y crecen de tal forma que no paro de pensar en el día que volvamos a vernos.

Sueño con pasar una noche entera contigo pudiendo disfrutar sin prisas ni temores. Hacer el amor, una ducha, acariciarnos, abrazarnos, hacer el amor, hacer el amor... y por supuesto, hacer también el amor. Levantarnos juntos, desayunar juntos, ya sabes, lo que hacen normalmente dos personas que se quieren.

Siento no escribir más, llevo cuatro días buscando un rato en el despacho para poder escribir a mi amiga (no sé cómo llamarte, mi chica tal vez, mi querida, mi amante, mi amor, puede que mi pesadilla).

Te echo taaaanto de menos... Todos mis besos.

Cuando terminé de leer, lo primero que me sacudió fue una sensación de envidia. Envidia por aquella mujer desconocida que había inspirado unas palabras profundas, cuidadas y sentidas de una persona con la que compartía algo tan intenso durante años; simplemente pensé en un hombre y una mujer, no en una infidelidad. A mí nunca me habían escrito en un papel lo especiales que eran los momentos pasados a mi lado, lo maravilloso que era hacerme el amor o que las ganas de estar junto a mí crecían y crecían conforme pasaba más tiempo sin estar conmigo. Debía ser muy emocionante llegar a tu buzón y encontrar una carta de una persona a la que amas, abrirla y leer algo que ha sido escrito exclusivamente pensando en ti y con tanto cariño.

Me pareció una carta hermosa, aunque no me resultaba agradable reconocerlo porque tenía enfrente a una persona a la que esos dichos papeles le habían destrozado la vida; a ella le tenía que resultar doloroso estar allí viendo como yo leía la traición de un marido al que seguramente todavía adoraba. Me pregunté si Patrick le habría escrito a su mujer alguna vez palabras tan románticas y en caso negativo, al dolor de una traición habría que sumar el dolor de la humillación por comprobar que otra mujer se llevaba las mejores actitudes del propio esposo.

Ahora entendía la decisión de Rosemary de no querer leer las demás. Si todas eran similares a la que yo acababa de leer era mejor para la propia autoestima desconocer su contenido. Y, además, al tomar la decisión de un divorcio, ella sabía que dichas cartas iban a pasar por múltiples manos ya que eran una prueba que demostraba infidelidad.

Intenté recomponer la compostura y dejar mis reflexiones para más tarde, cuando Rosemary abandonase el despacho. Decidí que lo mejor era enfocar lo que acababa de leer únicamente desde una perspectiva jurídica y no hacer la más mínima mención personal. ¡Qué difíciles son los primeros pasos en toda profesión!

—Es un caso claro, la infidelidad es causa directa de separación y divorcio. Las pruebas son importantes y tengo delante una, que cualquier persona aceptaría como válida. Además, escrita del puño y letra de su marido algo que cualquier grafólogo puede corroborar. ¿Cuántas tiene usted en su poder?

—El número exacto lo desconozco, pero mirando las fechas de los sobres he calculado que se escribían aproximadamente unas seis veces al año desde hace más de veinte...

«¡Dios mío! —pensé— hay para cartas para publicar un libro. Esta mujer va a tener que sacar fuerza de lo más profundo de su alma para aguantar que todo el bufete e incluso los medios, estudien a fondo y saquen a la luz las palabras que ella ni siquiera ha sido capaz de oír».

La situación además de nueva, era comprometida y embarazosa para mí. Siempre he sido una persona reservada y resulta que mi primer caso iba a desnudar pensamientos profundos y sentimientos muy íntimos de tres personas desconocidas. Creo que Rosemary se dio cuenta que estaba pasando un apuro porque rompió un silencio involuntario. Se debió dar cuenta que la carta me había impresionado y por ello retomó la conversación.

—¿Cuándo traigo las demás?

—Cuando quiera, sabe que estamos a su disposición. Debemos agilizar los trámites, la situación es muy favorable a usted. Hoy es viernes; puede venir el lunes si le viene bien. La estaremos esperando Helen y yo.

—De acuerdo, entonces llegaré aquí sobre las diez de la mañana.

Antes de que se marchase, no olvidé formular dos preguntas de carácter profesional.

—¿Qué tipo de régimen matrimonial tienen ustedes dos?

—Régimen de gananciales; en la época en la que me casé, los enamorados no nos planteábamos ese tipo de formalismos porque entre otras cosas, fui al matrimonio absolutamente convencida de un amor para toda la vida. Tampoco se estilaban los prenupciales, y aunque la fortuna de los Mountbatten era más abultada que la de los Borgia, mi familia siempre ha pertenecido a la alta burguesía y contábamos con sobrados recursos económicos.

—¿Qué es lo que pretende conseguir usted?

—Únicamente lo que me corresponde.

Acompañé a Rosemary hasta la puerta y conforme se alejaba no pude evitar sentir lástima hacia ella. Intuía que era lo último que desearía inspirar a los demás, pero lo que iba a tener que afrontar en los próximos meses era difícil para cualquiera. Tendría que enfrentarse a portadas, titulares, tertulias, al social debido a su estatus, tendría que aprender a esquivar a los medios de comunicación, dar explicaciones a familiares, amigos y conocidos... Y lo que era más duro, a sus recuerdos, a su marido y hasta a su propia vida.

La conversación con Rosemary me resultó interesante. Desde el punto de vista laboral fue gratificante descubrir que sabía enfrentarme a un cliente y desde el punto de vista personal me encontraba ante una historia apasionante. Tenía suerte de que el primer caso con el que iba a colaborar más a fondo —si Helen lo consideraba oportuno—, tuviese unos ingredientes tan jugosos. Amores prohibidos, una de las mayores fortunas de Estados Unidos y unos protagonistas socialmente relevantes al frente.

Antes de las cuatro Helen entró apresurada por la puerta de H&R, impaciente por conocer todo lo referente a lo acontecido con Rosemary. No se sorprendió con la forma en la que se desarrolló la conversación; confiaba en mí y sabía que lo haría bien. En general de todo el bufete la más asombrada por el modo en el que transcurrió la entrevista, era yo misma. Rosemary también quedó encantada conmigo y así se lo hizo saber a Helen en una conversación telefónica que mantuvieron el viernes por la tarde.

Ambas decidieron que yo también iba a participar en todo el proceso, lo cual me emocionó, no solo porque me había enganchado a la historia sino porque iniciar mi andadura como abogada con un caso que podría suponer un ascenso en mi carrera. De lo que estábamos todos seguros era de la claridad legal del caso, por muchos y muy experimentados abogados matrimonialistas a los que acudiese Patrick Mountbatten.

Capítulo II

A corazón abierto

En el bufete iba a colaborar directamente en un caso que además de ser el primero de mi carrera, se trataba del divorcio de una de las parejas más relevante en la élite social neoyorquina. Seguramente me iba a proporcionar la oportunidad de conocer al famoso personaje. Cómo me iba a envidiar Spencer, ya que Patrick, era uno de sus iconos profesionales por sus logros y por el unánime reconocimiento que despertaba.

Estaba ilusionada por las perspectivas de emociones y experiencias que, a priori, se me presentaban para los próximos meses. Aunque eran las siete de la mañana me apetecía bailar. Puse música y empecé a moverme con tantas ganas y energías como si fuese sábado por la noche y estuviese en la discoteca.

Me acababa de independizar. Alquilé un pequeño apartamento a tres manzanas del bufete. Se trataba de una buena zona, cerca del Soho, y por eso el alquiler no era barato. Lo escogí porque prefería vivir en un sitio cómodo y agradable, aunque tuviese que prescindir de otros caprichos. Tenía un bonito salón decorado en tonos salmón y una moderna cocina con una enorme barra americana. A través de una escalera de caracol se accedía al dormitorio abuhardillado y a un cuarto de baño con una bañera redonda. Estaba muy contenta por haber encontrado un hogar tan coqueto, dada la escasez de oferta inmobiliaria en Nueva York a precios asequibles.

Me preparé un exagerado desayuno. Normalmente salgo de casa sin probar bocado, tomo el primer café con leche al llegar al despacho y a eso de las once, bajamos a la cafetería situada en la planta baja el edificio, donde sirven unos ricos crepés recién hechos y cupcakes recubiertos por coloridos topping. Pero ese lunes con mi ataque de euforia en lo más alto, me preparé un café con leche, zumo de naranja, cereales de chocolate y hasta utilicé la tostadora. Lo más sorprendente fue que me lo comí todo.

Me sentía tan plena que decidí acudir a trabajar como una princesa. Ropa elegante, pelo suelto y hasta labios pintados, algo tan inusual en mí a las siete y media de la mañana, en pleno mes de febrero, sin luz del sol, a dos grados y con niebla. En ese estado de optimismo supremo me daba la sensación que ya era mediodía de una jornada soleada, que estábamos en primavera y que yo no iba caminando, me llevaban en volandas.

Llegué a H&R la primera. No tardó en aparecer Helen, aunque la expresión de su cara, cansada y con marcadas ojeras, no tenía nada que ver con la alegría que reflejaba mi rostro.

—Buenos días, Helen.

—Hola, Amber. ¿Qué tal el fin de semana?

—¡Ay! Hacía muchos meses que no disfrutaba tanto...

—Pues no deberías haber esperado tanto.

—Tienes razón, creo que mi etapa de guardar ausencias por personajes desaparecidos, pasó a la historia. El sábado me di cuenta de que por fin soy capaz de volver a mirar a los hombres con ciertas intenciones que van más allá de la cordialidad... —dije guiñando un ojo con cierta picardía.

Estos comentarios divertidos desperezaron un poco a Helen que también había tenido un fin de semana movido y me acabó confesando que le duraba la resaca del sábado. Aunque era nuestra jefa y tenía cuarenta y nueve años, sabía diferenciar perfectamente los momentos de duro trabajo en los que alcanzaba niveles de concentración increíbles, con los de relax.

A la vez, procuraba transmitir esa filosofía a todos los que nos incorporábamos al bufete. Intentaba crear un clima de confianza y amistad entre nosotros porque pensaba que un buen ambiente en el trabajo y unas sanas relaciones entre compañeros, influían positivamente en el rendimiento de todos. Mientras iban llegando los demás, charlamos un poco acerca de las sorprendentes revelaciones de Rosemary, más como mujeres que como sus abogadas.

—Como te adelanté el viernes por la tarde, estuviste acertada con Rosemary. Fuiste prudente ante sus comentarios y eso ya es mucho, dadas las circunstancias y el innegable morbo que despierta todo lo que rodea esta separación.

—Pues me costó mucho, porque, sinceramente, me apetecía hacer ciertas preguntas embarazosas...

—No me extraña, la historia se las trae. ¿Te imaginas al encorbatado y siempre impecable Patrick Mountbatten como un hombre tan apasionado?

—Yo después de haber leído la carta que me mostró Rosemary he sido hasta capaz de imaginar a un amante pasional e insaciable. Además, estoy deseando echar un vistazo a las demás cartas porque como sean del mismo estilo, nos van a sorprender letra a letra...

—Va a ser un caso excepcional desde el punto de vista legal; hay mucho dinero en juego. Pero también nos encontramos ante una historia humana extraordinaria.

—Y no olvides el interés que va a despertar en todos los sectores económicos, financieros y políticos por razones obvias, en los diarios de información general y hasta en la prensa rosa. Será una excelente publicidad gratuita para el bufete.

—Helen, ¿sinceramente no te ha sorprendido la actitud de Patrick?

—Me ha dejado pasmada —confesó con una expresión extraña que no logré descifrar—. Pero

por ahora solo conocemos un resumen subjetivo del tema, así que no debemos enjuiciar nada precipitadamente. Estoy deseando que nos ganemos la confianza de Rosemary, hablar más extensamente con ella.

—Es que tú todavía no has ojeado el papel que yo tuve entre mis manos, es alucinante. Te voy a ser sincera, ¿sabes la primero que se me pasó por la cabeza cuando terminé de leerla?

—Sí, que ese tío es un capullo con la sesera en el prepucio.

—Pues no, eso era lo que yo creía que iba a suceder, pero la realidad es que me invadió una cierta envidia hacia esa desconocida que es capaz de despertar unos sentimientos tan intensos en un hombre que se juega la estabilidad de una vida privilegiada, solo por plasmar sobre el papel lo que piensa y lo que siente. Y también sentí admiración por él

—¿Por él?

—Sí, por su valor. En mi vida, por orgullo o quizá por vergüenza, aunque en un futuro llegue a enamorarme locamente, creo que no seré capaz de escribir algo tan sincero y tan profundo.

—Quizá porque no tengas alma de poeta; según cuentas, parece que Patrick debió dedicarse a la literatura en vez de a los negocios.

—No te burles, Helen; cuando leas esa carta cambiarás de opinión y entenderás que es lo que te quiero decir.

—Yo lo que veo es a un tipo muy listo que se lo ha montado de maravilla. En casa, tiene la esposa perfecta y a una gran dama con prestancia, elegancia y saber estar que lo acompaña en los eventos más exclusivos de Manhattan. Y en la cama a su capricho... Para colmo dispone del suficiente dinero para tener contentas a las dos, es una eminencia en su trabajo y hasta tuvo la suerte de dar con una amante cuya discreción roza la perfección. Creo que hasta yo en su situación hubiese actuado igual.

A estas alturas de la conversación aparecieron a la vez casi todos mis compañeros.

—Los del congreso, ¿qué tal por Miami?

—Mucho jurista aburrido y mucha charla teórica. Creo que las emociones fuertes han estado en Nueva York. Nos vamos tres días y nos perdemos lo mejor. Nos han llegado rumores telefónicos...

—¿Cuáles?

—Parece ser que en pocos días tendremos a la prensa esperándonos en la calle y que Wall Street va a conocer un nuevo lío de faldas. ¿Es verdad que Patrick Mountbatten lleva más de veinte años poniéndole los cuernos a su mujer? —preguntó Neo sin mucha delicadeza.

—Más o menos. Pero da la casualidad que su mujer es nuestro cliente, que va a aparecer por aquí en un par de horas y que sería conveniente que no la llamasen cornuda si quieres que llevemos

este caso, que además de interesarnos económicamente, nos va a favorecer por la trascendencia pública que tendrá y el prestigio que alcanzará este bufete si ponemos a Patrick y a su experimentado equipo de abogados contra las cuerdas. Nos va a revalorizar a todos NOSOTROS como profesionales.

Helen contestó a Neo de manera firme y todos entendimos el mensaje. Nada de comentarios hirientes con respecto a Rosemary; para nosotros era un cliente y no una mujer engañada.

—Y ahora todos a la sala de juntas, vamos a olvidar este fin de semana porque hay que empezar a trabajar. Os quiero a todos muy lúcidos.

La rutina en el bufete consistía en dedicar las primeras horas de la semana a comentar la marcha de los litigios pendientes y a planificar los casos nuevos que iban llegando. Resultaba evidente que esa mañana casi todo iba a girar en torno al tema estrella, la separación y divorcio de los Mountbatten.

La sala de juntas era el lugar del bufete que más me gustaba, un espacio muy amplio con una gran mesa central ovalada y rodeada de cristaleras que mostraban las torres de rascacielos de alrededor. Se trataba de una sala típica, previsible, pero su amplitud y el color amarillo pastel de su mobiliario y complementos le daban cierto toque exótico. No había asientos asignados, ni siquiera para los socios. Según llegabas, te sentabas a tu elección.

Helen se mostraba entusiasmada por el hecho de haber sido escogidos por Rosemary para ser sus representantes legales y no lo disimulaba en absoluto.

—Todos sabéis que Rosemary Borgia, esposa de Patrick Mountbatten, estuvo aquí el viernes por la mañana para la tramitación de su divorcio. Supongo que todos llegáis a entender lo que este caso va a suponer para nosotros si lo llevamos con toda la dedicación y profesionalidad posible. Es un asunto muy espinoso del que no quiero oír comentarios frívolos o fuera de lugar desde el plano personal.

—Descuida, Helen —respondió Neo al darse por aludido.

—En estas paredes se va a tratar este asunto desde un punto de vista únicamente jurídico, por mucho que la historia incite al cotilleo y a los comentarios morbosos. No me estoy refiriendo al secreto profesional que doy por supuesto que todos cumplís, en este caso quiero que la discreción se traslade a la parte humana. Amber os va exponer la conversación que mantuvo con ella el pasado viernes.

En esta ocasión me puse más nerviosa que cuando atendí a Rosemary. No esperaba que Helen me pasase la palabra, imaginé que ella expondría los hechos. El tener que explicar algo a mis veteranos compañeros me producía intranquilidad. La exposición de lo que iba a ser el caso del año para el bufete, me produjo hasta un cierto rubor.

—Nuestra cliente quiere terminar con su matrimonio porque inesperadamente ha descubierto la infidelidad de su marido con la misma mujer durante más de dos décadas; parece que desde incluso antes de su boda. La situación es muy favorable para nosotros porque Rosemary tiene en su poder decenas de cartas de amor intercambiadas a lo largo de los años entre los dos amantes

que nos van a servir como prueba testifical, en caso de ser necesario, y contamos con un régimen matrimonial de gananciales.

»Ella pretende reclamar lo que le corresponda legalmente sin entrar en una gran batalla jurídica. Está serena y tranquila, aunque muy dolida. Esta es la conclusión de la conversación mantenida con ella el viernes, que en realidad fue una primera toma de contacto. Los detalles los iremos descubriendo en sucesivas entrevistas, la primera de las cuales está prevista para hoy a las diez y media.

Lo solté todo de una vez con una voz fuerte y en actitud firme; creo que incluso resulté solemne; al fin y al cabo, estaba ante mis compañeros de trabajo y no ante un tribunal. Debía acostumbrarme a que ellos eran mis colegas. Yo era abogada y estaba ante mi primer gran caso.

—Amber ha sido clara —continuó Helen—. Hasta el momento es la única información de la que disponemos, aunque ya tengo en mente la estrategia interna que vamos a seguir. Llevaré este caso personalmente y voy a ser asistida por Katy y Amber. Por ahora no sabemos si la separación será de mutuo acuerdo o si llegaremos a un contencioso. Debemos estar preparados para ambas posibilidades. Katy, te vas a encargar de investigar a fondo el entorno de Patrick Mountbatten. Además de las cartas, necesitamos como prueba algún testigo directo de esta infidelidad. Si es cierto que él ha estado manteniendo relaciones con alguien durante más de veinte años, por muy discretos que hayan sido, no solo testigos, deben existir hasta cómplices.

»Amber, tú te encargarás de buscar toda la jurisprudencia de casos lo más similares posibles a éste en los últimos años. Isabel, tú continuarás con el litigio mercantil contra la empresa francesa y Neo, tú atenderás los casos abiertos de menos envergadura. James como has finalizado tu juicio, estarás pendiente de lo que entre nuevo a lo largo de esta semana. Deberéis seguir un buen ritmo de trabajo y llevar todo al día, porque en cualquier momento podemos necesitar vuestra ayuda para el divorcio de Rosemary. Dicho esto, chicos ¡a trabajar!

En principio, me había tocado una tarea de dos o tres días como mínimo entre la biblioteca y la propia documentación relativa a todos los divorcios llevados desde el bufete, pero el Derecho de Familia, especialmente lo referente a problemas matrimoniales, siempre había sido una de mis materias favoritas ya desde la carrera.

No descartaba con el tiempo especializarme en ese campo, así que todas las sentencias de divorcios que pudiese acaparar mi memoria bienvenidas iban a ser, aunque las funciones de detective que le habían asignado a Katy eran más interesantes; cuando ella estuviese de un lado para otro intentando relacionarse con cualquier cosa o persona que tuviese que ver con Patrick, yo estaría concentrada y aislada del resto del mundo.

Mientras se acercaba el momento de recibir a Rosemary comencé a organizar mi tiempo y la forma en la que conseguiría el mayor número de información, pero apenas me dio tiempo a más porque ella se presentó puntualmente, incluso unos minutos antes del horario previsto. Excepto Helen, que la conocía de vista por haber coincidido con ella en ciertos actos sociales y tener conocidos comunes, fue presentada a todos los miembros de la plantilla, incluyendo secretaria, auxiliares y pasantes

Como me ocurrió a mí unos días antes, causó buena impresión a todos. Saludó de forma educada

y amable, a pesar de saberse observada y enjuiciada, y pasamos al despacho de Helen en vez de a la habitual sala de reuniones, para tener mayor privacidad e intentar que Rosemary se sintiese lo más cómoda posible.

Nos sentamos alrededor de una mesa redonda que está situada en la esquina más alejada de la puerta, siempre adornada por un centro de flores frescas, generalmente margaritas, peonías o tulipanes en temporada. Helen pidió café para las cuatro. Al principio, mientras tomábamos el café con unos pastelitos de crema que nos gustan mucho en H&R, charlamos sobre cosas intrascendentes; intentamos crear un ambiente distendido y Rosemary colaboraba.

Creo que ella se encontraba bien rodeada de mujeres para enfrentarse al hecho de desnudar su interior. Sabía que comprenderíamos su sufrimiento, que en ocasiones nos sentiríamos identificadas con ella. Poco a poco la conversación fue derivando hacia la vida, los sentimientos y al final mi jefa no tuvo más remedio que iniciar las inevitables preguntas.

—Amber nos ha explicado vuestra conversación del viernes y yo ya conocía parte del caso debido a los contactos telefónicos que hemos mantenido en las últimas semanas. Supongo que tu presencia aquí se debe a que sigue con la firme decisión de divorciarse.

—Creo que no hay marcha atrás. Las dudas se tienen antes, pero cuando la decisión está tomada se llega hasta el final.

—En ese caso me toca advertirte, aunque seguro que ya lo has valorado, que debido a la posición social y a la popularidad de su familia, el caso va a tener trascendencia pública.

—En este momento de mi vida la gente no me importa. No creo que llegue a existir ni que vaya a conocer un dolor más grande que la traición de mi marido, lo demás es secundario. Antes de tomar la decisión estuve reflexionando en nuestra residencia de Los Hamptons, meditando todas las consecuencias e imaginando como iba a ser mi vida sin Patrick.

—Muy bien, entonces prosigamos. Nos gustaría saber la posición del señor Mountbatten ante el divorcio, si es que habéis hablado de este tema. Cuéntanos cómo va a actuar él, cómo reaccionó ante tu decisión de divorciarte.

—Cuando volvió de Washington el día que encontré las malditas cartas, yo no le estaba esperando como de costumbre. Estaba en nuestro dormitorio, con los ojos hinchados por las horas que pasé llorando y con las manos todavía temblorosas por el shock emocional que acababa de sufrir.

—Lo siento, debió de ser duro.

—Lo fue. Yo había colocado cuidadosamente todo el montón de cartas, una por una, en círculo alrededor. Las que ella le había enviado las mantuve dentro de sus sobres y las copias de las que él envió estaban extendidas. Patrick entró y se extrañó ante semejante escena. Al principio no reconoció esos papeles y se encontró conmigo desenchajada, casi a oscuras, en medio de un montón de sobres y folios. Tras su sorpresa inicial y su desconcierto por la situación, yo sin mediar palabra le extendí uno de ellos, cualquiera, no lo escogí, el que tuve más a mano. Él lo recogió, sin todavía intuir lo que se le venía encima.

»No tenía conciencia de lo que eran esas cartas hasta situarse a la distancia adecuada para reconocer la escritura. Aquel momento, ese desagradable y horrible instante por el que no hubiese querido pasar jamás, no fue melodramático, ni violento, ni nada por el estilo. Patrick no pudo argumentar nada, quizá por la sorpresa, que debió ser impresionante para él o quizá porque realmente nada tenía que decir.

»Era su letra, las cartas recibidas estaban a su nombre y con las direcciones exactas de sedes de las empresas de la familia. Por no mencionar el contenido: su simple recuerdo me enoja demasiado. Cada frase, cada palabra escrita, para mí eran peor que el veneno, hasta tal punto que no he tenido el valor de leer completamente las demás, solo párrafos sueltos. Porque cada vez que empezaba con alguna, la amargura podía más que la curiosidad y tenía que dejarlo. Son de una intensidad increíble; intuyo que para decirse cosas tan maravillosas se deben amar, no cabe otra explicación.

»Él nunca me escribió una sola línea de amor. Y delante de mí, de la mujer que le ha dedicado la vida, había decenas de ellas dedicadas a otra persona. Otra era su musa, otra le inspiraba un romanticismo que yo ignoraba que existiese en Patrick. Él me miró. No olvidaré esa expresión en lo que me quede de vida. Sus ojos se clavaron en los míos y permanecieron inmóviles por unos momentos que me parecieron eternos, porque estaba cruzando la mirada con la persona que me había humillado ininterrumpidamente desde que le conocí.

»No dijo ni una palabra, solo me observaba mientras una lágrima se colaba entre sus ojos, pero solo fue una, nada más. La humillación de su esposa valía una mísera lágrima. Inmediatamente repuso su compostura, me besó en la frente —peor que el beso de Judas, pensé yo— y se dispuso a salir de la habitación, despacio, erguido, con dignidad.

»Antes de que llegase a la puerta le dije únicamente —quiero el divorcio—. Tres palabras que significaban el final de una etapa que nos había ocupado casi media vida. Él asintió y cerró la puerta muy suavemente, dedicándome una tierna sonrisa. Al día siguiente me marché a Los Hamptons, donde he permanecido sola por voluntad propia. Es habitual que yo me vaya allí aproximadamente sobre estas fechas, así que a mis hijos no les extrañó. Es una costumbre desde hace años, así que no se podrá alegar abandono. Desde allí me puse en contacto con Helen, tenía buenas referencias del bufete por conocidos comunes que ya han pasado por este doloroso trance. He de confesar que también por comentarios muy favorables de Patrick.

Todas seguimos con gran interés los comentarios de Rosemary y a ninguna se nos ocurrió interrumpir, porque en el fondo sabíamos que más que una exposición detallada se trataba de un desahogo necesario. Helen fue la primera en tomar la palabra.

—Podemos sospechar que la postura de Patrick ante el divorcio es de aceptación.

—Creo que la actitud suya es de total indiferencia. No he vuelto a escuchar su voz desde que marchó a Washington. No fue capaz de dirigirme ni una sola palabra. Ni siquiera una excusa en una situación en la que cualquier hombre o mujer hubiese intentado al menos explicarse. Es increíble.

—Pero eso pudo ser debido a la impresión. Se quedaría tan bloqueado al entrar en ese dormitorio, que prefirió el silencio a pronunciar cualquier incoherencia o algo que pudiese haber

complicado más esa situación o haber hecho más daño. Si me lo permites, Rosemary, creo que se comportó de forma prudente. Es un hombre extremadamente inteligente. Para él tampoco tuvo que ser fácil el verse descubierto.

—Terminar tanto amor con tres palabras es odioso.

—Terminar un matrimonio entre insultos es aún peor.

—¿Has pensado que es lo que quieres, económicamente hablando?

—Ya se lo comenté a Amber el otro día: ni más ni menos lo que me corresponda.

—Conoces a tu marido ¿crees que la separación será de mutuo acuerdo o te plantará cara? —preguntó Katy.

—No te equivoques, yo creía conocer a mi marido, pero a la vista está que no tenía ni idea de lo que pasa por su cabeza en realidad. Explicame, por favor, la diferencia entre una cosa y otra.

—Si la separación fuese de común acuerdo se simplificarían los trámites, además de ser menos traumática desde un punto de vista personal. Si Patrick no aceptase esta separación, o bien ambas partes no llegamos a una conformidad en los puntos necesarios para solicitar la separación por mutuo acuerdo, nos encontraríamos ante una separación de carácter contencioso. En este caso además de alargarse el proceso se puede llegar a juicio, llevando incluso a testigos que apoyen la verdad de lo que cada miembro de la pareja defiende. ¿Cree que será tu caso?

—Quiero evitar a toda costa un proceso largo, pero tampoco pienso renunciar a lo que por derecho me pertenece. Si va por las buenas, mejor para todos y es lo que deseo con toda mi alma, pero si quiere guerra, la tendrá. No voy a pedir nada que no me corresponda, pero tampoco voy a ceder en lo que yo considero justo.

—Un caso como el tuyo puede tener consecuencias imprevisibles —comentó Helen—. Aunque como social principal y propietaria de este bufete no me conviene decir esto, siempre lo hago.

—Adelante, dime lo que creas conveniente.

—¿Has pensado en que lo mejor de un divorcio es no tener que pasar por él? Quiero decir que con diálogo, voluntad por ambas partes e incluso colaboración profesional, se podría superar el problema e incluso seguir juntos. Existen asociaciones dedicadas a la mediación como sistema alternativo para la resolución de este tipo de conflictos. Cualquier oportunidad me parece mejor que la ruptura de una pareja, te lo digo por experiencia.

—¿Seguirías viviendo al lado de una persona que te ha engañado durante más de veinte años, que se ha jugado su matrimonio una y otra vez en busca de la pasión al lado de otra mujer a la que ha escrito continuamente lo mucho que la ama, lo feliz que es entre sus brazos, lo que la echa de menos cuando no están juntos, las veces que sueña con ella o que anda contando los segundos que faltan para que vuelvan a encontrarse?

»Eso por enunciarte las cosas más suaves y no entrar en los detalles más escabrosos que inspiran

la lectura de sus famosas misivas. Helen, soy partidaria de salvar matrimonios sobre todo por los hijos. O cuando la rutina acecha, cuando la convivencia se hace difícil o cuando surgen dudas y temores; incluso, cuando a ciertas edades se acaba el amor, pero continúa existiendo afecto y la satisfacción de la larga vida compartida, pero mi caso no tiene otra solución. Es imposible volver a convivir con él. ¿Sabes lo que pienso?

—Cuéntanos, por favor.

—Que si ellos son capaces de escribirse esas cosas en la distancia y con tantas circunstancias desfavorables para su relación ¿qué no serán capaces de hacer y sentir cuando estén juntos? Si volviese con él ya nada sería igual. Además, para mí sería un sinvivir estar a su lado, cada vez que saliese de casa, o se retrasase, o marcharse de viaje, una angustia me oprimiría pensando que va a encontrarse con esa mujer. Sería hipócrita olvidarlo todo o hacer como que no ha pasado nada.

—La mayoría lo hacen. Sobre todo, en los círculos en los que vosotros os movéis. No te estoy contando nada que tú no sepas.

—Pero no puedo estar con alguien a quien continuamente haría reproches: nuestra convivencia sería un infierno.

Yo tenía clara la postura de Rosemary desde nuestra primera conversación y ahora las demás también. La posibilidad de una reconciliación parecía impensable, al menos en aquel momento, y las razones que nos estaba exponiendo con tanta claridad eran del todo razonables. A continuación, ella nos entregó una caja donde estaban guardadas las cartas.

—No solo por seguridad, más de una vez en un ataque de rabia he estado a punto de quemarlas y aquí puede estar la clave del proceso, también por quitarme un peso de encima.

Después la acompañamos hasta la puerta para despedirnos cordialmente. Acordamos que yo me encargaría de llamarla frecuentemente y también recomendamos que intentase llevar una vida normal, saliendo, realizando todo tipo de actividades que fuesen de su agrado, rodeándose de gente el mayor tiempo posible y buscando el apoyo de sus dos hijos, Edward y Alice, dos jóvenes muy famosos entre las élites de Manhattan. Se rumoreaba que el mayor estaba a punto de comprometerse con Rubí Zunzunegui, una mujer atractiva de formas rotundas. Era la heredera de una de las mayores fortunas de República Dominicana.

Cuando ella se marchó, Helen nos indicó que volviésemos de nuevo a su despacho.

—Rosemary demuestra ser una mujer discreta. No quiere ningún escándalo. Sin embargo, Patrick Mountbatten se caracteriza por su espíritu inconformista y luchador. Si considera a Rosemary como algo suyo, intentará por todos los medios recuperarla. Cuando no lo consiga, es de suponer que no dará facilidades.

—Y pondrá obstáculos para que ella no reciba lo que pide.

—Así es. Está en juego su reputación de triunfador, de salirse casi siempre con la suya y se impondrá a sí mismo mantener esa imagen cueste lo que cueste. Debemos estar preparadas para

enfrentarnos a un titán.

—A mí me ha sorprendido esta mujer —replicó Katy—. Está muy tranquila y parece no odiar a su marido. Yo en su lugar le habría cortado los huevos y ella ni siquiera le pide demasiado.

—Desde que la conocí el viernes —respondí — me ha dado tiempo de reflexionar sobre su actitud y he llegado a una conclusión: o debido a la impresión que le ha supuesto la infidelidad todavía no es muy consciente de que su vida va a dar un vuelco, o ya ha chillado, llorado y pataleado todo lo necesario y ahora está en la fase de querer pasar esta página cuanto antes.

—Es posible —continuó Helen.

Pero ella, tan práctica como de costumbre, pasó de inmediato al desarrollo del caso dejando a un lado las causas que podían llevar a Rosemary a actuar de ese modo tan pacífico y moderado.

—Katy, tienes que hacer un gran esfuerzo para conseguir una completa información del entorno de Patrick. Amber, la recopilación de sentencias te llevará tiempo y será un poco pesado, pero es un trabajo necesario y debes realizarlo minuciosamente. Por mi parte, también me pondré en contacto con una psicóloga especializada en terapia de pareja para que nos haga un enfoque profesional de la infidelidad. Quiero tratar este caso desde todos los ángulos: humano, jurídico, psicológico, económico... no se nos debe escapar nada.

»Y no olvidemos en ningún momento que Patrick Mountbatten puede pagar a los mejores y su influencia llega a las más altas instancias, tribunales incluidos. Las cartas serán depositadas en mi caja fuerte y hasta que no tengamos constancia de que vamos a necesitarlas, no las usaremos. Si se da la circunstancia de que Patrick accede a las peticiones de Rosemary y llegan a un acuerdo, será mejor que su contenido solo siga siendo conocido por las personas implicadas. Esas palabras de amor fueron escritas para no salir a la luz, sino para permanecer en poder de las dos personas a las que iban destinadas.

»Pero por desgracia, fueron a parar a manos de Rosemary. Nosotros debemos velar por los intereses de nuestro cliente y eso implica que nadie, a no ser que sea necesario, tenga acceso a lo que podría suponer una humillación. Cualquiera de nosotras en su lugar no querría que otros leyesen lo que tu marido ha escrito con dedicación y hasta devoción, a otra mujer que no eres tú. Lo que a ella le supone dolor, para los demás es simple morbo.

En ese momento pensé en algo a lo que yo había dado vueltas desde que tuve conocimiento de la historia, pero a lo que nadie hasta el momento había hecho referencia.

—¿Quién será ella? ¿Cómo será la mujer que ha mantenido durante tantos años ese amor clandestino?

Por unos instantes, las tres reflexionamos sobre algo que os había pasado desapercibido. Hasta la fecha, nos habíamos centrado exclusivamente en Rosemary y en Patrick, dejando a un lado a la tercera involucrada. Para mí era la auténtica protagonista, ya que Rosemary era un elemento pasivo y Patrick el enlace entre ambas. Decidimos ojear las cartas antes de guardarlas para ver si obteníamos algún dato sobre la identidad de esa mujer.

Los sobres de las misivas dirigidas a él no llevaban remite. Los matasellos pertenecían a direcciones de distintas ciudades, incluidas algunas del extranjero. Lo único evidente que pudimos averiguar fue un nombre, Mary. Esa era la rúbrica con la que firmaba, lo cual no significaba que fuese el auténtico nombre.

—Es posible que no necesitemos buscar. Una vez iniciados los trámites de separación, ya no tendrán que ocultarse y existe la posibilidad de que legalicen su situación, o al menos, dejen de esconder esa relación.

—Otra posibilidad es que ella también esté casada y no desee que este divorcio tan mediático le salpique ni de lejos.

—Si está casada puede que inicie los trámites de su propia separación para vivir al fin libremente ese amor prohibido desde hace tanto tiempo.

—También podemos preguntárselo directamente a Patrick y ahorrarnos estas conjeturas.

—¿Cómo?

—He pensado en concertar una cita con él esta semana. Intentaré que mantengamos una charla amigable, informal, solo para sonsacarle cuál va a ser su postura ante la separación. Pero imagino que si le llama el bufete que va a representar a su esposa en la separación, llevará a nuestra cita a todo abogado bajo sus órdenes, que serán decenas, aunque solo sea para intimidarnos. Es muy típico en los poderosos que se creen por encima del bien y del mal desplegar infinitos recursos para intimidar.

—¿Cuándo te gustaría llamar a Patrick?

—Si es posible hoy mismo, para que nos podamos ver lo antes posible. Además, su agenda es complicada y es un hombre que viaja frecuentemente.

Helen se levantó y se dirigió a la caja fuerte para depositar el montón de cartas. En ese momento un escalofrío recorrió mi cuerpo. Yo era la única del bufete que había leído una de aquellas declaraciones de amor y sabía de su intensidad. Intuí que acabaría violando ese secreto. Se me presentó la oportunidad de conocer esa inmensa pasión y debería terminar lo que ya estaba empezado. En la vida nunca es bueno dejar las cosas a medias.

* * *

Cuando llegué al bufete el lunes a primera hora tenía todavía mejor aspecto que la semana anterior, cuando había entrado por la puerta de H&R con una sonrisa de oreja a oreja. Esa mañana ya podrían haberme dado la peor de las noticias o haberme hecho el más desagradable de los comentarios que mi estado de optimismo no se hubiese visto afectado. Cuando llegó Helen nos confirmó que el miércoles nos visitaría la experta en terapia de pareja y que el jueves a las

doce del mediodía nos esperaba Patrick Mountbatten. Pero lo mejor para mí estaba por llegar.

—Amber te espero en mi despacho —ordenó Helen.

Pensé que nos pasaríamos el resto del día analizando el histórico de las sentencias que había conseguido a lo largo de tantos días de esfuerzo.

—Lo que voy a decirte lo he estado dando vueltas durante todo el fin de semana. Sabes que esta primera reunión con Patrick quiero enfocarla de manera informal.

—Sí, ya nos lo comentaste.

—Mi idea es una simple presentación, un tanteo de su postura, de su estado de ánimo... Sería como definir el entorno de este caso. Sin más. Quiero que él esté relajado. Si le visitamos varias personas le intimidaremos, si acudimos alguno de los socios o veteranos desconfiará.

Pausa larga y yo desencajada...

—Se me ha ocurrido que si vas tú sola conseguiremos que baje la guardia y no esté alerta. Cuando te vea, primero se sorprenderá; después se relajará ante una joven con poca experiencia porque pensará que no le supones ninguna amenaza. En vuestra conversación no deberás mostrarte agresiva bajo ningún concepto. Sonríe, sé amable y adorna toda la conversación con preguntas triviales.

Me quedé tiritando al escuchar semejante propuesta.

—¿Me estás pidiendo que acuda yo sola a visitar a Patrick Mountbatten?

—Exactamente.

—¿Pero te has vuelto loca?

—Todo lo contrario. Se llama estrategia sibilina y no invasiva. Cualquiera en mi lugar hubiese llevado a todo su bufete a este primer encuentro y lo hubiese rodeado de mucho formalismo y parafernalia para dar imagen de poderío ante los adversarios.

—¿Y?

—Seamos realistas. Nosotros somos muy buenos, pero Patrick Mountbatten puede conseguir a los mejores con solo chasquear sus dedos porque les puede pagar cualquier minuta que pidan.

—Así es, desde luego.

—Él está acostumbrado a las luchas de poder, a la negociación dura, a la presión psicológica, pero no espera una visita de cortesía de una recién licenciada para preguntarle cómo se encuentra tras un trance tan duro e inesperado. Solo queremos saber si tiene ánimo para complacer las peticiones de Rosemary o hay que prepararse para una guerra.

—Pero ¿y si llego y me está esperando todo su equipo jurídico dispuesto a acribillarme a

preguntas?

—Pues improvisa, debes intentar quedarte a solas con él. Si es necesario invítale a un café — invitación para dos, señalas— o te desmayas si es necesario. Mira, Amber, en la conversación telefónica que mantuve con él me resultó un caballero y ambos acordamos que por esta vez nos íbamos a tantear. Los dos teníamos claro que posiblemente los desencuentros vendrán después. Qué menos que una pequeña tregua antes de comenzar lo que se puede convertir en una gran batalla jurídica, mediática y social.

—Me parece increíble, voy a reunirme con Patrick. ¡Guauuuuuu!

—No es un favor o una gracia que te hago. Es por el bien del bufete y por los intereses de nuestra cliente. No te dejes impresionar por un nombre famoso, una trayectoria profesional impecable o un atractivo masculino. Cuando te sientes frente a él, solo tienes que ver a alguien a quién tenemos la obligación de ganar.

—¿Y si se aprovecha de mi inexperiencia?

—En cuanto sientas que las cosas no están saliendo según nuestras intenciones, comienzas a despedirte de forma sutil y te marchas enseguida. Sin más.

Si Spencer sospechase que en pocos días estaría frente a uno de sus ídolos rabiaría de envidia. ¿Por qué siempre que pasaba algo bueno en mi vida recordaba a Spencer? ¿Por qué mi primer pensamiento no era felicitarme por la oportunidad que se presentaba? ¿Sería un síntoma masoquista el pensar en quién tanto daño me había hecho cuando más me iba acercando a la felicidad?

Capítulo III

Terapia de pareja

Decidimos que a Rosemary le interesaría e incluso le serviría de gran ayuda la opinión de una experta en terapia de pareja. Cuando le informamos de nuestra cita con Juliet, la psicóloga, nos confesó que acudiría encantada y que en realidad a ella ya se le había pasado por la cabeza visitar a alguno de estos profesionales para que la explicasen desde un punto de vista psicológico, si eso era posible, el comportamiento y las motivaciones de Patrick. El miércoles a las once estábamos Katy y yo reunidas en el despacho de Helen junto con Rosemary, que fiel a sus costumbres se había presentado con varios minutos de antelación, cuando llegó Juliet. Me sorprendió su aspecto, muy cuidado.

Tenía la idea preconcebida y equivocada, que sociólogos y psicólogos son unos personajes histriónicos, neohippies, vestidos con ropas extravagantes y coloristas, cabello descuidado y maneras informales. La mujer que teníamos delante presentaba características muy distantes a las imaginadas por mí. Juliet era una mujer elegante, vestida con una falda de cuero que dejaba al descubierto finas piernas, muy maquillada, de unos treinta y ocho o cuarenta años, que caminaba erguida y con decisión, sosteniendo entre sus manos un maletín de piel marrón repleto de papeles.

Me llamaron la atención sus delgadas muñecas, apenas perceptible por la cantidad de cadenas de oro que las rodeaban. Helen ya había puesto en antecedentes a Juliet acerca del caso de Rosemary y también estaba informada de su presencia en la reunión. Tras las presentaciones y los típicos comentarios de cortesía de un primer encuentro, Helen, tan directa como suele, le preguntó de forma profesional, sin rodeos.

—Como ya conoces los pormenores del caso, es mejor que vayamos directamente al grano. Queremos entender, especialmente Rosemary, qué lleva a un hombre a este comportamiento crónico. ¿Existen causas específicas de la infidelidad?

—No existe un único problema o una causa concreta. Las circunstancias que empujan a la infidelidad deben analizarse de forma personalizada, aunque está demostrado que entre los factores principales destacan la ausencia o falta de satisfacción en las relaciones sexuales, el aburrimiento y el desencanto que produce el desenamoramiento lo que obliga a buscar la ilusión en otra parte. Se han publicado incluso, teorías científicas y que seguramente ya habréis escuchado o leído por ahí, que vienen a afirmar que la propia naturaleza obliga a los machos de todas las especies a esparcir su semilla entre el mayor número de hembras posibles y que las hembras van buscando entre sus distintas parejas, hasta que encuentran al que consideran mejor

macho. Cada cual que saque sus conclusiones de semejantes afirmaciones...

—Bien es cierto, y aunque sueno a tópico es la realidad y no debo omitirla, que la infidelidad masculina ha sido aceptada socialmente e incluso se ha visto influenciada por connotaciones culturales. Se tiene la creencia que el adulterio es una demostración de virilidad en los hombres y entre el género masculino es valorada e incluso celebrada.

—¡Y eso que ya hemos entrado en la década de los 90 del siglo XX! —puntualizó Helen.

—¿Verdad que sorprende? Tradicionalmente se ha potenciado el impulso sexual del hombre como algo innato e inevitable, así como una conducta de seductor y un carácter donjuanesco. La misma sociedad ha promovido la promiscuidad de los hombres, venerando a quien tiene poder, dinero y mujeres, mientras que ha machacado a las mujeres que han disfrutado de su sexualidad con libertad. También depende de la cultura en la que nos hemos educado. Como dato curioso os comentaré que en casi la mitad de las sociedades humanas la poligamia es la norma.

—¿¿¿Cómo??? Pero eso no puede ser posible —exclamé impresionada.

—Sí, Amber. Por ejemplo, en la India, los Paharii practican el matrimonio de grupo y en ciertas islas del Pacífico el inicio de la vida sexual de los jóvenes es a través de contactos sexuales con mujeres casadas; en algunas tribus nigerianas un hombre casado puede mantener relaciones con jóvenes solteras si la agasaja a ella y a su familia; los mangayos polinesios tienen al menos veinte contactos sexuales semanales siempre con mujeres diferentes. Y no puedo dejar de nombrar a las más valoradas entre algunos aborígenes australianos: ni más ni menos que las mujeres más promiscuas, garantía de que son las más atractivas y cotizadas.

Todas sonreímos ante tales revelaciones y tras ese pequeño momento de relax, Juliet prosiguió, esta vez con datos menos agradables.

—¿Sabíais que aún hoy, en pleno siglo XX, existen en el mundo más de dos decenas de culturas en las que el marido de una infiel tiene el derecho legal a matarla? En algunas sociedades las adúlteras pueden ser marcadas con un hierro y hasta apedreadas.

Nos quedamos sorprendidas ante semejante revelación, dando paso a unos momentos de reflexivo silencio.

—Es increíble —interrumpió Katy ofuscada— ¿Y no se puede hacer nada para terminar con esa aberración?

—Por desgracia, es difícil. Pero a pequeña escala, en nuestro entorno cercano, se pueden ir mejorando cosas. Por ejemplo, la actitud marcada por la hipocresía entre nosotras, las propias mujeres. Ellos se apoyan unos a otros, se comprenden. Las mujeres somos menos cómplices; ante una infidelidad femenina, abundarán más las críticas y la falsa moral que la aceptación. A lo largo de la historia, y no solo en este ámbito sino en otros como el machismo o la dificultad para adquirir el derecho a ser conocida la capacidad laboral y la total independencia de la mujer, las peores enemigas de las mujeres hemos sido nosotras mismas.

Estaba totalmente de acuerdo con lo que estaba escuchando. Las críticas que yo misma había

recibido, en mi todavía corta experiencia, por mi actitud valiente y decidida ante la vida habían sido vertidas por mis colegas de género.

—Los únicos beneficiados por estas rencillas y envidias son los hombres. Deberíamos desarrollar más la solidaridad femenina. A pesar de las antipatías que la infidelidad cometida por mujeres sigue despertando, hoy en día es tan común como la masculina y cada vez va adquiriendo mayor tolerancia social.

—Antes de que finalice el siglo, se equipará —afirmó Helen con seguridad.

—Existen investigaciones contrastadas y realizadas en diversos países que indican que el diez por ciento de los recién nacidos no han sido concebidos por el que cree ser el padre. La igualdad de sexos se hace más patente con el tiempo, aunque de forma gradual; pero el adulterio es percibido de una manera diferente entre unos y otros.

»Cuando una mujer decide tener una aventura —siempre existen excepciones— suele ser consecuencia de replantearse su situación de pareja, de un cambio en sus sentimientos. Le afectan, incluso hasta llegar a un deterioro de la relación, hechos como la falta de comunicación, la disminución del tiempo de convivencia. Sin embargo, según he tenido constancia, en ninguna de estas causas estaban inmersos los protagonistas del adulterio del que hoy nos ocupamos.

Observé por unos instantes a Rosemary. Estaba allí, callada, atenta, escuchando resignada y yo suponía que en realidad estaría intentando asimilar esas palabras, porque ¿cómo intentar explicar desde un punto de vista racional a una víctima el comportamiento de su verdugo?

—¿Queréis que continúe o hacemos un pequeño descanso? —nos preguntó Juliet.

Era una enérgica mujer. Utilizaba continuamente las manos para expresarse, en ocasiones con exagerados movimientos cuando menos lo esperábamos para llamar nuestra atención. Pero hablaba bien, pausadamente y usando las palabras adecuadas sin caer en términos propios de la jerga de su profesión. Por unanimidad decimos continuar, a todas nos parecía muy interesante lo que nos estaba contando. Es un tema que todos nos hemos planteado alguna vez y en el que posiblemente acabemos implicados, de uno u otro lado.

—Pues bien, llegado a este punto, quiero exponer una breve enumeración de las tres formas de infidelidad más comunes, no sin antes dejar de indicar que es muy alto el porcentaje de casos en los que los hombres, a pesar de ser conscientes de su adulterio, no identifican el hecho de engañar con la posibilidad de una falta de amor hacia su pareja. Puntualizado esto, paso a mi breve exposición.

—Te escuchamos, Juliet. Es muy interesante todo lo que nos estás contando.

—Gracias, Katy. Comienzo con las tipologías. Existen las aventuras pasajeras que son propiamente un desahogo sexual. Es el común «aquí te pillo, aquí te mato». Entran en juego el placer, la necesidad sexual y la atracción física. Es algo visceral que no deja huellas emocionales. Se satisface la parte más turbulenta e incluso perversa de nuestra libido.

»Hay personas entre las cuales las aventuras pasajeras son continuas y otras que solo recurren a

ellas de forma esporádica o con carácter puntual, por ejemplo, cuando la situación es comprometida y no tienen el valor de negarse. Para muchos es una especie de masturbación en compañía. En cuanto se libera la tensión sexual, es decir, en cuanto finaliza el acto, el deseo inmediato es desaparecer de allí y alejarse del cuasi desconocido con el que se ha compartido ese momento de intimidad. Emocional y sentimentalmente, los sujetos habituados a estas aventuras pasajeras no se consideran infieles.

»Otra forma de infidelidad es acudir a los profesionales de la prostitución. Es algo habitual en todas las esferas sociales, aunque en este caso y por razones obvias, la mayoría de los que usan este servicio son hombres, aunque hoy en día las altas ejecutivas y mujeres de negocio, especialmente las de edad madura, están potenciando un creciente auge de la prostitución masculina. En el subconsciente de muchas de las personas que acuden a este tipo de servicios subyace la inseguridad. Se sienten invencibles ya que la persona a la que están pagando debe satisfacer por completo sus gustos y peticiones. Este tipo de situaciones alimentan su ego.

»Y ahora llegamos a la más compleja y menos usual, aunque este es el caso de Patrick Mountbatten. Se trata del tipo de adulterio basado en relaciones complementarias y duraderas. Los sujetos activos en estas complejas historias suelen auto justificarse argumentando la búsqueda y el derecho a la felicidad. El sujeto inmerso en esta situación vive dos historias de amor simultáneas, una con la pareja legítima y otra fuera de esta unión. Cree que quiere, o realmente quiere a las dos personas con las que comparte su amor. En realidad, lo que inconscientemente hace es complementar las cualidades y carencias de ambas personas. Se involucra en las dos relaciones y a veces consigue alcanzar un equilibrio. En su matrimonio suele encontrar estabilidad, tranquilidad, compañía y con su otro compañero busca aventuras, emociones, experiencias, romper con la monotonía diaria.

—¿Hay algún rasgo común en este tipo de personas? —Se interesó Helen.

—Las personas que llevan este doble juego son por lo general inteligentes, equilibradas y ordenadas. Reconocen que lo que están haciendo no es lo correcto y por eso lo llevan con la máxima discreción, pero creen en ello y no están dispuestos a renunciar a ninguna de las personas con las que comparten su vida. Llegan a alcanzar un vínculo emocional con el amante que está por encima del aspecto sexual. Con ellos se sienten libres, pueden ser sinceros y mostrarse tal cual, sin las cargas y responsabilidades que un matrimonio conlleva.

»Estoy hablando de relaciones que duran más de un año, durante una larga etapa, aunque es difícil por diversas circunstancias que se alarguen a lo largo de toda una vida. El hecho de que la relación de Patrick se haya mantenido más de veinte años a pesar de un matrimonio —o de dos, si esa mujer también está casada, que es una cuestión que desconocemos—, a pesar de continuos cambios en su entorno y de la distancia, demuestra que ellos se quieren. Ahora la pregunta obvia que todos nos planteamos ante una situación así es: si tanto se necesitan esos dos, ¿por qué no están juntos?

Todas asentimos de forma mecánica ante la evidencia planteada por Juliet. Tras unos instantes de suspense continuó con su exposición. Sabía captar la atención de sus interlocutores.

—Hay ciertos aspectos tan íntimos y personales que no se pueden generalizar. Evidentemente,

ellos dos son los que más tienen que decir en su historia, su actitud o sobre el porqué de su comportamiento. Pero ninguno está aquí para contárnoslo. Aunque hay que plantearse que quizá no estén juntos por propia iniciativa.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté. Jamás pesé que una charla sobre infidelidad me fuese a resultar tan apasionante.

—Pues que es probable que para ellos el atractivo de su relación consista en una discontinuidad a lo largo del tiempo, en el placer de la clandestinidad o en el morbo de la incertidumbre.

—Comprendo.

—En el amor no hay reglas, Amber. Cada uno establece las relaciones desde su propia perspectiva. Lo que a unos les puede parecer ilógico, a otros les resulta maravilloso. Patrick quiere a su mujer, pero también ha querido a otra y de cada una de ellas recibía algo diferente. El disfrutar de las dos le hace feliz. La convivencia en su matrimonio ha sido satisfactoria y su mujer le ha proporcionado armonía y un perfecto apoyo ¿me equivoco, Rosemary?

—Supongo que no. Yo he estado siempre a su lado y he sido una perfecta compañera en el ámbito privado y en el público, tan importante para los intereses de nuestra familia. ¿Cómo iba él a dejar a una persona así? Nunca me quejaba de sus ausencias, comprendía sus responsabilidades al frente del imperio Mountbatten, anticipándome incluso a sus deseos y pensamientos.

—¿Tienes alguna idea de quién puede ser ella?

—No. Pero he llegado a una conclusión. Tiene que ser una mujer única para fascinarle durante tanto tiempo. Él es una persona muy compleja, exigente y selectiva. Para que Patrick admire a alguien tiene que destacar, sobresalir, ella tiene que ser culta e inteligente, alguien que le haga pensar y dialogar. Tiene que ser compatible en ideas, con afinidad intelectual, no solo sexual con mi marido. Ella debe ser una gran mujer.

Rosemary no dejaba de sorprenderme. La dignidad con la que llevaba el asunto era devastadora, hasta el punto de afirmar delante de cuatro desconocidas que la señora con la que Patrick le llevaba poniendo los cuernos más de veinte años debía ser especial. Esa sensatez resultaba admirable. Pero las allí presentes sabíamos que si Patrick había arriesgado un matrimonio, un reconocimiento social generalizado y una conducta personal intachable por una mujer, debía ser por alguien valioso.

La postura de Rosemary resultaba loable. La mayoría de las mujeres engañadas tienden a acusar a la tercera persona. La otra siempre resulta ser la culpable cuanto menos. Sin embargo, esa mujer suele ser una desconocida, alguien que no les juró fidelidad ni amor eterno delante de cientos de testigos, alguien a quien no se entregan diariamente. ¿Por qué insultar y menospreciar a quién es ajeno a tu vida e intentar exculpar al compañero? Dos no engañan si uno no quiere: la responsabilidad de una infidelidad debe ser compartida por los protagonistas.

Katy, que se mostraba muy participativa aquella mañana, preguntó a Juliet si debido a su ejercicio profesional conocía de primera mano más historias similares a la de Patrick.

—Pues la verdad es que sí. Bien es cierto que no son las habituales, pero conozco varios casos, algunos tratados por mí personalmente y otros por compañeros de profesión. Lo particular en el caso de Patrick es que la otra relación comenzó al inicio de su noviazgo con Rosemary y se ha mantenido hasta el día de hoy.

—¿Y las otras que conoces?

—En el resto, las relaciones se pueden haber alargado durante años, pero comenzaron cuando el matrimonio se vio amenazado por alguna circunstancia adversa, monotonía, distanciamiento, empeoramiento en la calidad de las relaciones sexuales, baches personales en alguno de los miembros de la pareja y posteriormente, se resolviesen o no los problemas con la pareja estable, se decidió continuar también con esa tercera persona. Pero como ya os he comentado, solo durante una etapa, porque llega un momento en que la situación se hace insostenible para alguno de los dos amantes, bien porque uno se acaba involucrando afectivamente más que el otro o bien porque se hace insoportable la espiral de mentiras que se ven obligados a sostener.

—A propósito, Juliet, supongo que habrás mantenido conversaciones con las personas inmersas en los casos a los que aludes.

—No solo conversaciones, también terapia. Os sorprendería escuchar a los protagonistas. Lo que menos denotan es arrepentimiento. Suelen guardar inolvidables recuerdos de aquellas relaciones, afirmando que mereció la pena haberlas vivido, que repetirían con los ojos cerrados y que el sexo del que allí gozaron es insuperable, el mejor de sus vidas.

»También resulta interesante descubrir la compenetración que llegan a alcanzar y las tretas a las que recurren para continuar con esa relación sin ser descubiertos. Programación de viajes de negocios simultáneos, falsificación de invitaciones a congresos, soborno a subordinados para que actúen como cómplices o en un nivel más íntimo, el mantenimiento en casa del amante de toda la gama de productos de aseo personal de uso habitual como perfumes, colonias, geles de baño para no regresar a casa con olores extraños. Existe todo un arte alrededor de la infidelidad y en muchos casos un despliegue desorbitado de ingenio.

—¿Es cierto que existen agencias relacionados con este tema?

—Helen tiene razón —puntualizó Juliet— actualmente existen profesionales e incluso agencias que facilitan todo lo que el adúltero pueda necesitar, invitaciones ficticias para cualquier tipo de evento, generalmente congresos o reuniones de empresa, billetes de avión y facturas falsas para justificar las ausencias, compras que no quedan registradas, números de teléfono de hoteles que no existen pero que atienden las llamadas como si lo fuesen y localizan al interesado en caso de necesidad, montajes fotográficos de asistencia a compromisos profesionales y la solución a cualquier imprevisto que pueda surgir. Existe una compleja logística alrededor de estos organizadores de citas prohibidas de manera que incluso se actúa bajo seudónimo y nunca se llega a conocer la verdadera identidad del que demanda los servicios.

—Increíble...

Lo que murmuré reflejaba la expresión de las caras de las cuatro personas que allí estábamos escuchando. La evolución del mercado había llegado hasta el punto de convertir la infidelidad en

un negocio. La oferta y la demanda no entiende de ética o de amor.

—Pues os voy a contar más curiosidades relacionadas con el tema. Existen agencias especializadas en infidelidad conyugal. En Berlín hay una que organiza encuentros secretos entre casados. Se llaman, quedan, salen entre los que figuran en las listas. También existen páginas web dedicadas a poner en contacto a personas que no creen en la monogamia y conviven o se relacionan de forma abierta con numerosas parejas. ¿Y si la sociedad occidental estuviese equivocada y esa monogamia no fuese el estado ideal del ser humano?

Tras una pequeña pausa por la pregunta planteada por Juliet, que cada una de nosotras se contestó a sí misma sin manifestarse en voz alta, ella prosiguió.

—La infidelidad siempre ha despertado curiosidad y posiciones encontradas. Es un tema que no deja indiferente a nadie.

—No hay más que echar un vistazo al cine o la literatura...

—Algunas joyas literarias basan su encanto en tan controvertido tema; me vienen a la memoria Madame Bovary, Ana Karenina, Otelo... ¿Y qué me decís de El cartero siempre llama dos veces? ¿Y de El graduado?

—O de Atracción fatal —añadió Katy.

—O Los Puentes de Madison en el que se trata el tema con una exquisita sensibilidad.

Dedicamos unos minutos a comentar alguno de esos títulos y otros que fueron surgiendo hasta que Juliet retomó el tema que nos había reunido.

—Rosemary, me gustaría hacerle algunas matizaciones respecto a su decisión personal, que me han comentado en este bufete que es firme y meditada.

—Así es —contestó con convicción Rosemary.

—Es mi obligación como profesional puntualizar que la parte engañada, en muchas ocasiones, se encuentra tan abrumada que no reacciona adecuadamente, o al menos, no del modo en que lo haría en condiciones de serenidad. Luego termina por arrepentirse de su precipitada actuación. Ante la rabia es difícil razonar. Al principio, la sorpresa, la ira y el dolor anulan el sentido común y hasta los verdaderos deseos.

—¿A dónde quiere ir a parar?

—A que hay que dejar pasar un tiempo, serenarse, analizar, dialogar para ver las cosas con mayor calma y tranquilidad y así tomar la decisión definitiva. También hay que observar detenidamente la forma de actuar del otro miembro de la pareja. Quizá admita realmente su error, se arrepienta con sinceridad y desee regresar poniendo todo de su parte para superar el bache y compensar su error.

—Estoy convencida. En este momento tampoco puedo respetar al hombre que me engañó de

forma premeditada y reincidente durante todo un matrimonio, incluso nuestro noviazgo. No puedo mirar a los ojos al que reflejaba los suyos en otra mujer a la que adoraba.

—Es comprensible, pero mi experiencia me dice que en casos como el suyo, con casi treinta años de relación, hay que sopesar los pros y los contras, hay que tantear el comportamiento de Patrick. Quizá él se comprometa a arreglar todo lo destruido; es posible que juntos sean más felices que separados y se decidan a superar este importante contratiempo y pasar los años que les queden de vida en total armonía. Nunca es tarde para un arrepentimiento ni para comenzar de nuevo.

—Juliet —era Katy quien se dirigía ahora a la psicóloga—. ¿Crees que el amor puede ser recuperable si no se ha deteriorado demasiado? Nunca lo he tenido del todo claro...

—Sin duda. Las orientales, muy sabias en el arte de amar, convierten cada crisis en el relanzamiento de sus matrimonios.

—Ahora mismo no siento amor por Patrick, algo que no existe no se puede recuperar.

—Es por la ofuscación, Rosemary. A veces la resolución de problemas trae consigo una etapa mejor, la creación de una relación más sólida. Basta con recordar lo gratificantes que resultan las reconciliaciones tras las pequeñas discusiones cotidianas. Quizá él ponga todo su empeño por intentarlo. Superando esta prueba la solidez de vuestra relación será indisoluble.

¿Cómo reconstruir algo partiendo de una base de dolor, de desengaño, de reproches, de impotencia, de desilusión, de incomunicación, de silencios, de dudas, de desconfianza, de rencor, en definitiva, de desamor? Sin quererlo, pero sin poder evitarlo, como venía siendo usual en los últimos meses, recordé a Spencer y todas las cosas que superamos juntos. Me vino a la cabeza el último examen, del último curso, del último año universitario. Nos jugábamos en ese aprobado la licenciatura, el título de abogados y el auténtico comienzo de nuestra vida adulta.

La noche anterior a ese test la pasamos juntos hasta altas horas de la madrugada en un parque cercano a nuestras casas. Por esas fechas ambos todavía vivíamos en los domicilios de nuestros respectivos padres, en el West Village. Reímos, bailamos sin música bajo la luna y nos amamos, sin pensar por un instante en el día siguiente.

Solos y felices como siempre; ese estado de ánimo que conseguíamos con nuestra mutua compañía y que nos ayudaba a superar todo lo que se pusiese por delante. Aquel examen lo aprobamos con sobresaliente y aquella noche aprendí que la relajación es una de las mejores armas para combatir las dificultades. Y que al lado de la persona amada todo se puede lograr.

II PARTE

Frente al hombre que todo lo puede

Capítulo IV

Una reunión inquietante

Y llegó el jueves. El principal motivo de mi nerviosismo no era la posibilidad de fracasar ante un grupo de expertos abogados con amplia experiencia a sus espaldas; eso sería lo normal en una joven de veintiséis años enfrentándose a su primer caso. Estaba inquieta por la posibilidad de no dar la talla ante Patrick Mountbatten, por quedarme en blanco, tartamudear, no utilizar las palabras o el tono adecuado, gesticular demasiado o cualquier otro comportamiento que me delatase como una novata ante los ojos de aquel hombre.

Yo no lo veneraba como Spencer, pero sí sentía admiración por él. Se trataba de uno de los magnates más influyentes de Estados Unidos, consultado por los sucesivos gobiernos para la toma de decisiones que afectaban a la economía del país, los mejores foros no eran tales si en ellos no intervenía Patrick, los medios de comunicación se disputaban la posibilidad de entrevistarle y en unas horas yo tenía que reunirme en privado con él. El motivo, su intimidad, su vida, su gran secreto. Una joven desconocida para él era partícipe de una de las partes más privadas de su existencia.

¿Cómo me recibiría? ¿Se mostraría arisco, distante e incluso desagradable? ¿Me intentaría sobornar? ¿Terminaría por amenazarme? Por mi cabeza pasaban todo tipo de pensamientos absurdos e insensatos que se intensificaban por momentos y aumentaban conforme se acercaban las doce de la mañana. Decidí ser natural, no programar parrafadas ni discursos preparados que no iba a ser capaz de recordar. Me recordé, una y otra vez, que siempre me he caracterizado por mi templanza y frialdad, aunque siendo objetiva, en situaciones comunes de la juventud.

Si realmente valía tanto como pensaba, debía demostrarlo en situaciones extraordinarias y ante adversarios de peso. Si quería ascender y prosperar como abogada, tenía que saber afrontar y resolver cualquier situación que se me pudiese por delante. Él era Patrick de Mountbatten, pero yo era Amber Andersen. Él rondaba los cincuenta, ya había pasado por mi edad, pero yo no había alcanzado la suya: nos encontrábamos ante una desigualdad claramente favorable hacia él. ¿Quién sabe qué conseguiré y hasta dónde habré llegado yo cuando cuente con su experiencia?

Él fue joven y seguramente tuvo que superar situaciones similares a la que me iba a enfrentar en pocos minutos, él también tuvo que atravesar momentos de inseguridad e incertidumbre al encontrarse por primera vez con personas brillantes y experimentadas. Si Patrick y otros tantos salieron airoso de similares situaciones yo tendría la capacidad de conseguirlo también. Solo me encontraba ante una primera toma de contacto; si algo salía mal había tiempo para rectificar.

La reunión fue concertada en su despacho. En el edificio Tosca, un imponente rascacielos con una situación privilegiada, se ubicaban algunas de las oficinas principales del imperio que dirigía Patrick Mountbatten: eran propietarios de viñedos y bodegas en varios países, hoteles de lujo y en los últimos tiempos se había introducido con éxito en el mercado inmobiliario. El edificio se situaba en pleno Manhattan con unas extraordinarias vistas a Central Park. Desde el punto arquitectónico ese emblemático edificio resultaba bello y armonioso: fachada asimétrica, recubierta enteramente de cristal opaco y aluminio.

Las puertas giratorias de la entrada eran también de cristal, al igual que los ascensores. La decoración y el mobiliario del interior destacaban por su sobriedad y elegancia. Rosemary nos había dicho que la supervisión de cada detalle de aquel edificio había sido llevada a cabo por su marido. Más que un espacio de oficinas, creía estar visitando uno de sus hoteles de lujo. Mientras observaba asombrada cada rincón me fui relajando y pensé que un hombre que es capaz de construir un entorno de trabajo tan acogedor, no debiera mostrarse como un déspota conmigo.

Mientras ascendía a la última planta, lugar donde se encontraba el despacho de Patrick, recordaba fragmentos de una de las cartas dedicadas a aquella mujer desconocida. Era una manera de tranquilizarme y reafirmar mi teoría «palabras tan tiernas no pueden ser escritas por un hombre insensible, frases tan hermosas no salen de la pluma de un desgraciado». Así, ensimismada entre mis pensamientos, fui conducida por una secretaria hasta una pequeña sala de reuniones con un amplio ventanal desde el que se observaba el inmenso parque, uno de los iconos de Nueva York. Cuando permanecía inmóvil, retorciendo mis dedos por un nerviosismo que no disminuía a pesar de mis múltiples intentos, se abrió la puerta a mis espaldas. Había llegado el momento.

Mientras me daba la vuelta para quedar cara a cara con ese hombre que aparentemente todo lo puede, en esos pocos segundos, quizá fueron décimas, un torbellino de impresiones, mezcla de expectación e inseguridad, me sacudieron, pasando de forma clara por mi mente una imagen, el rostro de Spencer. Seguía apareciendo en cada momento crítico ¿hasta cuándo?

Y entonces lo conocí. Me encontraba frente al magnánimo. Los primeros instantes de reserva, de observación pausada y cruce prudente de miradas por ambas partes. Sorprendida gratamente. Un hombre atractivo a dos pasos de mí, maduro, elegante. Su presencia impresionaba, no por lo que él significaba, sino por su porte de galán.

De todas las sensaciones que había imaginado ante el momento de nuestra presentación, la última que hubiese puesto en mi lista era la de asombro femenino ante un hombre físicamente agradable. Las fotografías de prensa no le hacían justicia. Era más alto de lo que aparentaba, pasaba de largo el uno ochenta y cinco. Ojos penetrantes, negros, de mirada profunda, pestañas largas y rizadas, facciones suaves, labios carnosos, piel bronceada y un pelo de intenso color plata que le sentaba bien.

Traje de alpaca, marengo, camisa a medida —a juego con la corbata—, zapatos de piel fina, brillantes, impecables, y un Hublot de esfera oscura, redondeaban un cuidado aspecto. Hasta sus manos eran delicadas, con unos dedos largos y delgados. Fueron unos momentos turbulentos en los que a mi pesar no pude evitar imaginar esas manos rodando suavemente por mi piel. Tras esta oleada de emociones inesperadas me recompuse y nos estrechamos la mano.

—Esperaba a Helen, pero su presencia es igualmente bienvenida.

—Soy Amber Andersen, encantada de saludarlo.

Su voz fue lo único que no me convencía de Patrick. Más que el timbre, era la entonación lo que me desagradaba. Él había cumplido su palabra: acudía solo. No tendría que verme acosada por varios abogados hambrientos de carnaza, al menos de momento.

—Su presencia me desconcierta por inesperada ¿es usted la abogada de mi esposa?

—Represento a H&R, el bufete que la representa y que como bien sabe dirige Helen —contesté mientras le extendía mi tarjeta de visita.

Mi jefa había acertado, el acudir yo sola a aquella cita no era usual ante un divorcio de tanta envergadura.

—Se puede decir que esto es una mera visita de cortesía. Simplemente quiero charlar con usted unos minutos. Le agradezco que haya respetado el acuerdo de acudir solo, sin sus asesores legales.

—Eso no tiene mucho mérito, con solo descolgar el teléfono tardarán unos dos minutos en cruzar esa puerta. Trabajan dos plantas más abajo. Están avisados de su presencia aquí y de la posibilidad de ser requeridos en cualquier momento.

Fue su manera de ponerme en mi sitio. «Cumpló mi palabra, pero este es mi territorio y puedo cambiar la situación a mi conveniencia, deberá portarse bien» interpreté. Agradecí sinceramente su presencia en solitario. Frente a él, no sentía los temores ni las dudas que me habían acechado en los últimos días, estaba totalmente embaucada por semejante varón.

De repente comprendí la entrega de Rosemary y el amor que le estaba regalando otra mujer a lo largo de media vida. Era increíble, su sola presencia en la misma habitación me había eclipsado; yo iba predispuesta a enfrentarme a un triunfador, puede que a un experto manipulador, pero no entraba en mis planes quedar asombrada por un hombre carismático.

—¿Ha desayunado? ¿Le apetece un café? ¿Algo de comer?

—Un café cortado estará bien, gracias.

Me costaba mantener la atención mientras interiormente me decía que casi me doblaba la edad, era la parte contraria en mi primer caso, el culpable del sufrimiento de una estupenda mujer, y para colmo, un mentiroso incapaz de cumplir un compromiso. Pero también era un señor de los que impacta, llegado a la cumbre no solo por su herencia, sino por sus habilidades y aptitudes. Aunque la posición y la fortuna acumulada por su familia, sin duda también le habían ayudado a convertirse en uno de los hombres más influyentes del país.

Mientras Patrick se disculpaba, saliendo fuera a buscar el café, me prometí dejar el entusiasmo para después: necesitaba concentración. Me mostraría natural y espontánea e intentaría no impresionarme por su saber hacer. Mientras me exigía a mí misma todo esto, el aroma del café

me indicó la vuelta de Patrick, que reapareció con una bandeja de la mano. Colocó cuidadosamente las tazas y me sirvió hasta el azúcar. «Lo que faltaba —pensé— tiene a todo el personal de este edificio a su disposición y es capaz de ir a recoger la bandeja y servirme personalmente. Realmente sabe impresionar al adversario».

—Y bien, Amber, antes de conversar sobre temas profesionales, me gustaría saber cómo se encuentra mi esposa. Es lo único que me importa de todo este embrollo: ella.

—Principalmente humillada. Creo que ya ha pasado por la etapa de desatar toda su rabia, pero le resta la más dolorosa; ahora comenzará a preguntarse insistentemente el porqué de todo esto, lo que ella pudo hacer mal, cuál fue su fallo y después, seguramente, llegará la fase de recordar cada momento feliz de los años de convivencia. Al final decidirá rehacer su vida y es posible que lo consiga. Seguramente encuentre a otra persona que la quiera, pero la espina de Patrick siempre le quedará clavada aquí dentro —indiqué golpeando sentidamente mi costado izquierdo.

Lo solté del tirón, sin preparación previa; en realidad ese era el autorretrato de mi alma tras la marcha de Spencer. Él puso cara de extrañeza y me preguntó:

—¿Eres psicóloga además de abogado? Lo que acabas de decir es muy sensato y no creo que lo sepas por propia experiencia, a tu edad todo se ve en la vida de color de rosa.

—Se sorprendería si supiese los distintos colores por los que ya ha pasado mi vida —«a veces soy un poco melodramática en mi manera de hablar, reflexioné. Por la contestación que acabo de darle parece que vivo inmersa en una tragedia clásica»—. Pero no se preocupe por Rosemary —proseguí ya en voz alta—. Solo exige lo que corresponde legalmente y será discreta para no convertir esto en un espectáculo público.

—Yo quiero a mi esposa.

—¿Va a oponerse al divorcio?

—Si es lo que ella desea no me opondré.

—¿Pero prefiere seguir a su lado?

—Por supuesto. Yo no quiero separarme de mi mujer ni romper mi familia.

—Pero tampoco va a prescindir de nadie.

—El silencio de Patrick lo interpreté como una afirmación a mi pregunta.

—Usted entiende que a ella no le interese seguir a su lado en esas condiciones.

—Desde luego. Esto es un riesgo que siempre tuve en cuenta.

—¿Y qué me dice de las posibles pretensiones económicas de su esposa?

—Rosemary es mi mujer, siempre lo será en mi corazón pese a que unos papales legales pudiesen llegar a afirmar lo contrario en el futuro. Mantendrá su estatus a todos los niveles.

—Me alegra oír eso.

—Soy consciente de lo que ella significa en mi trayectoria y de su inmenso amor hacia mí. Siempre consideré ruin ver a parejas que alguna vez se amaron renunciando a su dignidad, perdiéndose el respeto por dinero. Estoy seguro de que Rosemary y yo llegaremos a un acuerdo, incluso sin necesidad de la intermediación de nuestros abogados.

¿Estaría hablando en serio o era una simple maniobra de despiste para no desvelar sus auténticas intenciones? Si realmente sentía lo que decía, qué buen ejemplo para muchos que convierten el fracaso de un matrimonio en un juego de intereses. Patrick estaba siendo sincero, yo no le inspiraba desconfianza o temor. En aquellos momentos me había tranquilizado y decidí que debía aprovechar y comentarle lo que había pasado por mi cabeza desde que aquella carta cayó en mis manos.

—Quiero confesarle que he leído una de las cartas. Me la mostró Rosemary como prueba el día de nuestra primera entrevista.

—¿Qué opinión tiene Rosemary del contenido?

—Su mujer no ha sido capaz de leer ninguna. No tiene valor ni ganas. Por circunstancias que ahora no vienen al caso, soy la única persona del bufete que ha tenido en sus manos una de ellas. Era una copia de una de las que usted envió. Actualmente están guardadas y solo serán utilizadas en caso de necesidad. Yo tuve la oportunidad de leer una.

—Ajá —dijo clavando sus ojos en los míos.

—Comprendo que deba resultarle incómodo que una desconocida conozca una parte de su vida tan íntima, pero le diré dos cosas: una, me enfrento a mi primer caso como abogada; y dos, me emocioné al comprobar lo que un hombre puede llegar a decir a una mujer sin ambages. Independientemente de que mi prioridad sea velar por los intereses de mi cliente, no voy a juzgarle por lo que ha hecho.

Patrick agradeció esas palabras. Estaba preparado para reproches, incompreensión y críticas, pero no para el respeto por la elección de una forma tan particular de vivir el amor. Quizá por ello y de manera voluntaria, inició una pequeña confesión.

—He mantenido una relación única. Conseguimos mantener una aventura paralela a nuestras vidas cotidianas, algo que nadie que no esté en nuestra piel podrá asimilar, tan mágico que no se puede explicar. Lo que ella ha supuesto en mi vida no tengo palabras para describirlo, nuestra relación está por encima de los juicios paralelos y la comprensión ajena. La compenetración y complicidad alcanzadas a su lado han contribuido a mi felicidad.

Hablaba con tanto entusiasmo que contagiaba. La aceptación general de un engaño no era factible, pero cualquiera que le hubiese observado mientras me hablaba, al menos, le hubiese disculpado en parte.

—Todo lo que dice es comprensible Patrick, se llama amor. Pero la pregunta obligada es: si tanto se necesitan ¿por qué no están juntos? —Me vino a la cabeza la misma pregunta que días atrás

nos había formulado Juliet en su exposición.

—Juntos estamos, pero comprendo dónde quieres llegar. El atractivo y la intensidad de nuestra relación provienen de sus características intrínsecas. Con esto lo que quiero decir es que si conviviésemos diariamente, se perdería la esencia y el encanto.

—¿Por qué os convertiríais en una pareja convencional?

—Así es. Y nos adentraríamos en las rutinas y en la monotonía. Es algo complejo, pero te puedo asegurar que hemos conseguido alcanzar el equilibrio del cincuenta por ciento en todo.

—¿El equilibrio del cincuenta por ciento?

—Sí. Nos amamos con igual intensidad, tenemos ideales comunes, necesitamos exactamente lo mismo el uno del otro, nuestro carácter es afín, las inquietudes, la forma de ver y vivir la vida, las aspiraciones cumplidas, hasta los gustos y hasta la sexualidad.

—¿Quién es esa mujer? —Me lancé a preguntarle en un arranque impropio de osadía.

—Nunca saldrá de mi boca su identidad, a no ser que ella me lo pida.

—Su nombre es Mary —afirmé, haciendo referencia a su rúbrica en las misivas que se intercambiaban.

—Ese es el nombre con el que firma nuestras cartas, aunque puede ser el nombre verdadero o no.

—Pero si su matrimonio con Rosemary se rompe finalmente, nada les impedirá demostrar su amor abiertamente.

—Las cosas deben seguir como hasta ahora.

—¿Debo entender que ella también está casada?

—Hay muchas formas de no disponer de la vida enteramente para uno, igual que existen muchas formas de compromiso.

Era evidente que Patrick no iba a dar ni una pista remota de la identidad de aquella mujer. Ya que era imposible descubrir de quien se trataba, intenté sonsacarle pequeños detalles, cualquier dato que él quisiera facilitarme. Debía ser franca con él porque Patrick estaba de vuelta.

—¿Podría olvidarse por unos momentos de que soy una abogada? Se lo pido como un favor personal... ¿Podría contarme algo acerca de Mary? Es pura curiosidad de una persona que comienza a experimentar, de alguien que siente envidia hacia una mujer que ha sabido mantener viva una pasión en la distancia y en las circunstancias más adversas, que ha permanecido en el alma de un hombre por encima de un matrimonio. No constará en el proceso, solo intento llegar a comprender esta relación, me parece fascinante.

—Amber, lo que usted me está pidiendo es imposible. ¿Cómo olvidar que representa a mi mujer? ¿Qué garantías tengo que lo que aquí se diga será mantenido de forma confidencial?

—Ninguna, únicamente mi palabra. Usted dijo que vendría a esta reunión solo, sin asesores ni abogados y yo simplemente le creí. Ha cumplido. Ahora yo le aseguro que lo que aquí se diga a partir de este momento aquí quedará y con el tiempo comprobará que yo también sé cumplir.

—No puedo describir correctamente a Mary porque no soy objetivo. Pero puedo afirmar que los años le sientan estupendamente, que le sobra inteligencia y simpatía. Aunque lo mejor de ella es su actitud ante la vida: valiente, arriesgada, tan desafiante e inconformista, y esas inmensas ganas de disfrutar cada minuto como si fuese el última; también su fortaleza, su inacabable energía, siempre animosa, incansable, luchadora...

Creo que Patrick deseaba hablarme de Mary. Cuando algo nos apasiona de veras, queremos compartirlo con los demás, cuando nos ocurre algo especial, apetece darlo a conocer al resto del mundo. Tener en la sombra durante años una parte de tu vida tan querida debe resultar muy complicado.

Permanecimos en aquella sala durante más tiempo del previsto, aunque sobre Mary no obtuve la información deseada. Solo recibí los datos que él quiso darme, más bien pocos. Además de una vaga descripción y la evidente fascinación mutua entre esta singular pareja, solo logré averiguar que al igual que Patrick, se trataba de una triunfadora en su trabajo, que había vivido algún tiempo en el extranjero (aunque de eso ya teníamos constancia por los sellos). No aclaró su estado civil, ni aportó una palabra acerca de sobre su residencia actual, su edad, la forma en que se conocieron o como se inició su romance.

Salí de allí satisfecha y turbada. Patrick me impactó, así que tuve que reírme del miedo infundado que durante días me produjo la sola idea de una entrevista con él. Si su sinceridad era absoluta, y nada hacía pensar lo contrario, sería un proceso sencillo y se alcanzaría un acuerdo rápido. Reconocía sus culpas y errores, y se responsabilizaba enteramente de las consecuencias de su actitud. Yo sentía un pequeño remordimiento por el hecho de interesarme por aquella historia de amor prohibido.

Llamé al bufete para avisar que llegaría después de comer. Necesitaba unos momentos de reflexión, un rato para mí. Me apetecía pasear; meditar mientras caminaba mirar al cielo absorbida por mis pensamientos. Hacía buena tarde y la impresión que me había causado Patrick era tan grata, que decidí disfrutarla a solas. Cuando regresé al despacho a eso de las cuatro de la tarde por obligación porque me hubiese pasado toda la tarde tumbada en cualquier parque dejando volar mi imaginación, lo primero que recibí fue un rapapolvo.

—¿No sabes que estamos histéricos desde esta mañana? ¿Es necesario recordarte que nos encontramos ante uno de los casos más importantes del año? ¿Cómo no se te ocurre venir directamente?

Helen no paraba de encadenar preguntas con un tono de voz cada vez más alto mientras yo sonreía pícaramente lo cual terminó por enfadarla del todo.

—Está todo controlado.

—¿Qué es lo que está tan controlado?

—Patrick Mountbatten —me atreví a contestar. Pequé de inexperiencia y hasta de soberbia, algo inusual en mí.

—Un personaje así no ha sido controlado por nadie en toda su vida, por Dios, Amber, no seas ingenua.

—Helen tenía razón, me estaba dejando cegar por mi entusiasmo.

—Perdón, me expresé mal, quiero decir que no iremos a un contencioso.

—¿Nos estás diciendo que Patrick aceptaría un acuerdo?

—No solo eso. Incluso está convencido de que Rosemary y él serán capaces de alcanzarlo sin ni siquiera la mediación de sus respectivos abogados. Patrick en realidad no quiere el divorcio, pero entiende y asume la decisión de su esposa.

—¿En serio?

—Totalmente. Alaba a su esposa continuamente y afirma seguir enamorado de ella. Solo desea su felicidad y si ella lo aceptase, volver a su lado.

—Las caras de asombro de Helen, Katy y Neo que se había incorporado a mitad de la conversación, en cuanto habían escuchado mi voz, resultaban divertidas.

—No me creo nada. Lo que estás diciendo es imposible, la fortuna es considerable.

—Si no es un actor consumado que me ha tomado el pelo durante casi tres horas, facilitará a Rosemary lo que pida.

—Amber, siento ponerte de nuevo los pies en la tierra, pero es un actor excepcional. ¿Olvidas que ha tenido engañada a su mujer durante dos décadas?

—Creo que en esto no me equivoco. La que ha compartido tres horas con ese hombre he sido yo, creo que hablo con más conocimiento de causa que el resto.

—Y la que ha estado veinte años durmiendo con él es la que ahora está solicitando un divorcio. Por mentiroso —concluyó Helen bruscamente.

Nadie del bufete estaba convencido de mis palabras. Además, el hecho de evitar un enfrentamiento con el equipo jurídico de Patrick Mountbatten desilusionaba a todos. Una victoria frente a sus abogados hubiese dado aún más prestigio a H&R y habría atraído más clientes —o sea más divorcios suculentos— en los que se manejarían cantidades económicas astronómicas. Helen acabó por reconocer que su desagrado se debía a ello. Yo aporté otra perspectiva:

—No es necesario un juicio mediático para que se nos reconozca como vencedores del caso. En el caso de llegar a repartirse la fortuna de Mountbatten, lo podremos vender como el resultado de las excelentes negociaciones llevadas a cabo por el equipo legal de Rosemary Borgia. La opinión pública nunca creará que Patrick cede por propia iniciativa, no estamos acostumbrados a los

auténticos caballeros.

—En eso tienes razón, cualquier persona que no esté implicada directamente en esto pensará que ha sido un trabajo extraordinario por nuestra parte.

Superado ese pequeño contratiempo pasamos la tarde centrados en los detalles más escabrosos. A pesar de sus deseos e incluso sus advertencias al respecto de días pasados, Helen también cayó en ellos. Todos querían saber cómo era Patrick, cuál había sido su trato hacia mí, que habíamos hablado durante tanto tiempo, y obviamente, cualquier pequeña mención que hubiese hecho sobre Mary.

—No os podéis imaginar la impresión que me ha causado. Es un hombre maduro muy interesante.

—Dentro de poco será un hombre libre, puedes intentarlo... —ironizó mi compañero Neo.

—Solo es admiración femenina. ¿O es que estás celoso, Neo?

—Amber, es que no escatimas halagos hacia el señor Mountbatten.

—No es un hombre corriente, la verdad. Es atractivo y tiene mucha clase, eso salta a la vista. Pero su forma de hablar, de mirar, la admiración con la que habla acerca de las mujeres —en aquel momento Katy me interrumpió.

—Clarooooooooo, por eso las pone los cuernos.

—¿Y si fuera posible querer a dos personas a la vez? Si eres correspondido por las dos personas a las que más quieres en el mundo y además eres capaz de entregar tanto amor ¿cómo renunciar a una de ellas? —respondí yo.

El día anterior me hubiese resultado controvertido escuchar semejante comentario, pero en aquel momento lo consideré una opción si no válida, sí al menos discutible. Si llego a saber la magnitud del dichoso comentario no lo hubiese manifestado. Nos enzarzamos en un debate de la que nadie quiso quedarse al margen.

—Es imposible estar enamorado de dos personas a la vez.

—¿Quién lo dice?

—El sentido común, el corazón...

—¿Has pasado alguna vez por una situación parecida?

—¿Parecida a qué?

—Imagina por un momento a dos mujeres maravillosas que te adoran y por las que tú sientes una atracción física y un afecto verdadero ¿cómo decidirte por una de ellas si puedes disfrutar de las dos?

—Alguna de las dos me gustará más que la otra.

—Sigue imaginando. Es imposible decidirse, lo que no te aporta una te lo da la otra y tienes la posibilidad, por diversas circunstancias, de compaginar ambas relaciones. Es más, una situación en principio tan compleja, en lugar de complicarte la vida, te proporciona estabilidad.

—Es mucho suponer, pura utopía.

—No, es la historia de Patrick Mountbatten.

—Pero eso no es amor, Amber, es el egoísmo de un hombre —o de una mujer si se diese el caso contrario— en busca de su propia satisfacción y felicidad a costa de la buena voluntad de otras personas.

—Él las quiere de veras a las dos.

—Él ante todo se quiere a sí mismo. ¿Consideras amor el destrozar la vida de la mujer que te ha dedicado sus mejores años y que es la madre de tus hijos?

—Es muy fácil juzgar desde fuera, cuando no se está en la piel de la persona criticada, argumentando las típicas y consabidas directrices morales. Sigo pensando que muchos de nosotros en una situación parecida, hubiésemos actuado como él. Y que la moralidad ha castrado la diversidad.

—El amor verdadero implica exclusividad, cuando encuentras a la pareja ideal, la que es la mejor para ti, algo en tu interior te dice que si ya tienes lo mejor ¿para qué buscar más?

—Lo mejor podría ser algo que no hemos llegado a conocer o a experimentar, algo que la mayoría no nos atrevemos a plantearnos ni a nosotros mismos. Puede no ser lo comúnmente establecido. La monogamia es una tendencia impuesta que debemos seguir, no una elección.

—Amber, hoy pareces otra. Has defendido el romanticismo desde que te conozco y ahora nos estás planteando una defensa de la naturaleza promiscua del ser humano. Y que conste que no me parece mal, al contrario.

Neo estaba tan asombrado como los demás. Quizá yo no lo estaba enfocando el debate desde el punto de vista adecuado o ellos no estaban captando la esencia de mis dudas. Bien es cierto que no se trataba del mejor momento para abordar semejante polémica, cuando teníamos encima de la mesa los papeles de una esposa traicionada que se había ganado la simpatía de todos. Evidentemente no había estado acertada cuestionando la culpabilidad de su marido en plena vigencia del caso, aunque lo hiciese en nombre del amor. Pero ahora no podía dar marcha atrás, debía defender y argumentar mi postura de la forma más entusiasta hasta el final.

—Sinceramente creo que un gran porcentaje de personas no se atreven a dar el paso de simultaneizar relaciones por miedo a las consecuencias o por la posibilidad de ser descubiertos.

—Eso en parte es cinismo.

—No pretendo ahondar en cuestiones morales vamos a dejar al margen ese aspecto. Pero estoy segura de que el miedo al qué dirán, a perder lo que ya se tiene y a lo desconocido, impide que muchos se lancen a vivir como realmente desean, o a llevar a la práctica lo que pasa por su cabeza. Es más, creo que algunos no se atreven ni a reconocer sus deseos.

—A mí me hubiese gustado intentarlo con ciertas chicas y por temor al rechazo, porque yo las consideraba demasiado guapas o difíciles a priori, porque pensaba que no se fijarían en mí, pues no me decidí.

—¿Te arrepientes ahora de las oportunidades perdidas?

—Sí, con la madurez te das cuenta de tantas cosas... Es completamente cierto que los trenes que pierdes no vuelven a pasar.

—Neo, entonces me das la razón en parte; me gustaría conocer qué actitud habrías tomado si esas chicas a las que haces referencia sí se hubiesen fijado en ti, ofreciéndote la oportunidad de mantener una relación sentimental paralela. No puedo creer que un hombre rechace estar con más de una mujer si eso le es posible.

—En el fondo un poco de razón tienes —por fin alguien daba su brazo a torcer, era Helen la que hablaba—. Sería muy hipócrita por parte de todos negar que si la persona de nuestros sueños, alguien a quien suponemos inalcanzable, se pone a tiro, no mantendríamos relación con ella por el hecho de estar comprometidos: somos humanos y caemos en las tentaciones. Pero de ahí a decir que se puede querer a dos personas a la vez y llevarlo a la práctica durante media vida, va un abismo.

Yo seguía dispuesta a cuestionar la decisión de Patrick. Siendo sincera, nunca hubiese compartido mi amor con dos hombres a la vez, es contrario a mis principios, pero no por ello iba a menospreciar otras formas de enfrentarse a la vida.

—Helen, lo que tú propones es lo fácil. Tengo la oportunidad de acostarme con mi fantasía y la aprovecho. Ya he cometido el engaño físico una, dos, veinte veces, las que sean. Luego cuando estoy con mi pareja, cierro los ojos e imagino al otro, o sueño y pienso constantemente en él. También es una forma de engañar, no solo a tu pareja, sino a ti mismo. Patrick engañaba a Rosemary, sí, pero era muy consecuente con él mismo.

Katy, que había estado observando callada, aunque muy atenta, se apresuró a tomar la palabra.

—En la vida no se puede hacer lo que a uno le viene en gana si eso implica el sufrimiento de los demás. No asimilo ser feliz a costa de la infelicidad de otros ni tampoco estar enamorada de dos hombres a la vez. No se deben confundir los sentimientos. Es posible querer a dos o incluso a más, pero en unos casos será cariño, en otros, deseo; o amistad, admiración, afecto... Ponle otro nombre, el que te apetezca, porque hay muchas maneras de expresar lo que llevamos dentro. Pero el verdadero amor es único. Amber...

—Dime.

—Cuando tú estabas con Spencer ¿hubieses sido capaz de acostarte con otro? Y te hablo de un

simple desliz, una aventura sexual, no de algo mucho más intenso con vinculaciones emocionales como es el caso de Patrick.

—No hubiese sido capaz porque no lo necesitaba. Ni siquiera me lo habría planteado porque en ese momento hubiese estado fuera de lugar para mí.

Spencer me proporcionaba todo lo que yo quería. Pero aquella fue otra historia... Lo que vengo defendiendo desde hace casi una hora es la libertad de elección y la valentía de quien transgrede los estándares. Y de vivir como realmente te dicta el corazón.

Capítulo V

¿Quién es Mary?

Eran las siete y cuarto del viernes y yo tenía la absoluta certeza de que nadie aparecería ya por el bufete. No tenía más compañía que mobiliario y archivos, Patrick daba vueltas en mi cabeza constantemente y las frases de aquella primera carta leída retumbaban en mi cabeza cada vez con más intensidad. No era posible —por mucha fuerza de voluntad que tuviese— permanecer al margen de su historia. Debía saber más de aquella peculiar pareja y su fascinante relación.

La información que obtuviese la guardaría para mí, todo lo que estaba a punto de hacer era a título personal, jamás lo compartiría con otras personas, aunque se tratase de amigos de mi total confianza, ninguna de mis averiguaciones por muy insignificantes que fueran irían a parar a ninguna parte, pero mi curiosidad necesitaba profundizar sobre esa mujer apasionada, en aquel hombre atípico, en sus sentimientos, sus corazones, sus motivos, su fórmula libre de amar y en el porqué, si es que existía un porqué, si es posible reducir a un simple arreglo de la razón la naturaleza más animal del ser humano que aún llevamos dentro y se resiste a evolucionar.

Cuando entré en el despacho de Helen un hormigueo sacudió mi estómago, sensación que se intensificó conforme me acercaba a la pared del fondo, a su esquina lateral. Estaba cometiendo una especie de traición a la libertad que H&R depositaba en sus abogados, pero mi cruzada era personal y me consolaba pensando que cualquiera de mis compañeros en la misma situación, o cualquier persona que se hubiese visto tan involucrada como yo en aquella peculiar historia, hubiese intentado alcanzar el final, averiguar, saber, comprender. Ocho J, seis A, dos C, cero, cero, cero y la pequeña puerta de metal se abriría para violar el pequeño secreto que albergaba en su interior.

No rebusqué, simplemente extraje una carta de su sobre, al azar, y sentada sobre la moqueta —hacerlo sobre el sillón de Helen me parecía osado, irrespetuoso— me concentré en aquellas líneas, escritas con una letra muy particular, barroca y con cierta inclinación hacia la derecha que, en cierta manera, me resultaba ligeramente familiar.

Hoy he pensado en ti; mejor dicho, he pensado en ti más de lo habitual.

Estuve en Covent Garden, emblemática, acogedora y transitada plaza londinense, sentada en un bordillo, con una patata asada en una mano y una Coca-Cola en otra, mientras observaba a algunos de los cientos de artistas ambulantes que diariamente utilizan ese entorno como el

mejor de los teatros a la vez que turistas, transeúntes e incluso familias enteras aplauden entusiasmados sus generalmente ensayadas actuaciones.

De repente, aunque rodeada de decenas de personas, me invadió la soledad; todos eran extraños, auténticos desconocidos, mientras el hombre con la que comparto la mayor intimidad estaba a miles de kilómetros de aquí.

Sentí nostalgia y cuando la melancolía pudo conmigo me alejé de aquella ruidosa y alegre plaza, uno de mis lugares preferidos en esta ciudad. Puse rumbo a un lugar que me transmite todo lo contrario a Covent, que me llena de paz, tranquilidad, calma, el Regent Park. Concretamente al maravilloso jardín de rosas que allí crece.

Sabes que las flores me entusiasman y las rosas para mí son un reflejo vivo de la belleza más perfeccionada, puedes suponer que rodeada de miles de ellas me encuentro feliz. Las hay de todos los colores, formas, tamaños y fragancias situadas en el entorno único que proporciona el verdor propio de este país.

Allí me tumbé sobre el césped, siempre cuajado de rocío, aunque sea mediodía, y respirando profundamente aquella mezcla de olores, cerré los ojos, con tu imagen presente: fueron apareciendo ante mí momentos que ya forman parte de mi vida para siempre.

¿Recuerdas nuestra primera vez? Fue la navidad posterior al verano en el que iniciamos nuestra relación (hace ya más de siete años) y aunque nunca lo haya confesado, siento decirte que mi única sensación de aquella noche fue el terrible frío que hacía, por más mantas que teníamos encima y a pesar del calor que intentabas transmitirme. Nada que ver con lo que iba a suceder a partir de entonces.

Poco a poco mientras nuestra relación avanzaba y con ella el cariño y la confianza, empezamos a sentirnos más libres y atrevidos en mutua compañía, hasta conseguir que desapareciesen las barreras entre nuestros cuerpos. Fue increíble nuestra locura haciendo el amor cerca del Royal Albert, con gente en los alrededores, ajenos e indiferentes a todo lo que no fuéramos nosotros mismos, entre los matorrales, mientras las hojas secas del suelo crujían al ritmo de nuestra frenesí.

Como olvidar el amanecer en el que nos atrevimos encima de la barra de madera de aquel bar, a esas horas ya vacío, después de una persecución nocturna por las calles de Nueva York para no ser descubiertos por el acompañante que acababa de dejarme en la puerta de mi casa.

¿Recuerdas un cuarto de baño de mármol blanco y azul contra cuya pared estuviste practicando conmigo para iniciarte en el arte del levantamiento de pesas? Tu espalda contra la pared, sosteniendo el peso de los dos, y yo en brazos, sujeta a ti por mis muslos desnudos rodeando tu cintura.

Y la noche que me convertiste en pastel de chocolate, cubriéndome de trufa por completo y lamiendo cada parte de mi cuerpo embadurnado de crema. No quedó un solo centímetro de piel sin ser explorado por tu lengua, esa lengua que me lleva a un éxtasis para mí inimaginable antes de conocerte...

Se ha puesto a llover, lo habitual en Londres, algo a lo que nunca acabaré de acostumbrarme. Por cierto, tenemos que probarlo bajo un chaparrón. Acabar empapada de la lluvia y de ti tiene que ser tan excitante...Tú no estás, pero imagino que el agua que resbala desde mi cabeza hasta los pies, son las yemas de tus dedos húmedos acariciándome suavemente.

Me alejé del jardín de rosas y bajo las gotas me dirigí a un precioso paraje del Regent, pequeñas cascadas que caen desde lo alto de un sendero donde se observan magníficas vistas del parque y la ciudad. El contraste de tonalidades que proporciona el gris de la tormenta con el verde que cubre el suelo es majestuoso, pero nada es comparable a cualquiera de nuestros encuentros, ni siquiera al más breve.

Ojalá estuvieses aquí para compartir contigo media patata asada en el bordillo de Covent, para regalarte la mejor entre las rosas del Regent, para mojarnos juntos bajo la lluvia inglesa, para amarnos como tan bien sabemos y tan poco disfrutamos.

M

ARY

La primera carta demostraba la adoración de Patrick por Mary, pero la que tenía ahora entre mis manos, no dejaba dudas sobre los sentimientos de esa mujer desconocida. Se trataba de unos folios muy reveladores. Mary había pasado una temporada viviendo en Londres, aunque no se deducían los motivos. El matasello estaba fechado seis años después del matrimonio de Patrick y por entonces ya llevaban, según le recordaba ella, siete años juntos. Luego la relación se inició cuando él era un veinteañero.

Me impresionaba la sensibilidad de Mary y su facilidad para expresar los sentimientos. El repaso que hacía de acontecimientos especiales para ambos, relatados con tanta intensidad, recreándose de forma exquisita en detalles que redactados así, prácticamente insinuados, eran hermosos. Y por encima de todo se deducía que cuando estaban juntos debían saltar chispas. En el sexo se dejaban llevar, experimentaban, disfrutaban, sus fantasías se hacían realidad... Barras de bares, jardines de museos, posturas poco ortodoxas, pasteles de chocolate...

Sentí una punzada de envidia y mucha melancolía porque no pude evitar recordar a Spencer. Inesperadamente sonó el teléfono. El primer ring me asustó porque estaba absorta en mis pensamientos, en absoluto silencio y casi en penumbra. No lo descolgué, pero me sirvió para darme cuenta que eran casi las nueve, que yo no debería estar allí a esas horas un viernes, que había quedado para cenar en un restaurante que estaba a más de media hora en coche, que había violado una intimidad a la que no había sido invitada y que había otra mujer, una víctima inocente de ese romance, Rosemary, la esposa de Patrick, cliente de H&R y mi primera representada.

Totalmente neutralizada por mi reciente lectura, doblé el papel, lo metí cuidadosamente en su sobre, lo introduje de nuevo en la caja de la que lo había sacado, cerré la puerta, apagué luces y

volví de nuevo a mi despacho para recoger la mesa y apagar el ordenador.

Todo lo hacía de forma muy mecánica, casi automática, porque mis pensamientos estaban en Londres, veinte años atrás, en la década de los setenta. ¿Cómo sería esa mujer que vivía su propia vida según sus deseos y sentimientos dejando de lado todo lo demás? ¿Estaría al corriente de la existencia de Rosemary desde el comienzo de sus encuentros con Patrick o se enteró con el tiempo, cuando ya estaba lo suficientemente enamorada de él como para no poder desengancharse de sus sentimientos?

Cuando salí del bufete pasaban las nueve. Cogí el coche dispuesta a cruzar el centro de Manhattan para dirigirme al italiano donde había quedado media hora antes. Con el intenso tráfico de un viernes por la noche un trayecto de treinta minutos se convierte en el doble de tiempo antes de alcanzar tu destino. Llegué a tiempo de tomar el postre —un delicioso tiramisú recubierto de polvo de cacao— y un capuccino con mucha espuma, excusándome por la tardanza.

—Lo siento, he tenido trabajo hasta cerca de las nueve y media.

—¿Un viernes por la tarde? ¿Tienes que presentar algo el lunes?

—La que me preguntaba era mi amiga Sarah.

—No exactamente, pero tenía que hacer unas gestiones que eran imprescindibles.

—Siempre he pensado que acabarías siendo una esclava del trabajo, pero nunca imaginé que empezases tan pronto. Yo soy capaz de olvidarme por unas horas de la criatura que acabo de traer al mundo y tú te sientes incapaz de prescindir de unos papeles que seguramente tienes más que controlados.

—Venga, Keira, no seas dura conmigo.

Keira era una amiga de la infancia, acababa de tener su segundo hijo, una niña, consiguiendo la deseada parejita. Ella se casó con veintidós, dejó la carrera a pesar de la oposición de su familia y su círculo de amigos —oposición encabezada fervientemente por mí— a los diez meses de la boda tuvo a su primer hijo y hacía escasamente cuatro, acababa de dar a luz a la pequeña Keira.

—Es que eres una impresentable. Sabes que no es fácil que coincidamos todas, tenemos este día señalado en el calendario desde hace tres semanas y tú te presentas hora y media tarde. Vosotras podéis trasnochar hasta que os dé la gana, pero yo como mucho, dentro de un par de horas tengo que volver a casa a cuidar hijos, dos para ser exactos.

—Tienes razón, lo siento mucho, pero sabéis que estoy llevando el divorcio de Rosemary Borgia y Patrick Mountbatten. Es mi primer caso y no me podía estrenar con uno mejor.

—¿Los Mountbatten, Mountbatten? ¿Los de los vinos y los hoteles de lujo?

—Los mismos. No solo es una satisfacción comenzar con personas tan reconocidas, es que las circunstancias que rodean la ruptura son complejas y no quiero fallar. Tengo que estudiar no solo

la parte legal, sino cualquier detalle que tenga alguna relación, por muy insignificante que parezca, con el matrimonio. Las informaciones van llegando en cualquier momento y estoy tan absorbida con este divorcio que cuando aparece algún nuevo dato lo analizo en el mismo instante. Esta tarde apareció uno nuevo sobre las siete, ello motivó mi retraso. —Era una forma de decir lo que había pasado sin revelar ninguna indiscreción.

—Nos tienes que contar inmediatamente tu entrevista con Patrick ¿es tan atractivo como parece en la tele?

—¿Has estado con ese tío? —preguntó asombrada Ana. Las demás estaban al tanto, pero a ella hacía dos meses que no la veía, de ahí su sorpresa.

—Pues sí, Ana, pero por cuestiones relacionadas con el caso. Mi bufete representa a su mujer, como os acabo de decir.

—¿Pero le has visto personalmente? ¿Has estado con él?

—Más de tres horas y los dos solos.

—¡Madre mía! ¡Cuéntame!

—En persona gana mucho, es más alto y atractivo. Su aspecto es impecable y su trato el de un perfecto caballero. No os exagero si os digo que es un hombre de los que dejan huella —los motivos extraoficiales de mi creciente interés debían quedar ocultos por ética profesional, por lo que debía ser comedida en mis comentarios.

—¡Madre mía! ¿Volverás a verlo?

—Todavía no lo sé, pero es posible.

—¿Puedo ir contigo la próxima vez?

Todas reímos ante la ocurrencia de Ana, que había efectuado esa pregunta con el total convencimiento de que realmente existiese la posibilidad de acompañarme en la próxima cita.

—¿Y la mujer? La he visto en fotografías de prensa, parece muy elegante y estilosa, de las que trae el charme de serie.

—Creo que es una señora muy discreta ¿me equivoco, Amber?

—Ambas cosas. Elegante, educada y discreta. Solo acude a actos sociales de gran relevancia o cuando su presencia es imprescindible. Generalmente suelen estar relacionados con las bodegas o el resto de negocios de la familia.

—Con un marido así ¿para qué quieres salir de casa?

—Ana, desconocía tu fervor por Patrick...

—He leído por algún sitio que es uno de los americanos que más sabe sobre negocios y finanzas;

y que incluso asesora al Gobierno en temas económicos de envergadura. Es lógico que admire la sabiduría un hombre tan preparado —decía con ironía para acabar reconociendo el auténtico motivo de su entusiasmo—. Y esas canas tan bien llevadas, esa elegancia, me ponen. ¿Cómo es la mujer que disfruta de un hombre así?

—Pues como os acabo de decir, una mujer con mucha clase.

—Oye, Amber, esos dos eran el reflejo de la armonía matrimonial, siempre juntos, sin escándalos, sonrientes, unidos, impecables en su vida social, ¿por qué se separan?

Sabía que la pregunta era inevitable, pero rechazársela a mis amigas de toda la vida me resultaba bastante duro.

—Ahora que ya estoy ejerciendo debo respetar las normas de la profesión, entre ellos el secreto entre letrado y cliente. Lo entendéis ¿verdad? Cuando esto acabe y salga la sentencia definitiva, prometo responder algunas preguntas.

Aunque entendían los motivos, les molestaba mi negativa a dar respuestas comprometidas, porque en el fondo —recalcaban— es una forma de no confiar en nosotras. Para mí también resultaba embarazoso ocultar premeditadamente detalles a mis amigas aludiendo motivos profesionales, pero debía acostumbrarme porque era algo que iba a tener que llevar a la práctica durante el resto de mi vida.

* * *

En el bufete habíamos terminado de redactar el convenio y de poner en marcha los trámites jurídicos. No fue complicado y seguimos escrupulosamente los deseos de Rosemary.

—Al principio —nos dijo— nada más tener conocimiento de la infidelidad, cuando la rabia y la incredulidad eran aún mayores que el dolor, se me pasó por la cabeza la idea de una negociación durísima, de hacerle la vida imposible una larga temporada. Cuando reflexioné, me di cuenta de que el circo en el que podía llegar a convertir mi ruptura, solo traería más infelicidad y dramatismo a algo que ya no tenía solución.

—Lo mejor para ambos es seguir el criterio sensato que has elegido.

—También lo he hecho por nuestros dos hijos, nuestra convivencia y para mantener en la memoria los mejores recuerdos, no una imagen de fríos pasillos de juzgados, de intermediarios interpretando el papel de tiburones hambrientos, de intentar cuantificar en dinero emociones, sentimientos y mucho amor.

Acabamos respetando su decisión, entendiendo sus razones y no insistimos más de lo necesario, aunque en el bufete sentíamos cierta desconfianza hacia las aparentes buenas intenciones del señor de Mountbatten. Aunque quizá tras ese armazón de guerrero permaneciese un auténtico

gentleman. También podía tratarse de una forma de compensar, en parte, su comportamiento inapropiado hacia la persona que le había entregado media vida.

Aun así, mis compañeros más veteranos y expertos, incrédulos ante tanta aparente facilidad mutua y predisposición de ambos cónyuges, esperaban imprevistos de última hora, cambios de parecer o la salida a la luz de sus auténticas intenciones, mantenidas ocultas hasta la fecha para despistar a los representantes legales de Rosemary. Helen nos reunió en su despacho a todos, incluidos los que no participaban de forma directa en el caso Mountbatten.

—Debemos preparar una estrategia alternativa, por si nos plantan cara en el último momento. Me resulta muy extraña esta actitud de Patrick, esa preocupación por una mujer, la suya, a la que está a punto de desequilibrar psíquicamente. —La jefa tenía el absoluto convencimiento de que la postura de Patrick era una pantomima, una estratagema para darnos el golpe de efecto en el último momento.

—¿Por qué siempre hay que hacer las cosas más complicadas de lo que son?

—Amber, —me recriminó— debo recordarte que nuestro cliente, TU CLIENTE, —recalcó irónicamente— es Rosemary Borgia. A todos nos ha quedado muy clara la admiración que sientes por ese hombre, pero podías disimular un poco más. Mejor, te sugiero que cuando la sentencia sea definitiva, te atrevas a dar un paso más...

Me molestó el tono de voz de Helen y las miradas divertidas de mis compañeros, pero tenía que reconocer que ella tenía razón. Debía guardarme mis opiniones personales sobre Patrick.

—Querida, —su tono se suavizó— tengo más experiencia que tú, no solo en la abogacía, también en la vida, y puedo asegurarte que he pasado ya por unos cuantos casos que parecían una cosa y al final resultaban otra. No digo que Patrick no vaya a cumplir su palabra, simplemente intento que nos cubramos las espaldas, por si acaso.

—Tienes razón —fueron mis dos únicas palabras.

—Puede que Amber no esté muy desencaminada —agradecí infinitamente el capote que me tendió Neo—. La clave puede estar en que él quiera compensar económicamente el irreversible daño moral. Puede ser una forma de lavar su conciencia.

—No sé cuál será la definitiva conducta de este señor, pero evitaremos sorpresas desagradables de última hora. Katy, debes continuar con tus pesquisas sobre Patrick por si al final llegamos a juicio. Yo visitaré a Rosemary. Tendremos una cita lejos del bufete, en un ambiente relajado. Intentaré una conversación íntima, sincera, de mujer a mujer, por si quedase algo en el tintero, por si ella nos oculta también algún pequeño detalle, por si no es en realidad la gran dama que aparenta...

La desconfianza de Helen hacia todos me sorprendía. Aunque dada su experiencia, sus motivos tendría.

—¿Qué quieres obtener de Rosemary en la intimidad?

—No lo sé, quizá no haya nada que averiguar. Pero no quiero llevarme una desagradable sorpresa si al final vamos a un juicio y resulta que los abogados de Patrick saben más que nosotros.

—¿Saber más en qué sentido?

—No sería la primera vez que hemos defendido a una esposa despechada, mártir, destrozada por el engaño de un marido al que amaba... Llegamos a juicio y el abogado de ese «mal» marido presenta unas pruebas de infidelidad tan contundentes de la supuesta «perfecta» esposa, que nos deje KO. Este tipo de cosas te pasan una vez y luego espabilas y no te fías ni de tu perro faldero. Rosemary me transmite honestidad, pero es conveniente exponer ante ella, en un ambiente relajado, lo mismo que te acabo de comentar.

—Entendido, Helen. Ni de los clientes, a los cuales ofreces servicio, tiempo, consejo y dedicación te puedes fiar.

Cuando íbamos a salir por la puerta de la acogedora sala de reuniones para dirigirnos cada uno a nuestro habitual lugar de trabajo, Helen, en voz alta para que todos lo oyesen, se dirigió a mí:

—Amber, quiero sepas que a la mayoría de mujeres que conozco nos llama mucho la atención el señor Mountbatten...

Dicho esto, todos sonreímos —yo lo hice de forma franca— dando por concluido el incidente del comienzo de la reunión. Mientras avanzábamos por el pasillo le comenté a Katy la posibilidad de compartir unos minutos en mi despacho para charlar sobre el caso que nos ocupaba. Bajamos a por unos cafés y unos muffins de chocolate —una de mis perdiciones matutinas— y enseguida estábamos sentadas en un cómodo sofá color marfil que se encuentra al fondo de mi despacho.

—Te noto muy volcada en este caso —el tono de voz de Katy denotaba cierta suspicacia.

—Es normal, es el primero. Además, he tenido la inmensa fortuna de que la pareja que se va a divorciar sea uno de los matrimonios más famosos de Manhattan. Sus vinos son admirados en el mundo entero. Y cada vez diversifican más sus negocios. Hoteles de lujo en Cancún, Saint Barth... Ahora se rumorea que Patrick está interesado en invertir en resorts en la República Dominicana.

—Y para completar el jugoso pastel, la guinda la pone un maduro atractivo que te atrae...

—Os estáis equivocando. Patrick me fascina, es evidente, pero no desde un punto de vista físico, al menos por ahora. Es atractivo, sin duda.

—Lo es.

—Pero lo que me tiene intrigada es llegar hasta el final en una historia tan peculiar. Las razones que llevan a un hombre a vivir un doble juego amoroso durante media vida. Qué se siente al formar parte de una aventura prohibida, pero de una intensidad brutal. Es el conjunto lo que me motiva, la ambigüedad de unos sentimientos, preguntas sin respuestas aparentes. Quiero llegar a conocer otras formas de entender el amor.

—Te comprendo en parte, Amber. Pero no debes olvidar que ese hombre, alguien que desde tu punto de vista es una persona a quien le sobra tanto amor que tiene que repartirlo, es un mentiroso compulsivo.

—Eso es obvio, pero a mí lo que me atrapa es la historia, no la figura de Patrick en particular. Aunque he de reconocer que un tipo como él me ha impresionado gratamente en las distancias cortas.

—Aunque todavía no he tenido el gusto de conocerle personalmente, tengo que admitir que en sus apariciones públicas destaca sobre el resto. En las noticias económicas y políticas, siempre aparecen grupos de sujetos grises, cortados por el mismo patrón, sin gracia, monótonos en el vestir y hasta en el hablar. Destacando sobre todos ellos, la figura con cierto porte aristocrático de Patrick. Siempre pensé que tenía un encanto especial. Entiendo que mantener un encuentro con él, como ha sido tu caso, impresione.

—Desde luego, ojalá tengáis la oportunidad de conocerle personalmente. Por cierto, Katy, este divorcio y todas sus circunstancias ¿no te llaman la atención?

—Muchísimo. La curiosidad por saber quién es la otra me sobrepasa.

—Y de Rosemary ¿qué opinas?

—Es una señora, una gran dama. Pero mi ideal sabes que se acerca mucho más al tipo de mujer trabajadora, liberada, independiente y luchadora por unas metas propias, no a la dedicación exclusiva de la construcción de una felicidad ajena, la de tu esposo.

—Es lo que yo espero conseguir algún día; el complemento ideal para una independiente rebelde que entienda que mis ansias de libertad y ambiciones laborales no son incompatibles con un amor idílico.

—Somos exigentes y en cierta manera egoístas. Lo queremos todo, un marido encantador, unos hijos preciosos, una carrera imparable, seguir conservando un físico espectacular pasados los cincuenta...

—Somos prácticas e inteligentes. Debemos conseguir lo que podemos conseguir.

—¡Esa es la actitud! —gritó Katy alzando el brazo.

—¿Has podido dar con el pasado de Patrick? ¿Encuentras algún indicio de su romance?

—Es muy difícil. Las personas que le rodean o le han rodeado alguna vez, le son ciertamente leales. Me he entrevistado con algunos empleados suyos que han trabajado a su lado varios años y le aprecian como jefe, le admiran como hombre de negocios y su vida privada la respetan al máximo. Además, tienen el pleno convencimiento de la estabilidad de su matrimonio.

—¿Cómo lo haces? Quiero decir que cómo te acercas a esa gente. Desempeñas labores un tanto detectivescas...

—No es que yo investigue personalmente. Gestiono y organizo dicha investigación.

—Lo hace la agencia...

—Exacto. Todo bufete que se precie, debe colaborar estrechamente con profesionales cualificados en este tipo de técnica. Para la resolución de ciertos casos es indispensable su ayuda. Existen expertos en conseguir información para determinados objetivos. Los detectives están a la orden del día para las fuerzas de seguridad, los gabinetes jurídicos e incluso las compañías de seguros.

»Hay algunos especializados en falsificaciones, otros en fraudes empresariales, financieros y comerciales, en problemas familiares, de pareja, en la búsqueda de personas, de objetos, incluso en el contraespionaje industrial. Sabes que H&R tiene un acuerdo con una agencia de detectives. Yo soy el enlace entre ambos. Ellos se encargan de las labores de investigación y de la búsqueda de personas. En el caso de los Mountbatten, desde la agencia hacen el trabajo duro y yo personalmente me dirijo a los contactos que me indican. Esa familia es muy conocida e influyente y se requiere discreción máxima.

—¡Qué divertido! Un día me tienes que dejar ir contigo a entrevistar a alguna de las personas que puedan proporcionarnos datos sobre Patrick.

—Te dejaré venir si a cambio me dejas ir contigo a tu próxima reunión con él. Puedo ser tu secretaria, tu asistente, tu becaria... ¡Lo que prefieras!

—Mmmm, interesante. Ninguna quiere dejar de acompañarme a visitar a este señor ¿por qué será?

—Tú ya lo sabes... Pero te cuento. Primero hemos contactado con alguno de sus empleados, ya jubilados, que compartieron varios años de trabajo con él. Las personas retiradas suelen ser más proclives a facilitar información.

—¿Por qué?

—Porque ya no pertenecen a la empresa y no tienen miedo a posibles represalias por sus declaraciones; además, suelen aportar más datos de tipo humano o personal que los trabajadores activos. Lo que queda en la memoria de las personas con el transcurso del tiempo de su paso por las empresas son las anécdotas, los compañeros, los pequeños detalles de la convivencia...

»No hemos obtenido más que buenas referencias sobre Patrick. Acerca de su vida privada o alguna remota conexión con Mary, nada de nada. No recuerdan ninguna mujer con la que entrase o saliese con cierta frecuencia. También la agencia de detectives encontró a dos mujeres de nombre Mary que trabajaron para él hace aproximadamente veintidós años. Ambas descartadas. Mary Pitt fue secretaria suya, pero esa mujer contaba con cincuenta y cuatro años cuando él tenía treinta y dos, ahora debe ser una anciana. Mary Crawford era una contable, pero murió en el año ochenta y uno a causa de un accidente de tráfico. Por último, hace años colaboró activamente en la campaña de Mary Santos, creo que la conoces, es la senadora latina más popular del país. Pero jamás ha residido un año en Londres.

—¿Y qué me dices de sus compañeras de Harvard?

—También hemos rastreado por ahí. En la época en la que él estudió el porcentaje de varones era muy superior al de mujeres. En su misma promoción hay dos Marys. El problema radica en que debemos investigar todas las mujeres que compartieron con él los años universitarios y eso implica cuatro promociones por delante y cuatro por detrás; en éstas últimas el porcentaje de mujeres comenzaba a incrementarse considerablemente con respecto a las primeras. Además, ni siquiera sabemos si es el nombre auténtico...

—Sería una lástima finalizar este caso sin llegar a conocer a la amante de Patrick.

—Si tienes alguna idea mejor que nos pueda facilitar la búsqueda...

—Supongo que con las amistades más cercanas no lo habréis intentado.

—Pues no. A las personas con las que hemos hablado, les hemos dicho que pertenecíamos a una editorial que está preparando un libro que va a incluir biografías de personajes destacados de este país. No se puede llegar diciendo que soy una abogada del bufete que representa a su mujer en el proceso de divorcio...

—¿Y los allegados?

—A su círculo íntimo no se puede acudir porque sus más cercanos son inaccesibles, pertenecen a un círculo muy selecto: se trata de la élite.

—Es cierto, tienes razón. Tengo que conseguir como sea otra cita con él. Intentaré sonsacarle cualquier cosa, por muy insignificante que sea.

—¿Le has intentado preguntar directamente quién es Mary?

—Sí, claro que lo hice, no tenía nada que perder.

—Jajaja, lo imaginaba. ¿¿¿Y???

—Nada. Obtuve la vaga descripción de una triunfadora a la que admira. Fue ambiguo en cuanto a su verdadero nombre y destacó cualidades como su valentía y energía. Pero fue inflexible respecto a facilitarme cualquier dato acerca de su identidad, profesión o detalles sobre su relación.

—Quizá vamos por el camino equivocado. Patrick siempre ha dicho que es una triunfadora en su trabajo y nosotros hemos dado por hecho que se trata de alguien relacionado con los negocios, las finanzas... Puede ser una celebridad como cantante de ópera, como deportista de élite, o incluso como restauradora...

—Esto es más difícil de lo parece.

—También se me ha pasado por la cabeza otra opción. Como sabes, me llama mucho la atención el envío de las cartas que la pareja llevó a cabo durante tanto tiempo. Algunas, aunque no todas,

conservan en el sobre la cinta adhesiva de color que se usa en el correo certificado. Años, antes de la construcción de Tosca, Patrick permaneció en otro edificio ubicado en la Quinta Avenida. Las cartas certificadas se tienen que entregar en mano...

—Para obtener la correspondiente firma de acuse de recibo —puntualizó Katy.

—Es posible que con el funcionario de correos asignado a aquella zona iniciase algún tipo de relación, aunque fuese de cortesía, si como creemos, se dio la circunstancia periódica y continuada de la entrega de misivas personales.

—Puede ser. Y hace más de veinte años Patrick no era tan inaccesible como ahora.

—Entonces eran una gran familia de bodegueros, ricos y distinguidos, pero no uno de los personajes más célebres del país.

—Ahora son una de las mayores fortunas de Estados Unidos y él un hombre conocido por todos.

—Quizá hace tantos años, cuando efectivamente era más accesible, debió llamar la atención que a un hombre de negocios que habitualmente recibe documentos oficiales, corporativos, le llegasen continuamente cartas personales a su despacho.

—Exacto. Supongo que al empleado de correos no se le pasaría por alto este hecho tan peculiar, que un heredero de éxito reciba correspondencia íntima en el trabajo, y siempre de la misma remitente. Además, el acuse de recibo debería incluir los datos y la dirección de la persona que realizaba el envío. Hasta puede que recuerde el nombre. Deberíamos buscarle enseguida.

—¡Qué buena idea! Has estado muy brillante. ¿Cómo se te ha ocurrido algo así?

—Me marcaron tanto las palabras que leí, que he pensado mucho sobre ello. En lo especial que debe sentirse una al recibir una carta de alguien a quien amas, en la expectación que se crea mientras abres el sobre y desdoblas el papel, en la emoción cuando lo lees, y hasta en la sorpresa cuando se presenta el cartero en la puerta de tu casa. Así es como aparece en mi cabeza la figura del empleado del servicio postal por primera vez.

—Mmm, interesante. Hay que dejar de pensar en los protagonistas y dar paso a los secundarios, que en cualquier película son imprescindibles para el desarrollo de la trama...

—Exacto. Patrick no es un hombre que pase desapercibido, seguro que ese hombre recuerda sus entregas y alguna de las conversaciones que mantuvieron, si es que pasaron de las habituales fórmulas de cortesía. Lo de rememorar algún detalle sobre el remitente ya es más complicado, pero nunca lo sabremos si no lo intentamos.

—Y es seguro que en esta historia también deben existir más secundarios, lo que ocurre es que los desconocemos.

—Es que es inevitable no centrarse en Patrick, Rosemary y Mary... Es un triángulo muy jugoso.

—Pero contamos con los medios de la agencia de detectives. Lo que a nosotros nos hubiese

llevado semanas, ellos lo pueden conseguir en pocos días.

—Con un poco de ingenio y los medios adecuados, podría ser viable descubrir la identidad de esa mujer.

En pocos días nuestras expectativas se desmoronaron. El cartero que trabajó en ese distrito en aquellas fechas había fallecido recientemente, llevándose esa información a la tumba si es que alguna vez la retuvo en su memoria. Aunque yo aún tenía la esperanza de un pequeño desliz de Patrick en una próxima conversación...

* * *

Patrick se encontraba solo en su despacho, reclinado sobre un sillón de piel de la mejor calidad, hecho a su medida hacía ya varios años, pero del cual no deseaba desprenderse por su comodidad y artesanal acabado. Estaba de espaldas a su mesa de trabajo, mirando desde un magnífico ventanal el atardecer tras Central Park.

Observaba distraído el color rojizo que va adquiriendo la línea del horizonte. Cuando bajaba la vista, podía distinguir las luces rojas y blancas en continuo movimiento entre las líneas blancas de la calzada, consecuencia del intenso tráfico que cada tarde colapsaba la Gran Manzana a la salida del trabajo.

En una mano sostenía un vaso de cristal tallado, regalo de Rosemary por su vigésimo aniversario de boda, en cuyo interior se derretían dos hielos macizos y rectangulares entre el whisky escocés de malta, elaborado a partir de cebada germinada, turba y agua pura de manantial. Se trataba de una exclusiva bebida que le enviaban regularmente desde las destilerías de Glenlivet, lugar del que proceden los mejores maltas, en el corazón del valle de Spey, situado en las Tierras Altas Escocesas, conocido por la extraordinaria pureza de sus aguas.

A Patrick le relajaba observar el líquido denso, de color ambarino oscuro mientras reflexionaba, a la vez que aspiraba su aroma caramelizado e intenso. En la otra mano sostenía el escrito de demanda que iniciaría su proceso de separación y la copia del convenio regulador que habían redactado en H&R.

Legalmente era correcto, ya había sido supervisado por su cualificado equipo jurídico y no ponían ninguna objeción a lo allí plasmado dentro de los cauces teóricos. El consejo de sus abogados era reducir las peticiones económicas de Rosemary. Pero la decisión de aceptar las condiciones impuestas por la que podría llegar a convertirse en su exmujer, o bien de pelear por rebajarlas en la medida de lo posible, dependía únicamente de su criterio y de su predisposición por desprenderse de una buena cantidad de dinero, cantidad por otro lado razonable y nada descabellada.

La situación era desagradable. Jamás se había alojado en su cabeza la idea de que algún día tendría que pasar por lo que estaba viviendo. Había compartido muchos divorcios y

separaciones, la mayoría de colaboradores directos, e incluso, de algunos de sus mejores amigos. Conocía el proceso paso por paso, las distintas etapas en el estado de ánimo de quien tiene que afrontar una situación idéntica, había consolado, aconsejado y acompañado en los malos momentos a algunos de ellos. Entendía los motivos que llevaban a otros a tomar semejante decisión; también reconocía que las razones de Rosemary eran tan obvias, que no merecían ninguna réplica o discusión, pero pese a ello no aceptaba la inesperada situación en la que se encontraba inmerso.

No comprendía la vida sin su mujer a su lado. Llevaban demasiado tiempo juntos. Rosemary era una mujer que le mimaba más que a los niños consentidos, que le conocía como nadie, que le aguantaba sus malos momentos, que relajaba su estrés, que respetaba su dedicación a los negocios familiares, que le animaba en su insaciable ambición por incrementar el inmenso patrimonio familiar, que había dado a Edward y Alice, sus dos hijos, una educación exquisita y a quienes ella amaba sin reservas.

Pero tampoco concebía la vida sin Mary. Esa indescriptible mujer tan importante para su felicidad. Una mujer tan vigorosa, apetecible, imprevisible, deseable...

Había aparecido una calurosa noche de julio, en una terraza de verano y casi sin premeditación, sin querer, se había quedado para siempre. Debido a las circunstancias de la vida, habían tenido algunos períodos de alejamiento, pero a la larga, algunas veces por propia decisión y otras por intervención del azar, volvían a terminar uno en brazos del otro. Cuando Patrick la vio por primera vez con un vestido verde que dejaba al descubierto sus perfectas piernas y su seductora espalda, sus rizos recogidos en la nuca dejando visibles sus hombros y un generoso escote, con esa piel suave y bronceada por el sol, y sobre todo, cuando cruzó su mirada con aquellos ojos color miel ligeramente rasgados, tan expresivos como luminosos, sintió un escalofrío recorriendo su espina dorsal.

Exactamente la misma sensación que después de tanto tiempo seguía apareciendo cada vez que ella estaba en su presencia. Con solo acercarse, antes incluso de haberla tocado, su corazón comenzaba a latir aceleradamente. Lo que en principio fue deseo, se convirtió posteriormente en cariño, hasta llegar a resultar ser una relación única y cómplice. La personalidad arrolladora de aquella mujer, esa pasión desbordante que les asaltaba a ambos en sus esperados encuentros y ese morbo que produce lo prohibido, acabaron convirtiendo unos esporádicos encuentros en una sólida relación que crecía y se fortalecía con el paso del tiempo.

Mary era una amiga, una amante, el lado salvaje y más excitante de su vida. Pero Mary no solo era un cuerpo bonito, también transmitía un aura de energía y vitalidad con solo mirarla, y poseía una privilegiada mente, un carácter divino, una forma de vivir atractiva, envolvente, contagiosa y un carácter luchador, desafiante y valiente.

Durante su juventud la fidelidad nunca había sido una de sus virtudes, pero solía olvidar esos escauceos enseguida. Con Mary nunca fue así, ni la primera vez. Algo desconocido surgió en su interior, algo tan intenso que le iba a durar toda una vida. Muchas veces se había interrogado a sí mismo sobre cómo habría sido la vida con Mary como esposa. La respuesta era casi tan enigmática como el interrogante y la causante de tal dilema.

En el comienzo de su relación nunca se planteó dejar a Rosemary, en parte por el carácter escurridizo de Mary y su exagerada independencia. Tan pronto estaba como no estaba. De repente sentía impulsos de libertad y los seguía, dejando de lado todo aquello que no encajase con sus recién estrenadas nuevas aspiraciones. Pero la intimidad compartida con ella se convirtió en imprescindible. Soñaba con su cuerpo, sus abrazos, sus besos y con sus sensuales caricias, a veces delicadas, a veces más que atrevidas. La emoción que ponía esta mujer a su vida era impagable. La monotonía a su lado era imposible. El calor de sus manos, único.

Reconocía lo poco ortodoxo de su comportamiento, la dificultad de entendimiento para los demás, el riesgo que para su matrimonio suponían sus reiterados escauceos, pero mil inconvenientes no eran comparables a una sola hora compartida con Mary. Todo lo relacionado con su amante era una situación paralela que discurría simultáneamente, aunque nunca llegaba a converger con su existencia ordinaria, debido en parte, a la forma de vida elegida por ella.

Por todos esos motivos nunca pensó que algún día tuviese que enfrentarse a la situación que se le venía encima: un divorcio. Siempre tuvo la convicción que ese tipo de situaciones les ocurren a los demás, que la inmunidad es tu cómplice y te protege. La discreción de los dos en el asunto era suprema; solo una desafortunada coincidencia sacó a luz una relación que permaneció oculta durante demasiado tiempo.

Hubiese dado cualquier cosa por evitar tal sufrimiento a Rosemary, una experiencia tan traumática no se la deseaba a nadie, mucho menos a la mujer que más le quería en el mundo. Porque la seguía queriendo mucho, muchísimo. Cuando entró en aquel dormitorio solo iluminado por la luz de unas pocas velas y fue capaz de descubrir lo que significaba aquella puesta en escena de su esposa, comprendió que había llegado un momento que nunca pensó tendría que afrontar.

Acababa de terminar la más larga etapa de su vida hasta la fecha, la compartida al lado de la mejor mujer a la que un esposo puede aspirar. Además, ante tanta evidencia no podía rebatir válidamente ni un solo argumento. Algunas semanas después era él quien sostenía unos papeles en su mano. La demanda de separación que se iba a presentar en el juzgado.

Él no tenía ganas de discutir lo que Rosemary demandase. No soportaría unas negociaciones dolorosas sobre el precio que se le debe poner a un matrimonio. Lo que debía hacer era reunir el suficiente valor para encontrarse con ella cara a cara e intentar terminar de la manera más amistosa posible tanto amor.

Seguramente su esposa no querría saber nada más de él en los próximos mil años, pero al menos debía intentar convencerle de que a pesar de su imperdonable comportamiento, la había querido de veras desde aquel lejano momento en el que la vio bajar por la escalera de mármol, caminando de una manera tan grácil y elegante —siempre lo había sido— en su baile de debutantes. Ella iba vestida de seda blanca y encaje, enguantada y con su cabello dorado adornado por flores naturales también blancas. En cuanto posó sus ojos sobre Rosemary supo que quería conocerla.

Aguantaría los reproches de su esposa, sus quejas, un sonoro bofetón, cualquier cosa, pero tenía la obligación de dar la cara. Y muchas explicaciones. «Soy egoísta hasta para limar mis culpas.

La auténtica realidad es que quiero tenerla cerca para limpiar mi conciencia, comentar cosas que a estas alturas no tienen importancia, intentar razonar un engaño que nadie va a admitir, solo para que los remordimientos no puedan conmigo, para alcanzar cierta paz por haber dado la cara, aunque a destiempo y por obligación. Soy un impresentable». Se decía una y otra vez.

Pero había tomado la decisión de ver a Rosemary. Una vez más. Quizá en el último momento ella se echase hacia atrás y rectificase, podría existir la posibilidad de una reconciliación si él lo intentaba de veras y hacía los méritos suficientes para conseguir un perdón. La perseverancia era uno de sus fuertes. Cuando se proponía algo nada interfería en sus propósitos.

Seguramente la relación ya no sería la misma, la desconfianza primaría sobre los buenos sentimientos, pero cualquier cosa era mejor que un divorcio en la madurez, que dar explicaciones a sus dos hijos a los que ambos adoraban, que replantearse un nuevo estilo de vida a sus más de cincuenta años.

Aunque luchaba interiormente por no tener que reconocerlo, otra posibilidad cobraba en su interior más fuerza por momentos. Vivir en libertad de una vez y para siempre esa pasión desbordante que le había perseguido desde la juventud. En sus planes nunca tuvo cabida la convivencia con Mary porque el encanto de su amor se cimentaba en la clandestinidad, en los sucesivos encuentros y desencuentros; y, ante todo, en el carácter rebelde y desarraigado de esa mujer.

Pero ahora se presentaba la oportunidad de cambiar aquellos términos. Su estado civil podría pasar a ser el de soltero en breve, tendría libertad para entrar y salir a su antojo, para viajar con ella, para disfrutar de todas las situaciones que en sus momentos de intimidad imaginaban poder vivir juntos algún día.

Una convivencia cotidiana con ella era algo desconocido. Conocía su mejor lado, la falsa apariencia que proporciona una relación ficticia basada en instantes de felicidad plenos de placer y satisfacciones, exentos de obligaciones y responsabilidades. Seguramente la rutina diaria rompería el hechizo. Su idílico romance se convertiría en monótono al sustituir los encuentros planificados para que resultasen inolvidables por situaciones rutinarias.

Aunque conociendo a Mary, el aburrimiento nunca se instalaría como acompañante, la inagotable vitalidad de ella lo impediría. Debían darse la oportunidad de disfrutar una auténtica relación.

Entre tanta reflexión habían pasado las horas. Ahora cuando observaba el panorama desde los amplios ventanales de la planta más alta de Tosca, las luces del asfalto se habían transformado en brillantes y fluorescentes luminosos parpadeantes que daban color a la hilera de fachadas que componían ese paisaje urbano, tan característico de las grandes capitales del mundo.

No conseguía definir por completo su postura con respecto a las dos mujeres causantes de sus desvelos. Las posibilidades que se le abrían con Mary debían de meditarlas juntos. Pero su reconciliación con Rosemary, él la creía segura, debía centrarse en ese frente. Concertaría una cita con ella a través de su bufete porque si la llamaba directamente o acudía a visitarla a la residencia de Los Hamptons donde llevaba instalada varias semanas, se arriesgaba a un rechazo.

La familia Mountbatten tenía allí una impresionante mansión situada en East Hampton —el área más exclusiva de una zona ya de por sí restringida y elitista; el lugar donde la alta sociedad neoyorquina disfrutaba de sus vacaciones—, muy cerca del estanque Georgica. Una edificación de arquitectura victoriana que llamaba la atención de cualquiera que pasase por delante. De hecho, siempre había turistas haciendo fotografías al otro lado.

De fachada de color hueso, disponía de tres plantas, dos torreones, seis dormitorios, siete baños, casita de invitados independiente, jardín de tres hectáreas, un pequeño lago artificial, piscina exterior e interior, y unas panorámicas impresionantes sobre el océano Atlántico, especialmente los días en los que el oleaje era bravo. La impresionante residencia era conocida por todos con el nombre de Villa Mountbatten.

—Tengo que reconciliarme con mi esposa —dijo en voz alta con mucha seguridad antes de comenzar a teclear los números.

Descolgó el teléfono y se dispuso a dejar un mensaje a aquella encantadora joven con la que había pasado unas agradables horas días atrás. Le había causado buena impresión; parecía despierta y sincera, joven e inexperta aún, pero con madera. En cierta manera le recordaba a Mary en su juventud, aunque aquella abogada novata, Amber, carecía de la chispa y de la clase innata de su otra mujer. Quizá la adquiriese con el tiempo.

Además, esa palpable inexperiencia la convertía en manipulable. Utilizaría a Amber en su propio interés e intentaría alejarse en la medida de lo posible de cualquier otro interlocutor de tan peligroso —y bien conocido por él— bufete que llevaba los asuntos de Rosemary.

Por supuesto, resultaba imprescindible evitar a toda costa a la jefa de Amber.

Capítulo VI

La llamada

Entré en H&R con el lógico sueño de quien se despierta a las siete de la mañana para ir a trabajar y lleva tres días sin pegar ojo por unos inoportunos síntomas gripales. Cuando levanté la vista, con los ojos enrojecidos y la cabeza a punto de estallarme, observé un extraño panorama. Me esperaban James, Katy y Neo, que todavía no habían pasado a sus respectivos despachos, con unas risitas sospechosas y un tono de voz en los buenos días muy suspicaz.

—¿A qué se deben esas caras a estas horas de la mañana? —pregunté de forma indiferente, ya que no estaba de muy buen humor debido a mi maltrecha salud y a mi carencia de sueño.

—Tenemos un recado para ti —contestó Katy.

—Es un recadito de alguien muy especial —continuó Neo.

—En realidad, creo que esa expresión ñoña que tienes hoy en tu cara va a desaparecer en cinco segundos —concluyó James muy seguro de lo que acababa de decirme.

En ese momento los tres a la vez comenzaron una cuenta atrás —cinco, cuatro, tres, dos, uno, ¡cero!— y Katy pulsó el botón del teléfono de recepción que da acceso a los mensajes recibidos y con la opción de manos libres activada para que los cuatro pudiésemos oír lo que allí quedó grabado en nuestra ausencia. Comencé a escuchar una voz que no me resultaba desconocida, hasta que a los pocos segundos fui capaz de identificar quién era el que hablaba tan pausada y educadamente.

—Buenas noches. Esto es un mensaje para la abogada Amber Andersen. Soy Patrick Mountbatten. Me gustaría que se pusiese en contacto conmigo tan pronto como le sea posible. Hay un asunto que deberíamos tratar juntos. Por la mañana estaré en mi despacho a partir de las nueve y media. Sería usted muy amable si pudiese llamarme, o mejor, visitarme a partir de esa hora. Le estaré muy agradecido. Gracias de antemano por su colaboración.

Tardé en reaccionar. Mi primer impulso fue dirigirme al contestador, dar marcha atrás en la cinta y volver a escuchar el mensaje. Patrick quería volver a verme. Después de escuchar el escueto mensaje por dos veces más, levanté intuitivamente la vista y allí seguían mis compañeros, aunque ahora con cara de asombro. Antes de que me diese tiempo a dar la vuelta para dirigirme hacia mi despacho, Katy me hizo una sugerencia.

—Amber, he pensado que podías hacernos un favor a todas. Ya que tienes que reunirte con Patrick ¿por qué no intentas citarle aquí?

—Porque no es nuestro cliente. Lo lógico es que le visite yo, ya que la propuesta es nuestra, pero quien tiene la última palabra es él.

—Pero la petición de la reunión es suya.

—No sé...

—Venga chica, sé solidaria... Tú ya le has visto, no debes ser egoísta, ahora tienes la obligación de facilitarnos conocer a todo un personaje tan célebre de la sociedad estadounidense.

—No considero correcto que sea él el que se desplace, dadas las circunstancias. A propósito, tampoco me parece justo que me estéis criticando porque Patrick me llama la atención y todos tengáis muchas ganas de conocerlo. Es contradictorio, ¿no?

—No te enfades Amber. Ocurren dos cosas. Una, tú eres muy fría y nos sorprende el efecto que este hombre ejerce sobre ti; la segunda es que eres transparente y muestras abiertamente tus simpatías hacia él. La mayoría disimularíamos más: seríamos hipócritas por comodidad.

—Siempre he detestado la hipocresía.

—Se observa claramente en tu comportamiento y en tus formas. Haces bien en permanecer fiel a tus principios, aunque seas mal interpretada o incomprendida.

—Gracias por el consejo, pero es lo que vengo haciendo desde que tengo uso de razón.

En ese momento comencé a dirigirme hacia la puerta de mi despacho y Katy me interrumpió.

—¿Entonces vas a hacer lo que te he pedido?

—Está bien, tú ganas. Intentaré que la reunión se celebre en H&R. Pero no prometo nada.

—¡¡¡Gracias!!!

Cuando por fin me senté en mi mesa tardé unos instantes en descolgar el auricular para marcar el número que me daría acceso directo a Patrick. Un hormigueo subía y bajaba por mi estómago. Durante meses (tras la partida de Spencer) mis sensaciones y sentimientos habían estado aletargados, casi muertos, y en las últimas semanas por diversos motivos, habían reaparecido mis ansias de volver a disfrutar y experimentar.

No pretendía seducir a Patrick —eso estaba fuera de toda lógica y prudencia—, pero aunque solo fuese por ser honesta conmigo misma, debía reconocer que ese hombre me agradaba. Le sobraba inteligencia, presencia, saber estar, seguridad, personalidad y carisma. Y el hecho de ser partícipe de una parte de su vida tan privada y controvertida, de conocer parte de su intimidad con su locura de amor, había creado un vínculo adicional entre nosotros.

Los transgresores siempre me llamaron la atención. Ahora tenía la suerte de conocer a un hombre

que, tras una proyección externa de éxito, guardaba una vida íntima compleja.

—Dígame.

—Buenos días, soy Amber Andersen, acabo de escuchar su mensaje en el contestador, ¿cómo está?

—Buenos días, gracias por tu pronta respuesta.

—No hay de que, encantada de volver a hablar con usted.

—Igualmente. Por cierto, creo haberte dicho que no me llames de usted.

—Lo sé, pero me cuesta. Prometo intentarlo y no volver a equivocarme.

—Eso espero. El motivo de mi llamada se debe a que me gustaría que volviésemos a vernos. Serán solo unos minutos. Es con relación a mi separación, como puedes imaginar.

—Patrick —enfaticé la entonación al pronunciar su nombre para que observase que le tuteaba y así agradecerle, o al menos, intentarlo—, ¿hay algún problema con el convenio?

—No se trata de eso exactamente. ¿Podrías venir a mi despacho a lo largo de la mañana?

«Está bien, Katy, voy a intentarlo —me dije—. Traeré a Patrick a H&R».

—Lo siento, pero hoy es imposible, tengo en la agenda la visita de dos nuevos clientes, uno de los cuales no me ha confirmado la hora de llegada; vuela desde Boston. Pero si te parece bien, puedo adaptarme a tu horario y atenderte en cualquier momento si usted, quiero decir si tú, acudes aquí, a nuestras oficinas.

—Tienes razón, Amber. Te he llamado sin tiempo para que te planifiques y es obvio que debí darme cuenta que ya tenías compromisos adquiridos con anterioridad. No te puedo asegurar una hora, porque nuestra reunión se me ocurrió ayer casi de madrugada, cuando dejé el mensaje, creo que eran cerca de la una y también tengo unos cuantos asuntos pendientes que resolver a lo largo del día de hoy. Voy a intentar aplazar alguno para esta tarde, y entonces, si te parece bien, acudiré allí.

—De acuerdo, me parece bien. Esta tarde nos vemos. ¿Necesitas que prepare algún documento de tipo jurídico o algo relacionado con el asunto que nos ocupa?

—Gracias Amber, pero no será necesario.

—Pues entonces hasta dentro de unas horas.

Colgué y casi corriendo hacia el despacho de Katy. Ni siquiera pedí permiso para entrar, abrí su puerta y ella con un ligero vistazo a mi expresión, supo de qué se trataba.

—Ya has hablado con Patrick.

—Sí, y viene esta tarde a H&R...

—Genial, por fin vamos a conocerlo.

A la una y media aproximadamente, me sobresaltó una llamada del teléfono que se encuentra sobre mi mesa. Era la asistente de recepción encargada de atender las llamadas exteriores y de dar la bienvenida y acomodar a los clientes que iban llegando al bufete. Su voz, habitualmente dulce y pausada, denotaba cierta agitación.

—Amber, acaba de llegar el señor Mountbatten.

—¿¿¿Ya??? Pero si me aseguré que le sería imposible venir tan pronto.

—Pues aquí está.

—Está bien. Ya voy para allá.

Antes de salir de mi despacho, instintivamente, realicé unos coquetos gestos femeninos. Me coloqué el pelo, repasé mi brillo de labios y me golpeé suavemente las mejillas para sonrojarlas. Cuando al fin le tuve frente a mí, de pie, sonriente e impecablemente vestido, creí darme cuenta que era aún más imponente de lo que yo le recordaba. Su presencia me descolocaba y esa forma de mirar tan penetrante, propia de la templanza de quien se sabe poderoso, me intimidaba. Pero debía mantener una compostura.

La camisa a juego con la corbata, el pantalón como recién salido del armario a pesar de las horas de trabajo transcurridas, los zapatos sin mota de polvo perceptible, el pelo perfectamente colocado, con el efecto húmedo de la gomina aún visible, su sonrisa franca, abierta. Aspecto intachable y actitud acogedora.

—Buenos días Patrick —dije mientras le estrechaba mi mano derecha y él me correspondía con firmeza el saludo—. No te esperaba tan pronto.

—Lo sé, Amber. Espero no ser inoportuno. Si he interrumpido algún asunto, esperaré aquí gustosamente, hasta que estés disponible.

—No te preocupes Patrick, al cliente de Boston a primera hora, ya lo he atendido esta mañana; y el otro que tenía en la agenda ha aplazado la reunión hasta el jueves.

—Entonces estoy de suerte. He venido precisamente a esta hora para ver si aceptabas una invitación para comer. Dado que te has liberado de tus compromisos para hoy, no existe obstáculo alguno que te impida corresponder a mi petición.

Patrick me estaba invitando a comer. Estaba tan sorprendida que no era capaz de dar una contestación. Tampoco me había dado cuenta de que en menos de cinco minutos se habían ido acercando, o bien al mostrador de recepción o bien a la máquina de café, situada en el pasillo central casi todo el personal del bufete, lugares ambos desde donde se accedía visualmente al lugar en el que nos encontrábamos Patrick y yo, ya que la sala de espera se rodea de cristaleras para que los clientes puedan observar la actividad continua de H&R mientras llega el momento

de ser atendidos.

—Amber, el motivo de la comida es charlar acerca de algunos detalles del proceso. Debido a la imposibilidad de acercarme hasta aquí a lo largo de la tarde, pensé que sería buena idea que almorcemos juntos.

—De acuerdo Patrick, me encantará comer contigo. Recogeré mis cosas y nos podemos ir enseguida. Puedes acompañarme al despacho, te enseñaré el bufete y podrás conocer a las personas que estamos representando a Rosemary.

Primero me acerqué hasta el despacho de Katy, posteriormente al de Isabel, James, Neo... Por el camino intercambiaba formales presentaciones con cualquiera que se nos cruzaba. La impresión favorable que Patrick iba causando, resultaba claramente perceptible a primera vista. Algunas levantaban el dedo pulgar a sus espaldas, otras me hacían guiños cómplices y las había que simplemente le observaban de pies a cabeza. Lamenté la ausencia de Helen. Me hubiese gustado ser testigo de un encuentro entre ambos.

Cuando al fin pudimos salir de H&R, mientras nos dirigíamos al ascensor, los dos solos, me invadió un extraño comportamiento de introversión. No sabía qué decir ni qué hacer. Temía pronunciar alguna inapropiada palabra que pudiese importunarle o mostrar alguna conducta que decepcionase a quien tenía enfrente: el causante de una creciente curiosidad durante las últimas semanas.

Mientras utilizábamos el ascensor para descender a la planta baja no pude dejar de ruborizarme, mirando al suelo porque la sonrisa de Patrick me alteraba. Al fin llegamos a la planta que da acceso a la calle, y Patrick, tras cederme el paso, hizo el siguiente comentario:

—Amber, en nuestra primera reunión no me diste la impresión de ser una persona tímida.

—¿Y ahora sí?

—No deseo ser descortés, pero no articular palabra y bajar la vista cuando estamos frente a frente no es el concepto que yo tengo de extroversión.

—Lo siento, Patrick. Prometo que vamos a tener una comida entretenida y amena.

—Me he tomado la libertad de reservar mesa en restaurante del hotel Plaza, pero si tienes alguna otra preferencia anulo y comemos en cualquier otro sitio de tu elección.

—Iremos al Plaza.

El mítico hotel, lugar de paso obligado para los turistas y alojamiento de referencia para todo tipo de celebridades internacionales, contaba con uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Era el típico sitio al que se acudía además de para disfrutar de su excelente gastronomía, para ver y ser visto. Desde que pisamos la alfombra de la entrada, se palpaba que nos encontrábamos ante un establecimiento de lujo y que mi acompañante era un buen cliente. El trato preferente que recibía era descarado.

Antes de llegar al reservado, mientras cruzábamos el restaurante, noté como más de una cabeza se giraba a nuestro paso. La mesa que nos habían preparado se situaba en una zona alejada, al fondo, entre un amplio ventanal que daba a un magnífico jardín interior que comenzaba a florecer debido a la inminente llegada de la primavera; un biombo artesanal impedía la visibilidad al resto de comensales. Ciertamente, aquella mesa era la mejor del restaurante.

Patrick solicitó mi aprobación a la que yo accedí encantada para encargarse de todo: del menú, del vino y hasta de los postres. Él conocía el lugar mejor que yo y me fiaba de su criterio. Cuando el camarero tomó nota y se retiró, solicitando nuestro permiso para hacerlo, me decidí a hacer la pregunta que me sacase de dudas sobre aquella extraña cita:

—Patrick, aún a riesgo de parecer maleducada, debes comprender que es lógico que te pregunte por qué nos encontramos aquí.

—Existe una posibilidad para que nada de esto siga hacia delante —respondió Patrick muy seguro de sí mismo.

—No comprendo qué quieres decir...

—Me gustaría que este proceso se paralizase.

—Para eso se requiere el consentimiento de la otra parte.

—Eso es lo que vengo a proponer a H&R como representantes legales de Rosemary que sois. Me gustaría que le transmitáis mi deseo: quiero reconciliarme con mi mujer.

Patrick lo dijo con un aplomo asombroso. Estaba absolutamente convencido que cualquier plan que se propusiese, saldría exactamente como lo había previsto. Solo que en esta ocasión la decisión final no dependía de su voluntad y entraban en juego sentimientos ajenos.

—Me parece que una reconciliación tiene lugar si dos personas están de acuerdo. Rosemary tiene mucho que decir en este asunto. ¿Qué te hace suponer que ella va a volver contigo?

—Haré todo lo posible por recuperar a mi mujer.

—Que lo intentes con todas tus fuerzas no significa que lo vayas a conseguir.

—No tiene sentido que después de casi treinta años juntos entre el matrimonio y nuestro noviazgo, el resto de vida que nos quede, lo pasemos separados. Hemos compartido nuestra juventud, la madurez, hemos tenido dos hijos que se han convertido en unos maravillosos adultos y hemos alcanzado juntos la posición y el prestigio del que ahora gozamos. Es justo que la parte más dulce, el período de vida que nos queda, lo compartamos el uno junto al otro.

—En circunstancias normales así debería ser. Pero tu trayectoria como marido no ha sido ejemplar.

—Pero eso no es motivo para tirar por la borda media vida. El rencor y el odio no llevan a ninguna parte, lo único que traen son disgustos.

—El engaño y la traición de la persona a la que amas conducen al sufrimiento.

—Nunca actué con mala fe, simplemente me dejaba llevar por mis deseos.

—Y dejándote guiar por esos deseos pasas por encima de todo y de todos, incluyendo la confianza y el amor de la persona que más te ha dado en esta vida.

—No pretendo discutir sobre moralidad. No es el propósito de este encuentro. Cada cual actúa según su libertad y los dictados de su conciencia. Lo que quiero transmitirme es mi determinación de seguir adelante con mi matrimonio. Rosemary todavía me quiere y yo a ella también. Mucho. Con todo mi corazón. Será mejor para los dos un volver a empezar que un hasta nunca. Prometo poner todo de mi parte.

—Dejando para siempre a Mary, se supone...

No sé cómo tuve el valor de espetar semejante comentario. Pero era la forma de llevar la conversación hacia la parte de la historia que ocupaba gran parte de mi interés, la mujer misteriosa.

—Amber, me consta que conoces la amplitud e intensidad de los sentimientos entre Mary y yo. Eres una conocedora casual, aunque privilegiada, de nuestro amor.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—Desconozco qué ocurrirá con Mary si obtengo el perdón de Rosemary.

Me había mostrado con dura con Patrick desde que nos habíamos sentado en la mesa del Plaza y con esa actitud no iba a conseguir ganarme su confianza, así que decidí cambiar de estrategia.

—Realmente la vuestra ha sido una relación atípica. Habéis superado un matrimonio, o dos, algo que no puedo afirmar porque aún desconozco el estado civil de Mary, la distancia, los cambios que van proporcionando las diferentes etapas por las que pasa una vida y todavía seguís juntos. Dejando al margen otras connotaciones, es de admirar que vuestro amor haya superado lo que la mayoría de parejas convencionales son incapaces de soportar.

—Para nosotros no eran problemas o dificultades, sino la propia esencia de nuestra relación.

—¿Está Mary al corriente de la situación por la que estás atravesando?

—Por supuesto, y tengo todo su apoyo sea cual sea la decisión final que tome.

—¿Qué os impide vivir de una vez por todas libremente vuestro amor?

—Nuestras propias reglas.

Estaba claro que Patrick cuidaba cada palabra referente a Mary. El hombre locuaz y con extraordinaria dialéctica, se transformaba en parco en palabras cuando hacía frente a preguntas referentes a su doble juego. Decidí reorientar la conversación a su origen. Estaba adquiriendo cierta experiencia en prestar atención a la psicología de las personas.

—¿Qué pretendes conseguir de mí?

—Es muy simple. Únicamente debes concertar una cita entre Rosemary y yo. Conseguir que nos veamos, lo demás es cosa mía.

—¿Y por qué no se lo pides tú directamente?

—Porque la situación entre nosotros dos es tensa. A decir verdad, ni me habla. Con un intermediario, alguien de su confianza, todo resultará más fácil. Al menos estando frente a frente no puede colgarme el teléfono.

—Mi cliente es Rosemary; debo velar por sus intereses no por los tuyos.

—¿Crees que colaborar en una reconciliación entre ambos no es ayudar a Rosemary?

—La verdad es que no lo sé...

—Ella todavía me ama, envejeciendo junto al hombre de su vida es como realmente va a ser feliz.

—Patrick, siento ser yo quien te advierta, pero sinceramente no veo a Rosemary predispuesta para un volver a empezar.

—Eso es porque ahora está cegada por la rabia y se siente traicionada. Cuando se tranquilice comprenderá que volver a empezar es lo mejor para nuestra familia. Los Mountbatten no nos rendimos a la primera. Yo sabré compensarla, la mimaré, la idolatraré. En pocas semanas nadie recordará esta crisis, ni siquiera ella.

Decidí plantear a Rosemary un encuentro con su todavía esposo porque, en última instancia, sería ella quien tomase la determinación de si quería verlo o no. Además, Patrick contaba con los suficientes recursos para conseguir un nuevo intermediario antes de que acabase el día. Al menos, con mi aceptación todo quedaba en manos del bufete y no de personas ajenas.

—De acuerdo Patrick, hablaré con Rosemary e intentaré propiciar un encuentro entre vosotros. Pero te he advertido de la dificultad.

—Conozco a mi mujer mejor que tú y sé que ella aceptará.

—Ella también creía conocerte y mira con lo que se ha encontrado...

Después de la parte más conflictiva de la velada, estuvimos un buen rato saboreando la exquisita comida, mientras Patrick se interesaba por aspectos más banales de mi vida. Ya más relajados, durante el postre, unos deliciosos crepés rellenos de crema de manzana acompañadas de nata cremosa y salsa de licor de mandarina, fui capaz de aventurarme a formular determinadas preguntas sobre esa relación que llamaba tanto mi atención.

—Patrick, me gustaría saber cómo has mantenido durante tanto tiempo una relación tan intensa en secreto. Supongo que habrá personas que hayan estado al tanto de la situación, algún

cómplice, algún amigo al que acudir en los momentos de necesidad.

—Una de las sólidas bases que ha mantenido esa llama durante años ha sido el convencimiento por ambas partes de la necesidad de una discreción absoluta, aunque sí es cierto que personas muy allegadas a los dos siempre fueron partícipes de lo que pasaba.

—¿Y qué opinaban ellos?

—Las personas que realmente te quieren no te juzgan, simplemente respetan tus decisiones por muy contrarias que sean a sus pensamientos.

Patrick siempre era tajante en sus respuestas, la seguridad que desprendía no daba opción a intromisiones; decidí seguir haciendo preguntas sin debatir sus firmes contestaciones.

—¿Cómo se puede alcanzar una complicidad tan grande como la que existe entre Mary y tú en circunstancias tan complejas?

—Personalidades afines ayudan, formas similares de ver y vivir la vida, aficiones comunes, respeto y admiración mutua, pasión alimentada día a día, y sobre todo, la regla del cincuenta por ciento.

—¿La regla del cincuenta por ciento? —pregunté. Aunque tenía la sensación de que él ya había hecho referencia a esa norma en alguna ocasión.

—Hace muchos años decidimos que la equidad dominaría nuestra relación. Sentimos exactamente igual el uno por el otro, buscamos exactamente lo mismo y siempre lo encontramos, ponemos de nuestra parte idéntico empeño y dedicación que el otro, pagamos a medias nuestros gastos, la pasión cuando estamos juntos no conoce límites para ninguno de los dos, la confianza y sinceridad se asentaron desde nuestros primeros encuentros y las ganas de estar juntos han crecido a la par para ambos, pero siempre manteniendo el control de nuestra relación.

—Impresionante, pero complicado.

—Así es. Pero hemos sido capaces de respetar nuestras propias reglas.

—¿Cómo se consigue que ninguna de las partes se involucre emocionalmente más que la otra? Eso es poco creíble...

—Dejando las cosas claras desde un primer momento, manteniendo siempre una comunicación fluida, permaneciendo coherente con las decisiones que tomas y siendo personas estables y equilibradas.

—No te molestes, pero da la sensación de que esa estabilidad a la que aludes roza la frialdad.

—Al contrario, te sorprendería vernos juntos. Nos olvidamos del resto del mundo y sale a la luz un universo propio.

Mary debía ser una mujer fuerte para jugar peligrosamente con fuego y no haberse quemado,

para haber apostado por unas reglas tan arriesgadas y no haber perdido, para protagonizar un juego tan complejo y haber pasado por encima de todas las trampas.

Me preguntaba si algún día conseguiría averiguar su identidad. Patrick hablaba con admiración cuando se refería a ella. Jamás al nombrar a Rosemary adquiría ese tono de voz, esa picardía en la mirada. Analizando como observador objetivo la situación, se podía llegar a una conclusión: los sentimientos de Patrick hacia Mary eran desgarradores, brutales, vehementes, mientras que sus sentimientos hacia Rosemary eran sosegados, serenos, calmados.

Aquella tarde me aseguré de llegar al despacho cuando ya hubiesen marchado todos. Aunque me justificaba convenciéndome de que el motivo de mi negativa a encontrarme con nadie se debía a la determinación de no dar más explicaciones sobre Patrick que las necesarias, la verdadera razón era que tras nuestra conversación me apetecía leer alguna de las palabras que Mary le dirigía.

Como me había ocurrido con anterioridad, la lectura de aquellas letras tan sentidas, tan bien estructuradas, me sorprendían y afectaban.

Te marchas siempre tan precipitadamente que no me da tiempo a despedirme como me gustaría, besando cada parte de ti con todo el cariño y la dedicación que merece una pasión como la nuestra. Lo único negativo de esta historia es no disponer del tiempo que necesitamos para darnos mutuamente todo lo que llevamos dentro.

Nuestros encuentros me resultan muy contradictorios. Por una parte, las sensaciones que me suben y bajan de pies a cabeza con solo rozarte me compensan el hecho de vivir una historia prohibida; por otra, me asusta el hecho de pensar que el hombre con el que algún día comparta mi vida no sea capaz de transmitirme el deseo que tú despiertas en mí.

Me he retorcido de placer hasta casi llegar al dolor entre tus brazos y sé que eso es difícil de conseguir incluso entre parejas consolidadas. Como he conocido lo que es sentirse deseada más allá de cualquier límite, no podré evitar el compararte con el hombre al que ame y eso va a ser injusto para él y negativo para mí.

Aunque siempre he sido una mujer apasionada y entregada a todo lo que he hecho, el lado casi salvaje e irracional que aparece cada vez que estoy contigo, no lo conozco en ninguna otra situación de mi ordenada y calculada vida: lo que siento cuando estamos uno encima del otro, después de haber hecho bestialmente el amor, necesitando el aire, sudando, agotados, es plenitud.

Quiero creer que lo que nos ocurre es un proceso lógico y mental basado en el hecho de que las cosas que más cuestan son las que más deseamos. Cada encuentro nuestro va precedido de una fase de incertidumbre, ya que no sabemos con certeza cuándo volveremos a estar juntos, otra fase de planificación, en la que nos ponemos acuerdo, y termina con la duda de si seremos descubiertos, que es la parte peligrosa, morbosa, arriesgada. La mezcla de tantas sensaciones es la que nos debe hacer sentir tan especialmente unidos.

Me gustaría que me ayudases a entender cómo puedes querer a una mujer con la que no sientes

el fuego recorriéndote cada rincón de tu piel porque es una etapa por la que voy a tener que pasar. ¿Qué pasará por mi cabeza cuando quiera a un hombre, sienta por él cariño, admiración y deseo, pero no sepa darme lo que consiguen tus manos, tus labios o tu lengua? ¿Cómo ser totalmente feliz al lado de alguien que no me va a hacer vibrar con solo bajarme un tirante, antes incluso de haberme desnudado?

Ya sé que el amor es cariño, complicidad, amistad, compenetración, convivencia y muchas cosas más, pero después de lo que están viviendo nuestros cuerpos, me va a resultar difícil entender ese amor sin sentir el bienestar que me proporciona la revolución que pasa por mi interior al estar junto a ti.

Todos mis besos.

Mary

* * *

El lunes puse en práctica lo que le había prometido a Patrick, es decir, propiciar, o al menos intentar, un acercamiento con Rosemary. Decidí que era mejor una cita personal que una conversación telefónica. Quedamos a las once de la mañana en H&R. Antes, Helen se había encargado de llamarme a su despacho.

—Me he enterado de que uno de los pocos días que faltó al bufete, me pierdo algo realmente interesante. Parece que hemos tenido una aparición estelar...

—Te informan bien.

—No vuelvas a tomar ninguna decisión sin consultarme. Y menos cuando el señor Mountbatten esté involucrado. Eres una novata y semejantes decisiones te vienen grandes. Tener iniciativa es loable. Creerte alguien sin haber conseguido nada es estúpido. Y tú no eres estúpida, Amber.

Menuda bronca. Y con razón. Fue tal la precipitación con la que transcurrió la petición de Patrick, que acepté sin reparar en la conveniencia de consultar a Helen. Imperdonable.

Aunque, a veces, parecía que mi jefa se tomaba el caso de los Mountbatten como algo personal. ¿Quizá porque ella había pasado por algo parecido y se reflejaba en la angustia que estaba atravesando Rosemary? Seguramente eso no lo iba a saber nunca, pero con lo flemática que mi jefa solía ser ante cualquier situación, me extrañaba hasta qué punto le afectaba este caso.

—Helen, fue algo totalmente casual e imprevisto. Fue él quien llamó e insistió en vernos a lo largo del mismo día.

—Sé que dejó un mensaje en el contestador y luego todo se precipitó.

—Exactamente, sí ocurrió.

—Bueno, como estoy segura de que no se volverá a repetir eso de ir por libre por tu parte, vamos al grano. ¿Qué se siente al comer con él en el Plaza?

—Pues qué te voy a decir... La comida soberbia, el entorno maravilloso, y tan especial la compañía como irrepetibles las circunstancias.

—Déjate de palabrería, quiero los detalles. ¿Qué comisteis? ¿Os llevó su chófer? ¿De qué hablasteis? ¿Cuáles eran sus auténticos propósitos? Y debo suponer que tú supiste estar a la altura, y que en ningún momento olvidaste que eres una profesional que representa a este bufete.

—¿Por dónde debo empezar?

—Por donde quieras, Dios mío, pero hazlo ya.

Intenté omitir los detalles frívolos y centrarme únicamente en lo que realmente era de interés para H&R.

—Patrick va a intentar evitar la ruptura con Rosemary. Pretende propiciar un acercamiento personal con ella.

—Me imagino que por cuestiones económicas.

—No. Alega amor.

—Así que ahora pretende recuperarla... A estos hombres no hay quien los entienda. ¿Crees que Rosemary aceptará?

—No sé, quizá en eso tú me puedas ayudar porque tienes más experiencia y ya has pasado por un divorcio. Supongo que entiendes mejor la psicología femenina de las mujeres maduras.

—A Rosemary la veo muy firme en su decisión, pero nunca se sabe...

—Yo me sorprendería si ella cambiase de parecer.

—Saldremos de dudas en unas horas. Por cierto, no has contestado más que a una de mis preguntas.

—¿Pretendes que te aburra con detalles del tipo de si el marinado del salmón estaba en su punto?

—Sí.

Así de escueta fue su contestación. Estaba claro que no escaparía de su despacho sin haber dado buena cuenta de mi comida con Patrick. Tras dejar satisfecha a Helen con respuestas concisas a sus múltiples preguntas, regresé a mi sitio para llegar justo a tiempo de atender el teléfono. Era de recepción anunciándome la llegada de Rosemary. Salí a recibirla y mientras pasábamos por

delante del despacho de mi jefa, ella nos comentó que en breve se uniría a nosotras, cuando terminase unas gestiones urgentes que se traía entre manos.

Los cafés llegaron en menos de cinco minutos y mientras desayunábamos pregunté a Rosemary por su estado de ánimo. Su aspecto era bueno, pero se apreciaba cierta tristeza en su expresión.

—Estoy más tranquila, pasados ya los sobresaltos iniciales, pero echo de menos a Patrick en determinados momentos. Me gustaría odiarle, pero no soy capaz.

—¿En alguna ocasión te has arrepentido de tu determinación?

—En ninguna. Cuando tomé esa decisión era consciente que el proceso no iba a ser un camino fácil, y aunque el día a día es duro, me reafirmo en lo que he hecho.

—¿Estás muy ocupada a diario?

—Estoy meditando sobre qué será de mi vida a partir de ahora. Mis hijos son adultos; el mayor, Edward, está a punto de comprometerse con su novia, Rubí Zunzunegui. Y Alice es una mujer resuelta e independiente con carisma, muchas iniciativas y una cabeza muy bien amueblada. Así que tengo que pensar a qué voy a dedicar mi tiempo. Yo también tengo proyectos y sueños por cumplir.

—¿No has tenido ningún momento de debilidad? Quiero decir, si no te apetece volver a su lado y a tu casa.

—Sí, todos los días. Pero se me hace difícil. Podría perdonar algún desliz ocasional porque una debilidad humana puntual es comprensible; podría pasar por alto una actitud visceral, puramente física, pero es muy complicado superar su relación de tantos años con otra.

—Rosemary debo decirte que Patrick va a intentar una reconciliación.

Afronté la cuestión directamente, a bocajarro, sin preámbulos. A veces ser tan directa me ha traído muchos problemas, pero no sabía hacerlo de otra manera. Era una de mis asignaturas pendientes, dominar las artes de la diplomacia.

—¿Cómo? —La cara de Rosemary desvelaba una sorpresa descomunal.

—Patrick está dispuesto a hacer lo que le pidas, sea lo que sea, para que cambies de opinión y vuelvas a su lado.

Rosemary se quedó muda. Supongo que no estaba en sus planes la idea de un intento de acercamiento por parte de su todavía marido. Tras unos momentos de tenso silencio, en los que la cara de Rosemary manifestó decenas de muecas indescriptibles, al fin habló.

—No doy crédito...

—Tampoco hay que martirizarse, Rosemary. Aunque no lo creas, o ahora no lo quieras reconocer debido a las circunstancias, Patrick te quiere.

—¿Cómo puedes estar tan segura si apenas le conoces? Yo he estado casi treinta años a su lado y no he sido capaz de llegar hasta el fondo de sus pensamientos, de su verdadera personalidad. Puede que me necesite, o más bien, seguro que no puede prescindir de mi dedicación hacia la familia y los asuntos de los Mountbatten; o no le conviene prescindir de mi impecable papel social, de la compañera perfecta para él. Pero si me quisiese de verdad, no se habría comportado cómo lo ha hecho.

—¿Realmente piensas que Patrick no siente nada por ti? ¿Por qué crees entonces que dejándole las puertas abiertas a la posibilidad de estar junto a Mary con quién quiere pasar el resto de su vida es contigo?

—Vete tú a saber. Es posible que la última palabra no la tenga Patrick. Puede que esa señora sea inteligente. Supongo que a su lado Patrick se habrá mostrado tal como es, sin máscaras ni teatros. Mary conoce mejor que nadie lo que ese hombre me ha hecho, así que no debe agradecerle ponerse en mi lugar. ¿Quién le asegura que no aparecerá una nueva Mary que cubra el hueco dejado por ella y pasar a convertirse en la nueva Rosemary?

—También es posible que él te haya elegido a ti, así de simple.

Por unos instantes intenté ponerme en el lugar de Rosemary. ¿Qué habría pasado por mi cabeza si un día descubriese que el hombre al que quise con todas mis fuerzas, Spencer, había alcanzado la máxima intimidad con otra persona mientras estábamos juntos? ¿Si se hubiese sentido auténticamente libre con otra mujer por la que sentía una atracción física que yo no era capaz de provocarle? Seguramente me hubiese planteado ¿qué hace este tipo conmigo? En cierta manera entendía las dudas de Rosemary.

En ese preciso momento se incorporó a nuestra conversación Helen. La pusimos en antecedentes y su opinión al respecto, fue más inflexible y rotunda que la de Rosemary. Intentaba hacernos ver que hablaba desde una perspectiva amigable, pero yo intuía que los intereses del bufete subyacían bajo sus amables palabras.

—Jamás aceptaría una nueva convivencia con un embustero crónico. Por ser una buena persona me pueden engañar una vez, pero no voy a servirle en bandeja otra oportunidad a un hombre como él para que me la vuelva a jugar.

A veces Helen podía llegar a ser muy convincente.

—¿Pero realmente no te tienta la idea de olvidar todo esto y empezar de cero? —pregunté—. Las personas brindan segundas oportunidades a los que han cometido errores, se muestran arrepentidos y tienen el firme propósito de enmendar sus faltas.

Yo intentaba exagerar las intenciones de Patrick, aunque no estaba muy convencida de lo que decía, porque conocía su ambigüedad respecto a la posibilidad de dejar a Mary si su esposa se decidía a volver con él.

—Creo que ahora mismo estoy tan rabiosa que ni siquiera puedo pensar de manera racional. Debo dejar pasar el tiempo para ser capaz de ver de nuevo a Patrick como al hombre del que me enamoré. Ahora solo necesito distancia para aclararme.

—Creo que estás actuando de una forma valiente y coherente —respondió Helen—. Muchas mujeres a tu edad y con tu estatus social, hubiesen tragado con cualquier cosa antes de enfrentarse a los comentarios de la alta sociedad del Upper East Side y a la tormenta mediática que se avecina si finalmente hay divorcio.

—Una reconciliación ahora la veo lejana. La desconfianza hacia Patrick se ha apoderado de mí y cada vez que saliese por la puerta me asaltarían dudas. ¿Os imagináis la inestabilidad de una vida siempre bajo sospecha? Debe ser horrible...

—Pero en el fondo tú le sigues queriendo.

—Amber, cuando los sentimientos son auténticos es muy difícil dejar de querer de un día para otro. Sinceramente, nunca dejaré de quererlo. Ha sido, es y será el hombre de mi vida.

—Créeme que lo entiendo.

—Nunca he comprendido a las personas que, tras una ruptura, caen a los dos días en los brazos de otros proclamando a los cuatro vientos su nuevo amor. Siempre he pensado que no querían de verdad a su anterior pareja: amando al cien por cien, es imposible olvidar de un día para otro —dijo Rosemary con los ojos vidriosos. Sin duda estaba conteniendo las lágrimas.

Helen intervino en este momento para dar ánimos a Rosemary.

—Yo también pasé por un divorcio a edad ya madura y te puedo asegurar que el amor vuelve a aparecer cuando menos te lo esperas, cuando no lo buscas. En principio crees que superada una determinada edad —los cincuenta o los sesenta— no puedes rehacer tu vida, pero eso es totalmente falso y te lo digo por propia experiencia. Si no me hubiese divorciado ahora sería una mujer infeliz. Y sin embargo es ahora cuando estoy disfrutando de la mejor etapa de mi vida, de la más plena.

—La idea de una nueva relación es algo que está fuera de lugar en estos momentos. Patrick ha puesto el listón demasiado alto, cualquier hombre me parecería insignificante comparado con él. ¿Dónde voy a encontrar un hombre tan inteligente, tan atractivo, tan fascinante, tan vital, tan maravilloso en definitiva?

—Ay, esas comparaciones injustas... Quizá deberías olvidarte de todo eso y limitarte a encontrar un hombre honesto, sincero y sin dobleces —golpe bajo el de Helen—, un hombre que te sepa hacer feliz.

—Patrick ha conseguido hacerme la mujer más feliz del mundo. Si nunca hubiese sabido de la existencia de la otra mujer, seguiría siéndolo. A menudo maldigo el día en que lo descubrí. En este caso la ignorancia hubiese sido la mejor de las aliadas.

—La ignorancia nunca es buena compañera de viaje.

—Helen, deseo que nunca tengas que convivir con una verdad tan horrible como para preferir el desconocimiento.

—Piensa bien lo que estás diciendo, Rosemary. ¿Hubieses preferido morir sin saber que el hombre al que tú has amado dividía su amor entre tú y otra mujer? ¿Desearías que la mentira hubiese sido la tónica dominante en tu vida?

—A veces sí. Al menos moriría en paz. Hay días en los que agradezco haber descubierto la verdad. Otras veces imagino que mi vida seguiría como era antes y yo todavía sería una mujer feliz. Boba, pero feliz. Conocer la existencia de esa señora ha arrancado de cuajo todo lo que tenía y todo lo que quería. No creo que en una balanza saber la verdad compense tanto sufrimiento.

—A la larga agradecerás que haya salido a la luz toda la verdad.

—No estoy tan segura.

En ese momento de la conversación decidí intervenir porque todavía no habíamos tomado una decisión acerca del motivo que nos mantenía reunidas.

—Rosemary ¿tú estarías dispuesta a ver a Patrick? Puede tratarse de un encuentro formal, con abogados incluidos, o si lo prefieres, una charla íntima en la que puedas echarle en cara todo lo que nos estás confesando a nosotras.

—No quiero verle todavía. Ni estoy preparada psicológicamente ni tengo ánimos para enfrentarme a él Mucho menos para un encuentro privado. Podría flaquear con una sola de sus sonrisas.

—Pero algún día tendrás que superar su influencia.

—Lo sé. Aunque está todo demasiado reciente. Debo esperar a curar mis heridas y superar mi dependencia. Cuando lo haya conseguido, seré la primera en desear ese encuentro que él reclama. Necesito unos días, quizá unas semanas o unos meses. Todavía no estoy segura.

—De acuerdo. Tomate el tiempo que sea necesario. La decisión está en tus manos. Y él esperará.

Capítulo VII

Una invitación a cenar

Tenía que comunicar a Patrick que Rosemary necesitaba tiempo. Que no tenía claro todavía si estaba preparada para enfrenarse a él. Cuando estaba marcando su número directo sopesé que una llamada no era el mejor modo de decir las cosas.

En realidad, mi pensamiento fue otro. «Puede que sea mi última oportunidad de ver en privado a Patrick. Será mejor que lo visite». Estaba decidida a hacerlo, pero analizando la coyuntura, me di cuenta que una reunión en su despacho sería algo muy formal. Se me ocurrió que debía devolverle la invitación a la comida de días pasados.

Yo no podía permitirle llevarle al Plaza, al Keen's Steakhouse, al Four Season del Seagram Building ni a cualquiera de los sitios que él frecuentaba, mi nivel adquisitivo no llegaba a tanto. Tampoco quería hacer el ridículo citando a Patrick en un sitio mediocre, así que determiné que la mejor forma de llevar a cabo mis planes era una invitación en mi propia casa, preparando yo personalmente la cena.

¿Qué me estaba ocurriendo? ¿Buscaba conscientemente una intimidad provocadora con él? Lo cierto es que no. Ese hombre me fascinaba, pero no creía estar sintiendo hacia él nada personal. Simplemente me atraía su historia y era ciertamente un personaje carismático. Alguien que aportaba interés a los encuentros y enriquecía cualquier conversación.

—Hola, Patrick.

—Buenos días, ¿quién eres?

—Soy Amber, Amber Andersen.

—Ay, disculpa. No había reconocido tu voz. Casualmente tenía previsto llamarte entre hoy y mañana. Estaba impaciente por tener noticias de tu parte.

—Siento haberme retrasado, pero es que Rosemary todavía no ha tomado una decisión.

—¿Por qué?

—Creo que deberíamos vernos, este tipo de cosas no son adecuadas para hablar por teléfono. Además, soy una persona cumplidora y te debo una comida o una cena para devolverte de la pasada semana.

—Me gustan las personas jóvenes con iniciativa y tú parece eres una de ellas.

—Me alegro que consideres acertada mi invitación. Sé que tu agenda es complicada, pero como el horario que te voy a proponer está fuera de nuestras obligaciones laborales, espero que puedas adaptarte a él. Me gustaría que fuese mañana a las nueve en la zona del Soho. Luego te especifico la dirección.

—¿Me vas a llevar a algún sitio de moda?

—Ya veremos. Pero no te preocupes que en cuanto me decida te facilitaré las coordenadas —mentí.

—Me gustaría que me dices alguna pista sobre Rosemary.

—No seas impaciente. Mañana lo sabrás.

—Está bien, tú ganas. Espero la dirección, pues.

—Hasta mañana, Patrick.

Resoplé mientras colocaba el auricular en su sitio. Había tenido la osadía de invitarle a cenar en mi propia casa, y encima ocultando el lugar para evitar suspicacias, o peor, una negativa. ¿Qué pretendía? Tras la excusa de satisfacer mi curiosidad por una historia de amor extraordinaria, se escondía el deseo de un encuentro a solas con ese hombre que despertaba tanto interés en mí.

Mi actitud era cuestionable. Profesionalmente podría perjudicarme el hecho de quedar a solas con el exmarido de mi primer cliente. Y decía muy poco de mí sentir cierta atracción por un hombre que parecía querer a dos mujeres a la vez. «No me importa nada de eso. Solo es una cena de cortesía, profesional, voy a transmitir un mensaje de mi cliente. El hecho de intentar intimidad es para conseguir que Patrick se sienta cómodo y conseguir más datos sobre Mary, para conocer todo lo posible acerca de su historia».

Era una forma de engañarme como otra cualquiera. Si bien era cierto que intentaría una confesión y que la historia me apasionaba, la perspectiva de una cena a solas con Patrick me gustaba. Y aunque no sentía nada por él —ni siquiera atracción— no podía dejar de pensar en la imagen de Patrick sentado frente a mí, con su rostro iluminado por la luz de una vela mientras sus ojos y los míos intercambiarían miradas cómplices...

Inmediatamente la voz de mi conciencia daba la alarma y acudían a mi mente, Rosemary, Helen, H&R al completo, mis amigos, mi familia y hasta mi sentido común indicándome que el único motivo por el que ese hombre cenaría conmigo, era debido a su empeño por intentar reconciliarse con su esposa. ¿Su interés por mí? Seguramente ninguno. Y mucho mejor que así fuese.

Deseaba que todo resultase perfecto, por lo que preparé todo a la perfección. Comida, vino, postres, flores y repaso del orden en la casa. Había decidido el menú tras meditarlo mucho y llegué a la conclusión que debía ser algo exquisito, pero sin demasiados artificios. La impresión que quería causarle a Patrick era parecer una excelente anfitriona, evitando a toda costa el efecto contrario, es decir, que en algún momento llegase a sentirse acosado.

Una simple cena de agradecimiento en un entorno agradable. Me decanté por un tartar de gambas, aguacate y mango como entrante, solomillo al grill con patatas asadas como plato principal, una de las mejores etiquetas de los Mountbatten para beber —por deferencia a mi invitado elegí uno de sus bodegas de Burdeos— y un postre sencillo pero delicioso, crema de café con chocolate blanco.

Después de dejar la cena preparada y la mesa puesta, me dispuse a sumergirme en un relajante baño de espuma y sales aromáticas que, aunque no consiguió calmarme por completo, sí al menos relajó en cierta manera mis nervios. Me vestí de forma sencilla, con un vestido negro de tirantes que dejaba mis hombros al descubierto, y apenas maquillaje, como era mi norma habitual en el día a día.

Miré el reloj: las nueve. No lo pensé más y me dirigí al portal donde Patrick ya me estaba esperando. Instintivamente iba retocando mi aspecto en cada espejo y en cada cristal que reflejaba mi cuerpo y mi cara. Simple e inevitable coquetería femenina. Patrick sonreía tras los barrotes de hierro del portal y en pocos segundos acudieron tantos pensamientos a mi cabeza (Spencer incluido) que fui incapaz de ordenarlos, de centrarme. Debía aprender a controlar ese torbellino de ideas que siempre estaban revoloteando por mi mente.

—Amber, estás muy guapa.

—Eso lo dices por simple galantería.

—No, lo digo porque es lo que pienso. Seguro que tienes a unos cuantos chicos de Manhattan enamorados.

—¡Para nada!

—Será porque no ha aparecido el hombre adecuado. El día que lo encuentres, él sabrá valorar lo que tiene delante y se dedicará por completo a hacerte feliz.

—Y bien ¿dónde me vas a llevar a cenar?

—No nos movemos, aquí vivo y la cena es en mi casa.

Patrick no se descolocó lo más mínimo y con una amplia sonrisa me dijo:

—¿Has cocinado tú?

—Desde luego, me gusta hacerlo siempre que tengo invitados.

—Me parece estupendo. Pero deberías haberme avisado para traer un buen vino y bonitas flores para la anfitriona.

—No te preocupes porque buen vino hay. Eso siempre. Es uno de los caprichos de los que no me gusta privarme.

Dicho esto, me cedió su brazo, yo lo tomé encantada y subimos riendo hasta mi pequeño

apartamento.

—Ya sé que el señor Mountbatten es huésped habitual de lujosas mansiones, embajadas y palacios, pero este es mi pequeño, aunque coqueto apartamento. Bienvenido.

—Querida Amber —decía a la vez que se inclinaba con una graciosa reverencia— muy agradecido por esta invitación, sin duda, más apetecible que la mayoría de recepciones protocolarias, actos y compromisos. Me sentiré mejor aquí que en las mansiones y embajadas a las que haces referencia.

Patrick alabó mis dotes culinarias, mi acierto en la elección de vino —le entusiasmó y me agradeció el detalle de haber comprado una botella de sus mejores cosechas—, el menú y hasta la decoración de mi apartamento. No sabía si lo hacía para complacerme o porque realmente lo pensaba, pero me agradaba que se esmerase por hacerme sentir bien.

Al finalizar el postre, decidimos servirnos lo que quedaba en la botella de vino y tras un elogioso brindis por su parte, consideré que había llegado el momento de abordar las dudas que tenía Rosemary, algo que él cortésmente no había sacado a relucir en ningún momento durante las más de dos horas que llevábamos juntos. Lo hice de forma directa, sin rodeos.

—Patrick, tu esposa necesita tiempo.

—Eso entraba en mis pronósticos. Rosemary no dará un sí ni a la primera ni a la segunda; se hará de rogar, algo previsible por otra parte...

—Pero es que, de momento, no quiere verte.

—Lo imaginaba, pero cambiará de opinión.

—Ahora mismo lo tiene muy claro. Desea mantenerse alejada de ti para poder pensar. Aunque no descarta un reencuentro próximamente.

Él no se inmutó. En ningún momento dio muestras de pesadumbre o contrariedad. Se mantuvo sereno, imperturbable. Parecía que estaba entrenado para ello. Admiraba a la gente que era capaz de controlar las emociones a su antojo. Tras un breve momento de incertidumbre dijo:

—Debe existir alguna manera para que ella deseé volver a verme pronto. Rosemary todavía me quiere, es incomprensible que prefiera la soledad a estar al lado del hombre al que ama.

—Patrick, nadie es insustituible por mucho que se le quiera.

—Pero no puedo entender la obstinación de Rosemary por mantenerse alejada.

—Yo sí. Sigue firme. Necesita tiempo para saber lo que quiere. Tampoco es tan difícil de comprender.

—Será infeliz si permanece alejada de la familia.

—No creo que exista una infelicidad mayor que la traición de los seres queridos.

—Ahora es reciente y está enrabieta. Quizá he cometido un error, debí dejar pasar más tiempo antes de intentar un acercamiento.

—Tu error no ha sido precipitarte, y en caso de existir un fallo, tiene un nombre y ya sabes cuál es... Creo que deberías ir haciéndote a la idea de que puede que el divorcio siga adelante.

—La esperanza la mantendré hasta el final.

—¿Cómo vas a plantearte esta nueva etapa de tu vida en el caso de que la separación sea definitiva?

—En el fondo no sé si alegrarme de volver a ser libre, como en aquella etapa de mi vida tan lejana: mi juventud.

—Pero si tú has sido más libre que nadie, siempre has hecho lo que te ha dado la gana.

—Tienes razón, los obstáculos no han existido para mí y cuando me los he encontrado por el camino —que ha sido frecuentemente—, los he sorteado. Hay que saber afrontar y enfrentarse a las dificultades porque la vida está repleta de contratiempos.

Decidí que se trataba del momento oportuno para introducir a Mary en la conversación. Quizá en el transcurso de una cena íntima Patrick bajase la guardia y me proporcionase algún dato sobre su identidad.

—Supongo que en estos momentos tan complicados estarás recibiendo el apoyo de Mary.

—Por supuesto. Ha estado a mi lado siempre que la he necesitado, pero ahora está muy pendiente porque se siente culpable en parte; además, asume la responsabilidad que le corresponde. Es alentador poder contar con su apoyo tanto en las buenas como en las malas.

—Sigo insistiendo sobre algo que ya te comenté en Tosca; quizá tu verdadera felicidad se encuentre junto a esa mujer ¿por qué no intentáis mantener una relación convencional? Aunque tú creas que se rompería el encanto de vuestra magia, podría resultar lo contrario y convertirse en una fantástica experiencia.

—Me resulta impensable hacer de la rutina nuestra forma de vida.

—Pero si tan intensos son vuestros sentimientos, y sobre eso no tengo la menor duda, la convivencia puede convertirse en el mejor de los regalos.

—También cuenta su voluntad.

—¿Qué es lo que temes? Si la fuerza de vuestros sentimientos es tan real como haces creer, ella estará encantada de compartir cada momento del día contigo.

—Es difícil...

—Tampoco exageres, ella es una mujer y como tal deseará pasar el mayor tiempo posible con la persona a la que ama.

—Al igual que cada cual tiene sus propios gustos o simpatías, no todos amamos y sentimos de la misma manera. Algunos preferimos vivir momentos intensos antes que establecer una convivencia rutinaria.

—Me gustaría comprenderos, ¿cómo eran vuestros encuentros?

—¿Alguna vez has visto las estrellas sin tener que mirar al cielo?

—Creo haber visto algo parecido, pero quizá eran simples luces y no un cielo estrellado — susurré con cierta nostalgia, añorando a Spencer. Lo echaba tanto de menos...

—¿Y te imaginas descubrir en cada ocasión una estrella más luminosa que en la cita anterior?

—Debe ser increíble.

—Es maravilloso. Merece la pena haber vivido cada momento que hemos pasado juntos, a pesar de los riesgos, a pesar de las posibles consecuencias. Merece la pena habernos puesto uno en el camino del otro pese a todo.

Patrick seguía exployándose de una forma tan convincente que, hasta el más estricto seguidor de una moral conservadora, se hubiese enternecido.

—Guardo en mi memoria cada encuentro, que como puedes suponer, han sido muchos a lo largo de tanto tiempo. Puedo cerrar los ojos y recordar sin esfuerzo la suavidad de su piel, el olor de su cuerpo, el sabor de sus besos, el sonido de sus risas, la expresividad de sus gestos, el movimiento de sus caderas, las caricias de sus manos y su mirada cruzándose con la mía cuando estoy dentro de ella.

»No he olvidado nuestros encuentros de juventud, las eternas noches de fiesta, las veces que se nos hizo de día uno en los brazos del otro, la evolución personal y profesional de ambos, nuestros períodos de distanciamiento, los deseados reencuentros, las interminables conversaciones telefónicas, el desarrollo de vidas familiares propias, la inmensa compenetración afianzada a la par que la madurez se iba estableciendo en nuestras vidas. La atracción y la afinidad mutua han crecido en cada momento compartido.

Entre líneas, iba sacando mis propias conclusiones. Confirmé el hecho de que Mary también vivió en Nueva York en su juventud ya que compartieron múltiples y habituales noches de diversión, algunas de las cuales cuando ambos eran jóvenes; que Mary estaba casada o al menos contrajo matrimonio en algún momento de su vida; o vivió en pareja; quizá tuvo hijos ya que Patrick había hecho referencia al desarrollo de vidas familiares propias; que en algunas etapas se mantuvieron distanciados, sin duda por la evolución de las circunstancias personales de cada uno, y lo más importante: siempre volvían a encontrarse o quizá se buscaban conscientemente.

—Vuestra relación ha sobrevivido a todo lo que se ha puesto por delante.

—Efectivamente. Ha sobrevivido a la distancia física y geográfica, a vidas totalmente independientes y hasta a nuestros matrimonios.

Cerca de las dos de la madrugada, convine que era la hora ideal para finalizar la velada.

—Hemos pasado una noche muy agradable.

—Tienes la extraña virtud de hacerme hablar más de la cuenta —me respondió Patrick—. ¿Sabes que jamás hablo de Mary con la libertad con la que lo hago contigo?

—Quizá porque soy alguien ajeno a tu entorno habitual. A veces resulta más fácil hablar con ellos que con los más cercanos.

—Eso es muy cierto.

—Además, tengo el privilegio de ser lectora, aunque sea por casualidad, de vuestras letras de amor; sin olvidar que, por encima de debates éticos, respeto vuestra relación. Supongo que tantas circunstancias favorables son las que te liberan.

—Será como tú dices.

—¿Algún día te atreverás al fin a revelar su nombre?

—Eso ya lo sabes, ¡Mary! —Sonrió pícaramente, como el niño que acaba de cometer una travesura y es consciente de ello.

—Hay que tener mucho cuidado contigo, no pasas ni una. Sabes bien a lo que me refiero, hablo de su identidad.

—Nunca se sabe... Por cierto, eres conocedora de una parte de mi vida insospechada para la mayoría, pero nunca me has contado nada acerca de ti. Eso es injusto: para dar hay que recibir y viceversa.

—¿Qué le puede interesar a un señor como tú acerca de la aburrida existencia de una chica como yo?

—Pues supongo que todo.

—Hasta este momento mi vida se ha resumido en estudiar, ir a la universidad y buscar mi primer trabajo. Ahora intento aprender a ser una buena profesional. Nada de grandes viñedos ni bodegas repartidos por el mundo, negocios inmobiliarios, propiedad de hoteles de lujo en enclaves de ensueño, invitaciones a las fiestas más exclusivas o reuniones con los círculos de poder. Ni por descontado amores ocultos y pasiones prohibidas.

—Algo tendrás que contar.

—Nada comparable a tu vida.

—Te doblo la edad, cuando alcances mis años te aseguro que habrás llevado una trayectoria incluso más interesante que la mía. Intuyo que eres aventurera.

—No te equivocas.

—Aunque creas lo contrario, sí me interesa la vida de los demás.

—Lo disimulas bien...

—En tu caso, es casi una obligación hablarme de ti, al menos como compensación a todo lo que sabes sobre mí. Como ya son las dos de la madrugada y mañana hay que trabajar, deberé proponer yo otra cena cuyo principal tema de conversación sea la abogada Amber Andersen.

—Ya veremos. Aunque siempre es grata y enriquecedora tu compañía. —Fue mi escueta respuesta.

—Si he de serte sincero, no esperes que yo cocine porque no lo he hecho en mi vida. Puedes elegir el restaurante que prefieras, en cualquier ciudad del mundo. Pero por favor, no me pidas que me meta en la cocina.

—Pues no sé, la propuesta es tentadora, ¿por cuál de las opciones que planteas debo decantarme? Que tú me invites a cualquier sitio carísimo y elegante no tiene ningún mérito; que te metas en una cocina con delantal y cucharón en mano, debe constituir todo un acontecimiento.

—Amber, esa opción es imposible.

—No es necesario que prepares delicatessen, con una hamburguesa y unas patatas fritas me vale. Lo que cuenta es la intención y el esfuerzo. —Yo bromeaba, pero Patrick no captó la indirecta y de repente se encontró ante un serio apuro.

—Cualquier sitio, París, Londres, la luna si es necesario...

—Está bien, Patrick, no te haré pasar por el tormento de freír unas simples patatas, tu cara de verdadera desesperación me convence.

Lo mejor de la situación fue comprobar que hasta al más implacable de los hombres, se le puede poner contra las cuerdas. Y además con algo simple, con situaciones cotidianas a las que cualquiera se enfrenta a diario. Así que esa noche corroboré una obviedad: por encima de estatus y otras frivolidades, todos somos humanos y estamos repletos de limitaciones.

—Dejo a tu elección el día y el sitio —continuó.

—Ahora ya nos vamos entendiendo...

—Pero te advierto que me gusta la sencillez y la buena comida.

—Precisamente porque te gusta comer bien, es aconsejable que me mantenga muuuuuy alejado de los fogones —comentó ya en un tono más relajado.

—Pues que sepas que te has librado solo por esta vez. No descartes que vuelva a insistir.

—Gracias por todo, Amber.

—¿Gracias por qué?

—Por escuchar y atender mis peticiones, por ser mi intermediaria con Rosemary, aunque el cumplimiento de mis deseos se esté demorando, al menos de momento —no se daba por vencido — y por la exquisita cena que tú sí has sabido cocinar con maestría.

—Tampoco tanto... Lo cierto es que tengo que confesarte que no soy muy habilidosa en la cocina.

—Pues esta noche has superado la prueba. Pero lo más importante es que has conseguido que en tu compañía me aleje de la rigidez del mundo en el que me muevo. La frescura de tu juventud es gratificante para mí. Sobre todo en estos momentos complicados.

Decía esto, mientras rodeando mi cintura con su brazo izquierdo, le acompañaba hasta la puerta. Hubiese preferido evitar cualquier contacto físico con él, porque era como recrearte con un delicioso postre de chocolate en la vitrina de una pastelería y no tener dinero para comprarlo. Lo miras, te ilusionas, se te hace la boca agua, imaginas que sabor tendrá mientras se deshace en tu paladar, pero a la hora de la verdad, allí permanece, al otro lado del cristal.

Cuando al fin se marchó, en cierto modo sentí alivio. ¿Admiración o deseo? Creía que lo primero, aunque no estaba del todo segura. Me preguntaba si Patrick me hubiese impactado tanto de haberlo conocido cuando mi relación con Spencer estaba en su punto más álgido, cuando descubrí el significado de la palabra amor, cuando nuestra compenetración nos hacía parecer una sola persona.

Recordaba que a lo largo de aquella etapa yo tenía la firme convicción de haber rechazado al mismísimo Diablo si se hubiese cruzado en mi camino... Era tal nuestra unión, que no hubiese dudado en apartar de mi lado cualquier cosa que hiciese tambalear lo construido con tanto cariño, pasión y dedicación mutua; hubiese ignorado al hombre más admirado del planeta para seguir junto al que verdaderamente me hacía feliz.

Pero siendo sincera, en aquella época yo no conocía a nadie que pudiese despertar tanto mi curiosidad ni me hiciese cuestionarme tantas cosas. Ahora, después de tratar a Patrick se desvanecían certezas que se habían mantenido inquebrantables durante mucho tiempo.

¿Me habría llamado tanto la atención Patrick de haber permanecido yo al lado de Spencer? Eso era algo que nunca llegaría a saber; como tampoco averiguaría si la intensidad de mis sentimientos hacia él hubiese sido tan fuerte con el paso del tiempo. Quizá nuestro amor se hubiese desgastado o, por el contrario, engrandecido con los años. Pero se trataba de simples conjeturas, hipótesis que nunca llegarían a ser probadas porque él ya no estaba a mi lado.

La luz del amanecer comenzaba a colarse por mi ventana, cuando pude conciliar el sueño por primera vez, tras largas horas en vela. Mis últimos razonamientos de aquella agitada noche fueron encaminados hacia la sensatez y la prudencia.

De mis cenas personales con Patrick, de momento, ni una palabra en el bufete, y estaba por ver si contaría algo a mis amigas más íntimas. Sería mejor evitar levantar suspicacias, comentarios malintencionados, e incluso, críticas sin fundamento.

III PARTE

Viajar hasta Mallorca

Capítulo VII

Confesiones de madrugada

Rosemary decidió que la mejor manera de aclarar sus ideas, reflexionar sobre su decisión definitiva y tomarse un tiempo para sí misma, era alejarse de Manhattan y de los Los Hamptons; en definitiva, de las residencias habituales de la familia. Para ello y con la excusa de visitar las bodegas y los viñedos que los Mountbatten poseían en Francia, España e Italia, se embarcó en un largo viaje por Europa.

De esta manera no tuvo que dar explicaciones a sus hijos por su ausencia; ellos desconocían la grave crisis que estaban atravesando sus padres: Patrick y Rosemary habían acordado que solo se lo comunicarían en caso de que la separación fuese oficial. Edward, Alice y toda la sociedad de Manhattan creían que había emprendido un viaje en el que la supervisión de los intereses de la familia se mezclaría con momentos de placer en los rincones más apetecibles del Viejo Continente.

El viaje se alargó más de lo previsto porque ella recaló en Mallorca al comenzar el verano. Era un destino por el que sintió un flechazo absoluto desde la primera vez que lo pisó, hacía ya unos años. Estaba muy satisfecha con su visita a Borgoña, Burdeos y la Toscana. Las cosechas de los últimos años habían dado unos vinos excelentes y los compradores cada vez demandaban más las etiquetas de los vinos Mountbatten. El negocio crecía a un ritmo extraordinario y los entendidos le habían aconsejado comprar terrenos en Chile y en Sudáfrica, dos regiones vinícolas en alza en las que tenían que tener presencia.

Rosemary había revisado meticulosamente el estado de los cultivos y se había interesado por unos terrenos adyacentes a sus tierras de Burdeos que estaban a la venta. También se había reunido con sus empleados y los principales clientes y había organizado en la Toscana un fabuloso baile para agasajarlos que había bautizado como Fiesta de la Uva. Con el tiempo se replicarían en todas las bodegas Mountbatten y llegarían a convertirse en algunas de las celebraciones más representativas de la alta sociedad internacional.

La última parada de su tour europeo había sido Jerez. El balance había sido tan satisfactorio como en el resto de sus bodegas europeas y las previsiones para el año siguiente era todavía más optimistas. Fue allí, en el sur de España, cuando cayó en la cuenta de que había estado tan concentrada en asuntos laborales que apenas se había parado a pensar cómo afrontar su futuro con Patrick.

Entonces se acordó de su viejo amigo Oliver, un aristócrata a quienes todos conocían por su

título nobiliario: el marqués de Gadea. Era una auténtica celebridad entre la jet set del continente. Un hombre instruido, culto, de modales distinguidos, educación exquisita, excelente anfitrión, amante del arte y de las relaciones sociales al que ella tenía un afecto sincero desde su juventud. Él vivía en España durante todo el año, aunque en verano trasladaba su residencia a la isla de Mallorca, uno de los refugios estivales preferidos de la alta sociedad europea y el lugar elegido por la Familia Real española para veranear.

Oliver tenía una fabulosa villa con vistas al Mediterráneo llamada Mar de Cristal, y Rosemary pensó que podía ser el lugar perfecto para pasar un par de semanas y reflexionar sobre su futuro. Era uno de esos lugares en los que te sientes plena, liberada y en paz contigo misma; de esos sitios especiales de los que te cuesta regresar. Lo que ella desconocía por completo cuando subió en Jerez a su vuelo con rumbo a la isla balear, es que iba a permanecer allí durante varios meses.

* * *

—Hola, buenos días.

—¿Eres Rosemary?

—Sí, soy yo. He tardado en responder desde que me avisaron de la llamada porque estaba fuera, disfrutando del magnífico sol mediterráneo. ¿Quién eres?

—Pero, pero..., Rosemary... ¡Soy Amber!

—¡Ay, perdona! ¿Qué tal estás? ¡Vaya sorpresa más agradable! Me alegra escuchar tu voz.

—A mí también la tuya. ¿Cómo estás?

—Mucho mejor que la última vez que me viste en Nueva York. Eso te lo puedo asegurar.

—Supongo que Mallorca es un lugar perfecto para sentirse feliz.

—Desde luego que lo es... ¿Conoces la isla?

—Me encantaría, pero nunca he tenido la oportunidad de visitarla.

—Se me ocurre una idea, estás invitada a pasar aquí unos días. Vente con alguien del bufete. Esto es un sitio precioso, cualquiera que pasa por aquí suspira por volver.

—Eso es muy tentador, Rosemary...

—A vosotros os vendrían bien unos días de relax lejos de Manhattan y su estrés; y para mí, además de disfrutar de vuestra agradable compañía, sería una forma de agradecer vuestra dedicación y la exquisita atención que me habéis prestado. ¿Qué te parece?

Al principio me pilló de sorpresa la amable invitación de Rosemary, pero enseguida me di cuenta de que se ese tipo de ofrecimientos no se reciben todos los días.

—¿Estás convencida de tu invitación? —Quise cerciorarme de que su proposición era algo más que una mera cortesía.

—Es un ofrecimiento sincero, Amber. Os podéis alojar en la villa de un gran amigo, el marqués de Gadea, que es donde yo estoy residiendo. Su casa es enorme y hay sitio para mucha gente. A él le encanta recibir visitas y siente fascinación por los neoyorquinos.

—Me lo estás poniendo muy difícil para decir que no.

—Os ofrezco tranquilidad, desconexión, la mejor comida del mundo y unos días apartados del ruido, las aglomeraciones, las togas y los contenciosos.

—Tengo unos días de vacaciones en breve, y sinceramente, no tengo ningún plan.

—Será estupendo disfrutar de vuestra compañía ¿Querréis venir, Amber?

—De acuerdo, Rosemary; viajaré a España durante cinco o seis días. ¡Será todo un placer! ¿Pero tu amigo nos recibirá sin más?

—Le encanta conocer a gente nueva y alojarla en su casa. Es cosmopolita y hospitalario. Entre sus muros ha acogido a invitados heterogéneos de los cinco continentes. Y él me adora.

—De acuerdo, no se hable más.

—Has tomado una excelente decisión. También puede venir alguien más del bufete si lo desea.

—Voy a proponerlo, es posible que también quiera apuntarse.

—No os vais a arrepentir, la casa es un sitio ideal para el descanso y el lugar donde se ubica es de ensueño. Además, Oliver tiene una cocinera que hace unos platos tan deliciosos que te olvidas de las calorías y sigues mojando pan hasta dejar la vajilla reluciente.

—Me lo estás poniendo taaaaaaan fácil...

—Pues espero tus noticias. ¡Vamos, comienza a mirar billetes! Estás tardando...

—Está bien, te dejo. A lo largo de esta semana tendrás nuestra respuesta definitiva acerca de la fecha de llegada. Un abrazo y un millón de gracias, Rosemary.

Sorprendida por su amable ofrecimiento, no dudé en aceptar la invitación de pasar unos días en casa de un marqués desconocido y en una isla que tenía tantas ganas de conocer al otro lado del Atlántico. El plan sonaba exótico y cosmopolita. Pero además de descansar en un idílico lugar con una compañía tan apetecible, era buena idea desconectar después de unas semanas de trabajo intenso y no podía haber escogido mejor sitio para llevar a la práctica tantas intenciones.

Katy accedió a hacer el viaje conmigo. Al principio le costó decidirse alegando que la que más

trato había tenido con Rosemary era yo, del mismo modo que a mí había sido a la persona que había formulado la invitación. Pero convencerla no resultó difícil. Le hice ver que ella había insistido y que, en aquellos momentos, esa mujer necesitaba gente a su alrededor constantemente, mostrándole cariño y afecto, debiendo sentir alegría para contagiarse de ella y complicidad para subir su autoestima. La belleza de la isla y lo sugerente que sonaba alojarse en la mansión de un marqués español, hicieron el resto.

Teníamos varios días de vacaciones en julio y decidimos que era un buen momento para viajar a España. La fecha escogida para visitar a Rosemary fue desde un miércoles a un domingo; no teníamos la suficiente confianza para abusar por más tiempo de la hospitalidad de un desconocido y de la gentil invitación de nuestra cliente.

Dos días antes de mi partida llamé a Patrick. Consideré justo, casi una obligación, comunicarle que iba a pasar unos días en Mallorca invitada por su mujer. Tampoco había vuelto a tener noticias suyas desde la cena en mi casa, lo cual me había molestado un poquito dada su aparente predisposición por invitarme a cenar. Pero a Patrick sí le comprendía. Yo solamente era una pieza de su estrategia; estaba intentado una reconciliación con su esposa y su abogada le servía como nexo de enlace. Punto. Cuando ella decidió pasar unos meses en Europa, nada más tenía en común con una chica inexperta en todos los sentidos y veintitantos años más joven que él.

—Buenos días, Patrick, quizá ya no recuerdes ni mi nombre —No dejé de lado la ironía al saludarlo.

—Te equivocas, no solo me acuerdo de tu nombre, sino que a menudo hago lo propio con la portadora de tan bonita forma de ser llamada. ¿Nunca te he dicho que Amber es uno de mis nombres femeninos favoritos?

—Tienes buena oratoria y sabes cómo agradar, pero a mí no me impresionan las palabras aduladoras sino las acciones de las personas.

—No pretendo impresionarte, simplemente te hago partícipe de mis pensamientos y eso no me lo puedes recriminar. ¿O sí?

—Muy bien, Patrick, tú ganas... El debate lo dominas.

—Qué remedio. Llevo ya muchos años dando la batalla.

—Te llamo para comunicarte que pasaré unos días en Mallorca junto a Rosemary. Ella nos ha invitado a mí y a otra compañera del bufete.

—¿Me estás pidiendo permiso?

—Por supuesto que no, simplemente prefiero que te enteres por mí a que lo hagas por terceras personas.

—¡Oh, disculpa! He sido un poco insolente.

—Disculpado.

—¿Conoces la isla?

—Será mi primera vez.

—Te encantará, es un lugar idílico. Además, Rosemary hará que os sintáis como unas reinas. Por cierto ¿qué tal está?

—Parecía mucho más animada que la última vez que nos vimos.

—Creo que este viaje a Europa ha sido una buena idea. Ha hecho un excelente trabajo en las bodegas y ahora lo está pasando de maravilla en casa de Oliver, un viejo amigo de su familia. Un hombre excéntrico y peculiar, pero al que respeto y en cierta manera hasta admiro. ¿Crees que ella ya me ha perdonado y que en breve estará dispuesta a que por fin nos reencontremos?

—Sinceramente no creo que termine por perdonarte del todo nunca. —Fue mi respuesta.

—Tampoco es para tanto, no he cometido ningún asesinato.

—¿Cómo te sentirías tú en tu situación? Tengo la sensación de que en el fondo piensas que solo has hecho una pequeña travesura....

—¿Me vas a reñir? Creía que eras una de las pocas personas que me entendía.

—Que admire vuestra valentía, que envidie esa pasión, casi devoción me atrevería a decir, que respete a las personas que se atreven a vivir su vida tal y como la sienten, no significa que justifique el engaño y la traición. Lo que ocurre es que yo jamás os criticaré o me atreveré a juzgar la elección en la forma de vida que cada cual quiere elegir; y por supuesto, ni soy ejemplo de ética para nadie ni pretendo inmiscuirme en moralidades ajenas.

—¡Qué bien hablas, Amber! ¿Te seduce la idea de convencer a las masas? Podrías ser una buena congresista.

—Ufff, eso son palabras mayores. A mí lo que me gusta, de momento, son los juzgados y los litigios y de momento lo único a lo que aspiro es llegar a ser una buena abogada.

—No tengo la menor duda que lo conseguirás.

Reímos juntos consiguiendo suavizar una conversación que había comenzado agitada sin desearlo ninguno de los dos.

—¿Cuándo te marchas a España?

—Nuestro vuelo sale el martes. Llegaremos el miércoles y estaremos solo hasta el domingo; no quiero abusar de la buena voluntad del amigo de Rosemary que nos alojará en su villa.

—El marqués de Gadea es fantástico. Todo un personaje, pero a su lado es imposible aburrirse. Y es muy culto y polifacético.

—Lo mismo me ha asegurado Rosemary.

—Pero os quedáis pocos días...

—Es una simple escapada, si nos gusta demasiado siempre queda la opción de repetir.

—Os va a encantar la casa. La he visitado en varias ocasiones junto a mi mujer —la seguía llamando así—. Oliver tiene un gusto exquisito y consiguió recrearse con la decoración y los detalles; pero lo mejor es el paraje en el que está ubicada, un acantilado de difícil acceso, con unas espectaculares vistas de la costa y unos jardines en los que crecen todo tipo de árboles y flores mediterráneas.

—No me sigas contando más, prefiero que sea una sorpresa.

—Cuando vuelvas tenemos una cena pendiente ¿recuerdas?

—El que parece haber olvidado dicha cena eres tú; a ti te correspondía la invitación y no la has llevado a la práctica habiendo tenido tiempo suficiente para hacerlo.

—Aunque no te lo creas estas últimas semanas no he tenido tiempo para nada.

—La típica vulgar excusa. Te considero con capacidad para inventar algo más creíble.

—No tengo nada que inventar porque es la verdad. He pasado dos semanas en el extranjero por motivos de trabajo; a mi vuelta tenía asuntos pendientes de máxima urgencia. Y la subasta de un inmueble que quiero adquirir me tiene absorbido. Si te invito una noche es para disponer del tiempo, para tener la cabeza totalmente despejada.

—Tú cabeza da para mucho: eres Patrick Mountbatten...

—Pero no me apetece desperdiciar lo que será una magnífica velada por estar preocupado por otros asuntos. Los buenos momentos de la vida hay que disfrutarlos sin prisa, recreándote en cada detalle, en cada sensación. Me agrada tu compañía y por eso me gusta dedicarte la atención que mereces. Ya llegará nuestro momento.

Quizá solo fuese una forma de llevarme a su terreno, pero escuchar de su boca que mi compañía le agradaba, me hacía ilusión. Seguramente estaba pecando de ingenua —una vez más— creyendo las palabras de un hombre, que cuando quiere conseguir algo, no para hasta conseguirlo.

—Como quieras Patrick, estaré encantada de recordarte estas palabras cuando transcurridos unos días desde mi vuelta no hayas cumplido tu promesa. Y suerte con la subasta. Seguro que consigues ese inmueble por el que vas a pujar.

En esta ocasión sabía que no iba a ser necesario que yo le recordase nada porque Patrick llamaría tan pronto como regresase. Para entonces yo traería noticias de su esposa y él no iba a desaprovechar una ocasión como aquella para obtener información de primera mano.

* * *

Cuando divisé Mar de Cristal, que así se llamaba la villa del aristócrata español, quedé impresionada. Aunque la casa no tenía las dimensiones de una gran mansión, la situación privilegiada en la que estaba enclavada le hacía parecer majestuosa. Se encontraba rodeada por el mar Mediterráneo desde todos los ángulos y suspendida sobre un acantilado cuyo perfil dibujaba caprichosas figuras; en esas rocas que la sostenían desde muchos metros más abajo rompían continuamente las olas formando blancas nubes de espuma y sal.

Iba observando todo con gran detalle a través de las ventanillas porque Rosemary había enviado a un chófer al aeropuerto para recogerlos. El camino de acceso era complicado, rodeado de pinos y cipreses, con interminables y peligrosas curvas que obligaban a conducir con excesiva precaución, pero a cada curva tomada, la vista era más sorprendente por la cercanía que íbamos adquiriendo con el final del acantilado y el vacío que producía su salida al mar.

La verja que daba acceso a Mar de Cristal era de sencilla forja, la construcción de líneas muy simples, pero el contraste entre la abundante vegetación de los jardines con el blanco de la fachada y el azul que proporcionaban las interminables vistas del Mediterráneo, resultaba impactante.

En el preciso momento en que divisé desde el punto más alto del acantilado el mar que se extendía decenas de metros más abajo, comprendí el nombre de Mar de Cristal. Aguas transparentes, cristalinas, que permitían disfrutar desde una distancia tan considerable el fondo rocoso que cobijaban. Realmente la pureza de esas aguas se asemejaba a la de un cristal azul. Aunque luego me enteré que ese nombre obedecía a un motivo más sentimental: guardaba relación con la mujer que fue el gran amor del marqués de Gadea.

Naranjos, limoneros y diversas variedades de plantas y arbustos en flor alegraban la vista y adornaban el amplio jardín con mil colores. Frondosos árboles, entre los que destacaba un olivo centenario, rodeaban la villa desde todos los rincones; tenía la sensación de estar pisando un pequeño vergel de los que se describen en los cuentos.

Rosemary nos estaba esperando sonriente en el porche principal. El tono moreno de su piel le daba muy buen aspecto. Lucía un llamativo turbante a juego con un amplio caftán de gasa color turquesa rematado con pedrería que dejaba al descubierto gran parte de sus piernas. La vida al aire libre le sentaba bien. Nunca la había visto tan guapa. Tras besarnos y responder las consabidas preguntas acerca del viaje, no pude evitar el siguiente comentario.

—¿Eres consciente de la suerte que tienes por poder disfrutar de un sitio como este?

—¿Entiendes ahora mi empeño por insistir en que vinieseis?

—Por supuesto que lo entiendo; es el típico lugar con el que sueñas cuando eres pequeña, anhelando poder conseguirlo algún día, cuando te hagas mayor. Es lo suficientemente espectacular para impresionar sin llegar a ser ostentoso.

—¿Y tú qué piensas, Katy? —me dirigí a ella porque no había articulado palabra en muchos minutos, únicamente se limitaba a mover la cabeza en una y otra dirección con los ojos bien abiertos.

—Pues que he acertado de pleno al decidirme a venir.

—Supongo que os apetecerá una ducha, dejar las maletas y poneros el traje de baño, ¿verdad?

—¡Desde luego!

—Vamos, os acompaño a vuestras habitaciones.

—¿Y el marqués? Me gustaría agradecerle antes que nada su hospitalidad personalmente.

—¡Ay! Se me olvidó decirles que vamos a estar solas estos días. Oliver se ha marchado a Montecarlo.

—¿A Montecarlo?

—Sí, este fin de semana se celebra el Baile de la Cruz Roja en el Principado y es un habitual a esa gala desde hace años. Mantiene una relación excelente con la familia Grimaldi, especialmente con Rainiero. Se conocen desde antes de su boda con Grace.

El interior de la casa era diáfano, luminoso. La decoración sencilla, en tonos pastel; la madera estaba presente en todos los techos, puertas y ventanas. La entrada del porche daba acceso al salón principal, espacioso, amplio, con un techo de gran altura en que destacaban los grandes ventanales que mostraban impresionantes vistas de la costa.

Las escaleras que ascendían a la primera planta eran de diseño y las habitaciones de invitados, eran las primeras del pasillo, dos a cada lado. Disponían de cama con dosel, cuarto de baño de mármol blanco y una pequeña terraza individual con increíbles vistas; en la terraza había una mesa rodeada de sillones de mimbre decorada con mullidos cojines y una tumbona de rafia.

La villa no contaba con excesivos adornos, la decoración era muy sobria, pero los escasos complementos eran de una calidad y un gusto exquisito; el mármol, marfil y las maderas nobles constituían la nota predominante. Así como obras de arte clásicas y contemporáneas estratégicamente situadas.

—Me quiero quedar a vivir aquí —me dijo Katy

—Y yo me quedo contigo. Me arrepiento de haber comprado el billete de vuelta para el domingo, nos deberíamos haber quedado al menos una semana entera.

Cuando miré hacia abajo desde mi terraza privada, me aguardaba aún otra sorpresa. Justo debajo estaba la piscina que no era visible desde la entrada principal porque se encontraba en la parte posterior de la casa. Contaba con dos niveles que propiciaban la formación de una pequeña cascada y desde arriba se advertía el mosaico que cubría el fondo, impresionante, con imágenes mitológicas y llamativos colores.

La rodeaban esculturas clásicas de mármol, con su característico color blanco, consiguiendo de esta forma no desentonar con el resto del entorno. Respiré profundamente la brisa marina y me sentí plena. Un lugar así incitaba a amar y ser amado. Y a ser libre. Me sobresaltó la voz de Katy.

—¿Pero todavía estás así? —Escuché un grito y dirigí mi vista hacia ella.

Cuando me di la vuelta la vi sonriente, recién salida de la ducha y con el bikini y el pareo puestos.

—No has perdido el tiempo, ¡qué rapidez!

—Lo que no me explico es qué has estado haciendo durante todos estos minutos.

—Simplemente mirar desde la terraza y volar...

—¿Y dónde te llevaron los pensamientos?

—A escenas escabrosas y a historias prohibidas.

—Venga, deja de soñar. Cámbiate y vamos a disfrutar cada segundo de este ambiente único y de esta hermosa isla.

—Tienes razón. Me ducho en un minuto y bajamos.

Rosemary nos había preparado una deliciosa bebida, mezcla de varios zumos de frutas exóticas, con albahaca, unas gotas de tequila y mucho hielo. Aunque los ingredientes me parecieron extravagantes, el sabor era increíble y muy refrescante. Las tres nos sentamos en unos cómodos sillones situados en el porche exterior. Estaba atardeciendo y mientras observábamos el panorama de luces que se formaba en el horizonte, iniciamos una distendida charla que se prolongó hasta bien entrada la madrugada.

—¿Cómo te has encontrado durante estas últimas semanas, Rosemary?

—Mejor de lo que pensaba. Los primeros días en Europa fueron tan duros que creí que iba a tirar la toalla. Cada una de nuestras bodegas de Borgoña, Burdeos, Toscana y Jerez me traían tantos recuerdos, que no los podía soportar.

—Eso es normal. Supongo que siempre las habías visitado con Patrick.

—Así es. Aunque enseguida muy estuve ocupada supervisando las viñas, los planes de negocio, los nuevos lanzamientos y atendiendo a proveedores y clientes. Durante los cuatro primeros meses desde mi partida de Nueva York el trabajo lo ocupó todo, aunque no lograba que Patrick pasase a un segundo plano en mi cabeza. Pero Mallorca supuso el punto de inflexión: vida social, diversión, despreocupación y ganas de mostrar al mundo la mejor versión de Rosemary Borgia. He conocido, entrado y salido con todo tipo de gente: celebridades, políticos, aristócratas, socialités, deportistas... A algunos de ellos incluso los vais a poder conocer en los próximos días.

—¿En serio? Eso suena fenomenal.

—Alguna sorpresa y alguna que otra fiesta os tengo preparadas...

—Sabes que los medios nos han ido mostrando tus pasos desde que llegaste a la isla, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Lo mejor ha sido la portada de la revista SEMANA. Estabas realmente impresionante — señaló Katy mientras disfrutaba de la bebida.

—Cuando me lo propusieron dudé, la verdad. Pero luego pensé que era una buena oportunidad para promocionar por todo lo alto nuestros vinos de Jerez. También de volver a sentirme una mujer deseable, plena, elegante. Y viva, muy viva.

—Pues lo conseguiste de pleno. Las fotografías —que obviamente llegaron a los salones de Nueva York y fueron comentadas por todos— eran espectaculares.

—Si han tanto dado tanto que hablar en la Costa Este, todavía me alegra más haber aceptado esa portada.

—¿Has pensado qué hacer? ¿Cuándo volver?

—De momento no me lo he planteado, aunque mis hijos ya comienzan a preguntar y sospechar. Jamás había estado tanto tiempo alejada de la ciudad y de la familia. Mi hija Alice ya me ha preguntado varias veces si su padre y yo estamos atravesando problemas.

—¿Y qué le has respondido?

—De momento evasivas, pero ella no es tonta.

—¿Y qué hay acerca de tus futuras ocupaciones? ¿Has tenido tiempo de pensarlo?

—Me gustaría desarrollar aficiones que he tenido desde la juventud, pero dado el tipo de vida que llevaba al lado de Patrick, ha resultado imposible. Siempre me gustó pintar y no se me daba nada mal, pero el ajetreo diario junto a mi marido y las obligaciones y compromisos sociales de los Mountbatten, me impidieron centrarme más en mí misma. Aunque como acudir a eventos y compromisos sociales va a ser una constante en mi vida, prefiero organizarlos yo de ahora en adelante. Ser la anfitriona en vez de tener que acudir como invitada.

—Lo harías muy bien.

—Debo reconocer que se me dan muy bien las relaciones públicas. Las he tenido que ejercer sin tregua desde que me casé con Patrick. Quizá ahora debería focalizar esa habilidad para mantener mi propia agenda.

—¿Lo echas de menos?

—Más de lo que se merece. Estoy tan furiosa con él que a veces pienso cosas horribles, como

que no sentiría ni su muerte. Fíjate que barbaridad. Pero cada día que transcurre se afianza la certeza de que jamás podrá ser sustituido por completo en mi corazón.

—¿Le has perdonado?

—Todavía no puedo perdonarlo, pero olvidarle es imposible. Desde que estoy en Europa no dejo de recordar sus besos y caricias, sus palabras, su compañía e incluso sus defectos: resumiendo, su presencia.

—Vaya, parece que la ira y el despecho te los dejaste en Manhattan.

—Eso creo yo también. Últimamente cualquier cosa que hago me recuerda a él.

—¿A qué te refieres?

—A cuando paseo y me cruzo con un hombre que usa su mismo perfume; cuando degusto cualquier comida que sé que es de su agrado; cuando me cruzo con coches que se parecen a los suyos; cuando me recreo con las puestas de sol que antaño contemplábamos juntos; cuando leo noticias relacionadas con los negocios de la familia... Podría seguir hablando hasta el amanecer y no acabaría de contar todo aquello que me trae a Patrick a mi mente.

—¿Crees que lo superarás?

—Tengo la esperanza de rehacer mi vida sin depender afectivamente de él, pero ahora dudo de que yo realmente quiera romper mi familia. Aunque la amargura de saber que él adoraba a otra mientras yo me desvivía por su felicidad, sigue latente.

—También él te adoraba y te sigue adorando a ti...

—Lo sé. Y eso lo hace todo más difícil.

—¿Qué opinas de ella? —preguntó Katy que hasta el momento había estado poco participativa, pero que cuando lo hizo fue directa al grano, planteando abiertamente una pregunta que a mí me estaba costando sacar a relucir.

—No la culpo de todo, porque ambos son responsables de sus actos y por tanto culpables de las consecuencias. No soy tan tonta para pensar que ella es la embaucadora y Patrick el seducido, que ella se lo puso en bandeja y él cayó en la trampa; esa vieja historia es muy ventajosa para los hombres e injusta para las mujeres.

—Estoy totalmente de acuerdo, Rosemary.

—Algo que ha permanecido latente durante tanto tiempo requiere compromiso, sentimientos mutuos y ganas por ambas partes. Tan culpable es el uno como el otro. La diferencia es que a Patrick ha sido mi marido durante media vida y ella es una desconocida para mí, por lo que a la que detesto es a ella.

—Es lógico y humano.

—Desgraciadamente, así es.

—¿Y qué opináis del papel de las mujeres que ejercen de amantes? Bueno, y de los hombres... Pero como el caso del que hablamos lo protagoniza por una mujer, centrémonos en ellas.

—Supongo que no se puede —ni se debe— generalizar —respondió Rosemary secamente.

—Eso es cierto —respondí—. Habrá mujeres que son víctimas de hombres sin escrúpulos que les prometen cosas que luego incumplen y les engañan con historias de infelicidad en sus relaciones; ellas pacientemente esperan algo que nunca llega porque se han enamorado. Pero existirán mujeres que tienen plena conciencia de lo que hacen y quizá solo quieran a ese hombre comprometido para una parte de su vida, no para compartir la vida con él.

—¿Y cómo serán los amantes del futuro?

—Buena pregunta...

—Yo encuentro este tema interesante, independientemente de que esté a favor o en contra de ello. En un matrimonio siempre se esperan contraprestaciones de la otra parte, obligaciones, existe la convicción de permanencia e incluso de pertenencia. En el otro tipo de relación se da y se recibe sin esperar nada a cambio; creo que tiene su parte hermosa y es generoso entregar lo mejor de ti porque lo sientes. Sin más.

—Eso es lo que me duele —murmuró Rosemary mirándome fijamente. En su expresión creí observar cierto reproche por mis palabras, pero recompuso su sonrisa al instante para continuar exponiendo el porqué.

—Se amaban porque sí, sin necesidad de esperarse por las noches, de acompañarse en los momentos de soledad, de tener un apoyo en los malos momentos, de un brazo al que aferrarse en las dificultades. Amo a mi marido, pero también recibía de él, apoyo, compañía y muchas más cosas que me compensaban. Dos personas que se mantienen juntas durante años, sin que reciban de la otra más que la satisfacción que les proporciona el verse o estar juntos, es porque han sabido crear un vínculo tan fuerte que incluso me provoca envidia: algo tan desinteresado tiene que ser verdadero.

—¿Y qué pasa por la cabeza de una mujer que sabe que existe otra? Quiero decir que tú estabas alejada de esta parte de la vida de Patrick, pero ella era conocedora de la realidad.

—Esa es otra de mis cruces. Yo no conocía realmente a mi marido, pero hay por el mundo otra mujer que lo sabe absolutamente todo de él. No sabéis la tristeza que eso puede llegar a producir.

Rosemary paró de hablar por un momento, mientras bebía y mantenía la vista fija y perdida hacia el mar. Tras unos breves instantes, como si los hubiese utilizado para pensar lo que iba a decir, contestó a la pregunta que yo había formulado.

—No puedo ponerme en el lugar de nadie. Mucho menos intentar ocupar la mente de quien ha usurpado (en cierta manera) mi lugar y de la persona culpable de que hoy me encuentre separada del único hombre al que he amado. Creo en la exclusividad del amor y no asimilo que alguien se

entregue a una persona sabiendo que dicha persona juró amor y fidelidad a otra.

—Desconocemos si esa mujer también tenía a alguien esperándola cuando llegaba a casa —comentó Katy.

Aunque yo sabía que Mary había estado o estaba casada, según revelación de Patrick, mantuve la discreción al respecto y continué dedicándome al tema que nos ocupaba. Mi idea sobre este tema es que existen otras formas de amar además de las comúnmente establecidas. Puede que para la gran mayoría de las personas lo que se aleja convencional sea tabú, pero otros pueden haber superado prejuicios y son capaces de vivir una vida según sus propias reglas y criterios. Aunque no sea comprensible para muchos, ellos han aceptado y entendido otra manera de sentir y vivir.

—¿Tú serías capaz de compartir un hombre con otra mujer? —me preguntó Katy sorprendida.

—Supongo que no, pero dependería en parte de lo que sienta por el hombre al que supuestamente voy a compartir y de las reglas que pongamos al juego en el que vamos a participar.

—Eso es muy complicado.

—Lo es. Pero si tuviese la certeza de que no manteniendo una relación con alguien me iba a perder una parte muy importante de mi vida, me lanzaría de cabeza a disfrutar de esa relación por muy irracional que pudiese llegar a ser. Si alguna vez me encuentro en una situación parecida, te contaré cuál va a ser mi forma de actuar. Lo que puedo afirmarte es que me saltaría las reglas sin pensarlo, en cualquier situación —no solo en el amor—, si ello fuese a proporcionarme momentos inolvidables.

—Yo me pierdo con tus argumentos. Creo entender que podrías tomar parte en una historia tan compleja si ese hombre no te importase lo suficiente como para llegar a perder la cabeza por él; entonces, Amber, ¿qué sentido tiene?

—La vida se compone de momentos, de vivencias, de experiencias. Para gozar de una vida completa es necesario aprovechar todas las oportunidades que se pongan en tu camino, disfrutar lo que desees, luchar por conseguir tus metas. Es posible que alguno de los mejores momentos de mi vida los consiguiese en compañía de un hombre con una vida ya trazada sin que eso suponga que la mía tenga que estar permanentemente a su lado. ¿Por qué renunciar a ello?

Comprendía que en los últimos minutos la conversación había derivado hacia Katy y hacia mí porque el tema no debía ser del agrado de Rosemary. Mis continuas alusiones a las posibles repercusiones positivas de relaciones entre personas anteriormente comprometidas o mi defensa a la posibilidad de escoger entre diferentes formas de amar, debían estar incomodándole. Decidí orientar la conversación de nuevo hacia un tema que la devolviese protagonismo, su propio divorcio.

—¿Te sientes capacitada para enfrentarte a ese cara a cara pendiente con Patrick? Llevas ya varios meses en Europa...

—Creo que todavía no ha llegado el momento. No estoy segura que sea lo mejor para mí ahora

que me estoy reencontrando como mujer. Aún lo quiero y su presencia me perturbaría.

—Pero en el fondo alguna parte dentro de ti deseará volver a verle.

—Ni siquiera hay que irse a buscar al fondo, Amber, porque permanece vivo en todo mi ser. Es el hombre al que amo y al que odio, por el que lloro y al que recuerdo, el que me ha traicionado y me ha regalado tantos momentos de felicidad, el que me ha humillado y el que me ha hecho sentirme mujer. Por él daría la vida mientras que él me ha arrancado la mejor parte de la mía. Demasiadas sensaciones encontradas, no estoy preparada aún.

—¿Pero crees que ese día llegará?

—¡Sin duda! Y cada día está más cerca. Solo necesito estar completamente segura de que ha llegado mi momento.

La noche era ya cerrada, pero no refrescaba en el porche. La conversación se desarrollaba de forma fluida y Rosemary no parecía sentir rechazo hacia mi insistente curiosidad, por lo que me aventuré a pronunciar a mentar su nombre.

—Rosemary, ¿no sospechas quién es Mary?

—No se me ocurre nadie, al menos con ese nombre.

—Luego conoces la existencia de alguna mujer a la que consideras idónea para haber tenido alguna aventura con tu esposo. Sabes que ese nombre puede ser una tapadera, un mote.

—En cualquier momento de nuestra vida en común han rodeado a Patrick mujeres hermosas, algunas de las cuales mostraban sus intenciones sin ningún tipo de disimulo. Aunque a mí me disgustaba tanto halago a su alrededor —interesado, obviamente—, sabía que ese tipo de mujeres nunca calaría en él.

—¿Y colaboradoras cercanas? —Me interesé.

—Él ha tenido numerosas colaboradoras, pero en determinadas etapas puntuales, para proyectos concretos; a la finalización de los mismos cada cual continuaba con su trayectoria. Ninguna de las mujeres que haya mantenido una relación profesional con Patrick coincide remotamente con lo que sabemos de Mary. También he repasado más de mil veces nuestro círculo de amistades, pero nadie encaja.

—¿Realmente no tienes ninguna candidata?

—Aunque no lo creas, Amber, la primera interesada en averiguar su identidad soy yo. Quiero saber cómo es. ¿Cuántas veces en estas últimas semanas me habré descubierto pensando en si ella es más bonita, más elegante, mejor conversadora, más divertida, mejor amante? ¿Cuántas veces no habré imaginado su rostro o su estilo, basado en los gustos y preferencias de mi marido? Me atormenta la idea de pensar que ella es mejor que yo.

Ante este comentario, Katy, visiblemente indignada, interrumpió a Rosemary.

—Es inaudito lo estúpidas que podemos llegar a ser a veces. Amamos sin límites ni reservas; perdonamos más de lo que debemos; esa persona a la que hemos adorado nos engaña. Y nosotras injustamente nos creemos culpables de su error. Es él quien ha fallado, el único responsable de un comportamiento decepcionante, no tú. Somos muy duras con nosotras mismas.

Había mucha razón en la reivindicación de Katy, de igual modo que en el razonamiento posterior de Rosemary.

—Tu indignación es comprensible, Katy, pero la curiosidad humana no tiene límites, al igual que su predisposición a las comparaciones.

—¿Qué quieres decir?

—Que una ruptura siempre es dolorosa, tanto en un matrimonio de veinte, treinta o cuarenta años como en una breve, aunque intensa relación, cada una en su justa medida. Vosotras, aunque jóvenes, habréis pasado ya por el trance de una ruptura. Cuando vuestra pareja ha vuelto a rehacer su vida al lado de otra persona, os moráis de ganas por saber de ella, de su cara, de su personalidad, su modo de actuar, de hablar, de vestir.

—Eso es cierto...

—Y en el momento en que habéis estado frente a esa persona que ahora ocupa el lugar que antes os perteneció, no habréis podido evitar una sensación de superioridad o inferioridad. Si consideráis que esa mujer no está a la altura, vosotras no entendéis por qué él está a su lado; si sois objetivas y realistas y consideráis que ella posee atributos de los que vosotras carecéis, sufriréis por ello.

—También es verdad...

—Pero mi caso es el peor de todos.

—¿Por qué dices eso, Rosemary?

—Porque cuando la figura de esa mujer es anónima, no puedes decantarte ni por una cosa ni por otra. No tienes consuelo porque desconoces a lo que te enfrentas; le das vueltas una y otra vez a tus fallos y a sus aciertos; o bien, a cuáles son tus defectos y sus virtudes; o qué es lo que ella posee de lo que yo carezco; o qué hace bien Mary y yo mal. ¿Qué es lo que admira tanto mi marido para haber arriesgado una vida estable?

—Madre mía, nunca lo había valorado, pero es como un rompecabezas.

—Lo es. Creo que es necesario que yo sepa cómo es la mujer que ha sido el objeto de su deseo. Cualquiera que estuviese en mi lugar daría lo que fuese por tener delante a la persona con la que se enfrentó durante media vida cuando ya se siente derrotada. No me dieron la oportunidad de saberme en una guerra, ni por supuesto, tuve la opción de conocer a mi adversario.

—Antes de descubrir la verdad ¿te sentiste alguna vez abandonada? Abandonada emocionalmente, quiero decir.

Jamás. Patrick ha sido un marido estupendo. A pesar de sus ocupaciones y de dirigir un imperio, se ha mostrado cariñoso, atento, detallista y totalmente volcado en la familia. Muy preocupado por mi bienestar y el de nuestros hijos. Si pudiera volver la vista atrás y tener malos momentos a los que acudir, etapas de altibajos, distanciamientos o incomprensiones todo esto sería más fácil. Pero no puedo aferrarme al recuerdo de un mal marido porque esa imagen no existe.

Tras un tiempo sin recordar a Spencer, las palabras de Rosemary me hicieron retroceder hasta los días más amargos de mi vida. Él se fue sin despedirse sumiéndome en una tristeza hasta entonces desconocida. Su odiosa forma de actuar provocaba el mayor de los desprecios. Sin embargo, evocar a Spencer significaba para mí evocar días de felicidad, sonrisas, ternura, momentos irrepetibles y mucho amor.

Yo también rebuscaba en mi interior, intentado encontrar motivos para detestarle, pero nunca llegué a conseguirlos. La única experiencia traumática de nuestra relación, fue la inesperada ruptura. Todo lo demás rozó la perfección.

—No quiero parecer presuntuosa diciendo que entiendo cómo te sientes, solo soy una chica con un desengaño amoroso. Pero creo saber que se siente cuando intentas expulsar de tu mente a un hombre que te ha herido profundamente y solo consigues tener presentes recuerdos, cada uno de ellos, mejor que el anterior.

—En el fondo podemos sentirnos afortunadas por haber disfrutado de amores tan intensos e inolvidables.

Aquello sonaba a excusa, pero algo de cierto tenía la forma de pensar de Rosemary. Reflexioné por unos segundos sobre mi situación actual: ¿qué prefería, una relación que durase para siempre o hasta que yo decidiese, pero inestable y plagada de sinsabores, o una perfecta y maravillosa, rebosante de amor, aunque aquello terminase con un abandono inesperado del hombre que me proporcionó momentos inolvidables para toda una vida?

Cuando recordaba a Spencer tenía mil razones para alegrarme de haber estado a su lado, de haberme entregado a él.

—Amber ¿en qué piensas? Pareces que tu cabeza se ha ido a otra parte —preguntó Katy.

—Estaba analizando las palabras de Rosemary y creo que tiene razón. Prefiero haber sentido la intensidad de un amor sin límites, aunque brevemente, a acomodarme en un sentimiento más tranquilo basado en la necesidad de afecto o compañía. Me he sentido la única y más maravillosa mujer entre los brazos de un hombre y eso no tiene precio — respondí, mientras pensaba para mis adentros «pero no he visto pararse el mundo, temblar la tierra, arder los sentidos, el fuego en sus ojos, la locura en los míos, no he vivido la desinhibición, ni he dejado fluir la libertad de expresión absoluta de mi cuerpo, no he desafiado las leyes establecidas ni las formas y convencionalismos del resto de la humanidad, como Patrick y Mary». Por razones obvias no hice partícipe a las demás de esos secretos anhelos.

—No pretendo ser indiscreta, pero ¿has superado esa experiencia negativa? —Me preguntó Rosemary con cierta inseguridad, como si le pareciese incorrecto interferir en mi privacidad.

—¡Rosemary! ¿Cómo vas a ser indiscreta por esa pregunta después de todas las que te he hecho yo a ti?

—Lo considero diferente. Por motivos profesionales tú conoces la realidad de mi vida desde una perspectiva que ni los más íntimos; sería ridículo si ahora evitase tus lógicas preguntas o fuese comedida y remilgada en mis respuestas.

—Pero ahora no estamos aquí como abogado y cliente sino como mujeres y confidentes.

—¡Desde luego, Amber! ¿Y bien?

—No creo haberla superado por completo; un día cualquiera, después de muchos llantos y con la certeza de la incertidumbre para el resto de mi vida por su partida, pensé que había pasado página cuando decidí dedicarme al presente y recordar solo los buenos momentos del pasado. Pero la verdad es que sigo sintiendo algo por él. Y pienso que soy una privilegiada por haber disfrutado de un primer amor lleno de encanto, complicidad, ternura, cariño y de momentos inolvidables.

—La diferencia es que tú eres muy joven y tienes toda la vida por delante, pero a mí después de la madurez solo me espera el declive. A mí y a todos...

—No seas pesimista, Rosemary. Estás estupenda y, afortunadamente, hoy en día se disfruta de la vida hasta el final. Y para el amor no hay tiempo ni edad.

—Por cierto, Amber, ¿cómo se llama él?

—Spencer.

Capítulo VIII

Alta sociedad

El día amaneció despejado. Cuando extendí mis brazos, empujando con fuerza las contraventanas hacia fuera, descubrí como primera vista del día un maravilloso panorama: una mañana clara y luminosa con el Mediterráneo de fondo. Me sentí dichosa por saber disfrutar de las cosas simples que la vida puede ofrecer. Respirar ese aire tan puro con el aroma salado característico de la costa, contemplar el cielo iluminado por un esplendoroso sol y el inmenso mar en calma bajo mis pies, me hacía sentir muy viva.

Esa panorámica me proporcionaba una tranquilidad que difícilmente encontraba en la Gran Manzana. La posibilidad de recrearme con la línea infinita que une cielo y mar, la libertad que proporciona la escasez de ropa, caminar descalza sobre el césped y la arena, el olor suave de los geranios y el aroma fresco característico de los pinos, el calor del sol coloreando tu cara y el murmullo de las olas, hacían que envidiase a los que podían disfrutar de tantos privilegios diariamente.

—¡Amber! ¡Eres una dormilona!

Era Katy quien me gritaba desde el jardín. Rosemary había dispuesto la mesa del desayuno bajo una pérgola situada junto a la piscina. Desde mi ventana pude observar una mesa llena de fruta, quesos, repostería, panes de cereales, zumos de varios sabores y una cafetera humeante. El penetrante y agradable olor a café recién hecho abrió mi apetito y en cinco minutos estábamos las tres desayunando juntas frente a la vista inigualable que regalaban los jardines de Mar de Cristal.

—¿Qué tal habéis dormido? —Se interesó Rosemary.

—Genial, después de todo lo que charlamos hasta la madrugada y con el desfase horario y el cansancio del viaje, me dormí nada más meterme en la cama.

Entretanto, observamos la figura menuda de una señora de avanzada edad que se acercaba sonriendo hacia nosotras. Tenía una expresión amable y parecía estar en plena forma. Su oscuro tono de piel debido al contacto diario con el sol, disimulaba su verdadera edad.

—Os presento a Carmen; es la mano derecha del marqués de Gadea en esta casa. Se encarga de que todo aquí tenga este magnífico aspecto y de cocinar algunos de los mejores platos caseros que yo haya comido en mi vida.

—Carmen, estaremos encantadas de probar algunos de los succulentos manjares de los que Rosemary nos habla con tanto entusiasmo.

—¿Cuántos días estarán las señoras?

—No nos llames así, me hace sentir muy mayor; yo soy Amber y ella es Katy. Estaremos hasta el domingo.

—Pero en tan poco tiempo no les dará tiempo a disfrutar de todo lo que esta isla puede ofrecer.

—Tienes razón, pero no queremos abusar de la hospitalidad de nuestro anfitrión.

—Podrán volver en otras ocasiones, Carmen.

—El marqués estará encantado de que lo hagan.

—Hoy no comeremos aquí porque les voy a enseñar el interior de la isla; saldremos en media hora y regresaremos tarde. ¿Qué te parece si nos dejas preparado para mañana mi guiso favorito de atún con tomate y patatas, ese que tan bien te sale? Y si te diese tiempo a hornear un pastel de cerezas para el postre, mis invitadas te lo agradecerán tanto...

—Eso está hecho. Iré al mercado para comprar el pescado fresco.

Como Rosemary había previsto, en menos de una hora habíamos partido hacia el interior, una sierra llena de encanto, la Tramontana, con pequeños pueblecitos ubicados en la falda de las montañas. La vegetación resultaba abundante; los continuos desniveles y las múltiples terminaciones rocosas, dotaban el paisaje de atractivos contrastes.

Paramos a comer en un restaurante situado en un mirador en lo alto de una colina. Se observaba de frente uno de los pequeños pueblos que salpicaban los montes, con casas de piedra, calles estrechas y empinadas y una típica iglesia con gran campanario como construcción más destacada. Al fondo, aunque de forma casi imperceptible, se observaba el mar.

—El pueblo se llama Valldemossa. Uno de los más bonitos de la sierra de Tramontana, sino el que más. Con permiso de Deyá y Sóller, que son otras dos bellezas. Y lo que parece el campanario de una iglesia no lo es exactamente. Se trata de la Real Cartuja de Valldemossa, el antiguo palacio de un rey en el siglo XIV. El imponente edificio fue habitado por monjes durante cuatrocientos años. También sirvió de refugio a algunas almas tan románticas como atormentadas, como Chopin o la novelista George Sand —nos explicó Rosemary—. Y no os creáis que yo soy una erudita: es Oliver quien me va explicando cada uno de los rincones que visitamos.

La mesa que escogió Rosemary se situaba en la esquina más apartada del resto de los comensales, pero dotada de la mejor vista y la máxima intimidad. Ante nuestra negativa tras preguntarnos si teníamos alguna preferencia por el menú, encargó una fritura variada de pescado para tres, ensalada de la tierra —con los tomates más sabrosos que yo hubiese probado nunca— y vino blanco para acompañar. La elección resultó acertada.

—Este es uno de los lugares favoritos de Patrick. Le apasiona el encanto que produce la fusión del delicioso sabor del pescado recién sacado de la red, a la brasa y en su punto, con la naturaleza en su estado puro de frente.

—Realmente en Nueva York no se pueden disfrutar de momentos así, con tanta relajación y dejando a un lado las obligaciones. Deberíamos aprender del estilo de vida mediterráneo.

—No me importaría dejarlo todo y venirme a vivir aquí —señaló Katy que estaba fascinada por todo cuanto descubría.

Pasamos el resto del día paseando por el pueblo cuya silueta habíamos observado durante la comida; el encanto de sus calles empedradas y la amabilidad de sus gentes ante los extraños, encandilaban. Paramos en una acogedora terraza para probar una bebida que estaba deliciosa, y de la que yo jamás había oído hablar en Manhattan: la horchata de almendras. Y no nos privamos de comprar en Ca'n Molinas uno de los bocados típicos: la coca de patata, otra exquisitez. Por último, decidimos ascender hasta el punto más alto y luego visitar los jardines de la Real Cartuja.

La estancia en Mar de Cristal estaba resultando de lo más agradable. Rosemary nos sorprendió cuando nos confesó los planes que tenía para nosotras a lo largo de las próximas horas. Por la noche estábamos invitadas a una fiesta muy exclusiva que se iba a celebrar en la residencia de un empresario que era íntimo amigo del rey de España. Y al día siguiente acudiríamos al Club Náutico de Palma para disfrutar en uno de los barcos de apoyo de la salida de la regata del día, correspondiente a la Copa del Rey de Vela. Se trataba de una competición muy famosa en España que se estaba celebrando en la isla aquellos últimos días del mes de julio, como era habitual todos los años durante aquellas fechas.

Durante su estancia en Mallorca, Rosemary había decidido disfrutar de una intensa vida social. Llevaba allí varios meses y nos confesó que tenía previsto alargar su estancia durante, al menos, algunas semanas más; posiblemente hasta bien entrado el otoño. Estaba fascinada con el clima y el estilo de vida mediterráneo. Y sobre todo con el ambiente estival: durante el verano la isla balear se convertía en uno de los epicentros de la jet internacional y ella estaba aceptando encantada la mayor parte de las invitaciones que recibía para asistir a exclusivos eventos y fiestas privadas.

Eso ya lo sabíamos nosotras antes de llegar a España porque en Nueva York las revistas y los programas del corazón se estaban haciendo eco de las salidas más llamativas y glamurosas de una de las grandes damas de la alta sociedad estadounidense. A cada una de ellas asistía luciendo estilismos impecables —elegidos siguiendo los consejos de Oliver, que era un gran entendido en cuestiones de moda—, atuendos que la estaban consagrando como una de las mujeres más elegantes del panorama internacional. Hasta entonces siempre se había decantado por un estilo más sobrio y discreto. Parecía que su estancia en la isla española le estaba suponiendo un cambio muy positivo, una consolidación de su identidad a la vez que estaba reforzando su seguridad en sí misma.

Incluso había posado como una auténtica modelo en la portada de una de las revistas semanales más leídas de España: SEMANA había publicado una extensa entrevista de Rosemary Borgia acompañada de unas fotografías espectaculares en las que había sido vestida por las mejores

firmas de alta costura para el posado. También de uno de los maestros de la moda españoles, Elio Berhanyer, quien había vestido a la mismísima Ava Gardner.

Esas instantáneas de Rosemary por su belleza estética e interés —debido a quien las protagonizaba—, habían sido replicadas en los principales medios de comunicación. Ante sus dudas sobre la conveniencia del posado, le ayudó a tomar la decisión de dejarse fotografiar como una gran diva su amigo Oliver. El marqués en cuya villa nos alojábamos parecía un hombre muy interesante. Era una pena que no pudiésemos coincidir con él debido a que había volado hasta Montecarlo para acompañar a la familia real monegasca en la Gala Anual de la Cruz Roja, que precisamente se celebraba el fin de semana de nuestra estancia en la isla.

Según nos confesó Rosemary, Oliver era un viejo amigo de su familia materna —ella tenía antepasados europeos por ambas ramas—. Un hombre con quien ya había coincidido en algunos de los viajes que hizo al Viejo Continente durante su juventud, antes de comprometerse con Patrick. Habían mantenido la amistad a lo largo de los años y solían verse cuando él visitaba a Nueva York. Incluso en algunas ocasiones el marqués se alojaba con su familia durante sus estancias en la Gran Manzana.

También se escribían y telefoneaban a menudo. El marqués era un hombre de modales exquisitos y gusto refinado que jamás había contraído matrimonio, pese a contar con un interesante historial de conquistas femeninas con mujeres bellísimas. Era tan galán como seductor y caballero. Él había acogido a su amiga en su casa, pese a la insistencia de Rosemary por alojarse en un hotel. Sin embargo, con el transcurso de las semanas y el devenir de los acontecimientos, Rosemary estaba muy contenta por haberse dejado convencer.

En Mar de Cristal la cuidaban y la mimaban como a una reina y Oliver se había convertido en un confidente; un hombre que estaba alimentando su autoestima cuando ella más lo necesitaba. La había introducido en los círculos más elitistas de la isla, la había presentado a la Familia Real española y de su mano se había paseado por los eventos privados y actos sociales más codiciados de la temporada veraniega en la isla.

Habían ido juntos de compras, visitado los rincones con más encanto de Mallorca, organizado picnics en los parajes más bucólicos y hasta se había aficionado a hacer excursiones en uno de los coches de época de la colección de Oliver; un modelo clásico de color gris perlado con tapicería de cuero en tono crema y con la capota al descubierto.

Cuando conducía aquel automóvil clásico, ella se ponía coloridos pañuelos de seda en la cabeza para cubrir su cabello a la vez que sentía el viento en su cara. Con semejante sensación de libertad y mientras serpenteaba las angostas carreteras que atravesaban la sierra de la Tramontana, Rosemary se sentía como una heroína cinematográfica; como Grace Kelly en *Atrapa a un ladrón* con su Cary Grant particular al lado, el carismático marqués de Gadea.

Aterrizar en la isla balear durante los meses de verano implicaba introducirse en uno de los enclaves europeos con mayor número de famosos por metro cuadrado. Y aunque Rosemary era una persona discreta en Manhattan, en España se estaba divirtiendo —y mucho— en compañía de empresarios, banqueros, aristócratas, magnates, estrellas de cine, mecenas, políticos, socialités, artistas, ministros y hasta miembros de casas reales del mundo entero que recalaban en

el archipiélago balear año tras año. Mientras ellos disfrutaban de la dulce vita, un auténtico ejército de periodistas competía por conseguir la mejor instantánea de cualquiera de aquellos rostros tan conocidos.

Cuando no estaba en alguna residencia privada o disfrutando de Mar de Cristal, ella se había aficionado a pasar gran parte de su tiempo en Puerto Portals; allí se reunía cada noche la gente más guapa —o beautiful people como la denominaba entonces los medios— para tomar un Martini o un gin-tonic. Flanagan o Tristán —con su cubertería del plata— eran los restaurantes más exclusivos donde resultaba casi imposible encontrar una mesa, aunque ella lo conseguía a través de los contactos isleños de Oliver.

El Café Capricho reunía alrededor de sus mesas a las damas de la alta sociedad a cualquier hora, aunque a ellas les encantaba quedar a media tarde para ponerse al día sobre los eventos indispensables de la semana o comentar los detalles acerca del último rumor o romance en ciernes. Alrededor de estos establecimientos tan emblemáticos y de los fabulosos yates amarrados en el puerto deportivo, siempre bullía un hervidero de curiosos en busca de famosos y celebridades.

Pero, sin duda, la mayor atracción de Mallorca era la Familia Real española que pasaba allí sus vacaciones de verano; ellos eran el mejor reclamo y una promoción impagable para la isla. Alojados año tras año en el palacio de Marivent, su residencia oficial durante los meses de julio y agosto, los monarcas compartían ocio, navegación y responsabilidades institucionales junto al príncipe heredero, Felipe, y sus dos hijas, las infantas de España. El reciente posado de años anteriores junto a los príncipes de Gales y los pequeños William y Henry, había traspasado fronteras hasta el punto de convertirse en la mejor atracción del verano mallorquín que había acontecido en décadas. Yo misma había visto cientos de veces aquellas fotos en las que una Diana pletórica y en todo su esplendor, lucía como nadie un vestido blanco de rayas azuladas con el hombro desnudo.

Además, aquellos eran los años de mayor auge del palacio de Marivent. Nunca antes se había visto nada parecido. Por sus escalinatas, verano tras verano, desfilaban presidentes de gobierno, artistas, aristócratas, empresarios y miembros de otras monarquías, como los reyes de Bélgica, Balduino y Fabiola, Hussein de Jordania, Beatriz de Holanda o los Grandes Duques de Luxemburgo.

La otra gran atracción en la isla vinculada a la Familia Real, era el yate que había sido bautizado con el nombre de Fortuna. En él navegaban casi a diario los reyes y sus hijos junto a todos sus ilustres invitados; posando sobre esa cubierta no faltó la que todos considerábamos la pareja principesca más famosa del mundo, Carlos y Diana. Aquella noche y durante unas horas, yo también me iba a sumergir en un ambiente principesco y aristocrático. Y la experiencia me gustó. Vaya que si lo hizo...

* * *

Cuando pisé la mansión de Sa Mola, creí haber cruzado las puertas a un mundo nuevo, a un paraíso reservado únicamente para los más privilegiados. La impresionante residencia a la que habíamos sido invitadas pertenecía al empresario Zourab Tchokotua, compañero de internado en Suiza del rey de España durante la niñez de ambos. Zourab, a quien sus amigos llamaban Zu, no solo era íntimo del rey Juan Carlos, sino que también mantenía una estrecha amistad con el Sha de Persia y con Víctor Manuel de Saboya, además de estar muy bien relacionado entre las élites más influyentes de Europa. En sus dominios mallorquines tenían lugar, año tras año, algunas de las fiestas más famosas y exclusivas de la isla.

Ubicada en un enclave impresionante, con vistas al mar y a la montaña, la mansión se alzaba imponente, erigida entre las rocas y rodeada de bosques de pinos, flores y vegetación. Tras dejar atrás una llamativa verja de hierro forjado que daba acceso a la propiedad y atravesar un camino angosto rodeado de frondosos árboles, se llegaba a la preciosa residencia rodeada de amplios jardines. Los alrededores habían sido decorados con numerosas antorchas que dotaban de un colorido especial a las ya de por sí hipnóticas luces del ocaso. Una estudiada iluminación conseguía engrandecer el exterior de la fachada principal.

Zu y su esposa eran bien conocidos por los asiduos a la isla como excelentes anfitriones y sus convocatorias destacaban, además de por su impecable organización, por convertirse en un punto de encuentro de un gran número de personalidades heterogéneas: en sus eventos se mezclaban las más afamadas fortunas del Viejo Continente, las modelos que ocupaban portadas de las revistas femeninas, aristócratas de linajes ancestrales, magnates de nuevo cuño, políticos en alza, celebridades del panorama internacional, escritores consagrados, intelectuales de moda, autoridades y empresarios locales...

Nada más vislumbrar el aspecto que presentaba la mansión, resultaba apreciable que la velada había sido preparada con el máximo esmero: docenas de centros de flores se situaban estratégicamente en los rincones más concurridos; jóvenes uniformados recogían los vehículos que trasladaban a los asistentes hasta Sa Mola; unas chicas de presencia impecable —vestidas con trajes a medida confeccionados en seda de color verde agua— atendían el listado y la llegada de invitados; y un grupo alineado de camareros con uniforme ofrecían una copa de bienvenida al selecto grupo de personas que tenían acceso a la residencia de verano de los Tchokotua.

—¡Rosemary, esto es increíble! Gracias por traernos —dije con los ojos bien abiertos, dispuesta a no perder detalle de todo cuanto acontecía delante de nosotras. No todos los días se podía acudir a un evento tan restringido, solo al alcance de unos pocos.

—Para mí es un placer, Amber. Lo cierto es que las fiestas de Zu, son de las mejores de la isla desde hace años. Una visita a Mallorca sin disfrutar de su hospitalidad, resulta incompleta.

Tras atravesar uno de los principales salones de la residencia, una estancia de dimensiones considerables cuyo mobiliario se había retirado aquella noche para ser habilitado como zona de paso, se accedía al jardín posterior. Ese era el lugar donde se desarrollaba la celebración y donde unas setenta u ochenta personas ya se encontraban disfrutando de la fiesta.

Los jardines de Sa Mola eran inmensos y estaban muy bien cuidados. De las ramas de los árboles colgaban candiles que se balanceaban emitiendo destellos hacia todas las direcciones y bajo una

céntrica pérgola, un cuarteto de jazz amenizaba el ambiente. La mayoría de los asistentes se concentraba alrededor de una barra situada en un lateral; allí se servían combinados y copas de champán. En otra barra ubicada en el extremo opuesto, un grupo de bármanes expertos en mixología elaboraban cócteles de autor, sin olvidar los habituales y siempre demandados margaritas y daiquiris.

—Desde que estoy en Europa yo me he aficionado al gimlet —nos confesó Rosemary.

—¿El gimlet? —preguntó Katy con curiosidad.

—Sí, lleva dos partes de ginebra, una de zumo de lima y unas gotitas de soda —nos aclaró.

—Pues habrá que probarlo...

—Os lo recomiendo. Y otro consejo extra: no os marchéis de España sin probar el vermut. Es un vino macerado en hierbas que suelen servir a la hora del aperitivo. ¡Está buenísimo con una aceituna dentro!

La gran piscina exterior de forma elíptica había sido cubierta por un manto de flores multicolores y alrededor del césped se habían dispuesto mesas iluminadas con velas y banquetas altas para los que preferían más tranquilidad y permanecer sentados.

La cena iba a ser tipo cóctel para facilitar los corrillos y el intercambio de conversaciones con el mayor número posible de invitados. Agasajar a tus contactos, impresionar a los asistentes y conseguir que se hablase de las fiestas que organizabas durante días, eran tres máximas que perseguía cualquier anfitrión y por lo que se podía intuir a golpe de vista, Zourab Tchokotua dominaba esas disciplinas a la perfección.

El entorno y las vistas eran impresionantes. Las damas lucían una atractiva piel tostado por el sol y llevaban elegantes modelos de las firmas internacionales en alza. Enseguida reconocí a los barones Thyssen; ella, Carmen Cervera, llevaba un corpiño de pedrería y una falda corta de volantes, pero sobre todo deslumbraba con un diamante enorme, de muchos quilates colgado al cuello. Más tarde me enteré que esa joya era conocida con el nombre de Estrella de la Paz. Rosemary nos había contado que se rumoreaba que ella estaba a punto de conseguir que España acogiese una de las colecciones privadas de arte más importantes del mundo, la de su esposo, Heinrich Thyssen.

También identifiqué a un ministro del Gobierno español —lo sabía porque había visto su cara ilustrando las portadas de los diarios de la mañana—, a la aristócrata Tessa de Baviera y en el centro del jardín, rodeado de gran expectación, a uno de los invitados estelares de la noche: el atractivo Michael Douglas acompañado de su esposa Diandra.

Ambos eran los propietarios de otra impresionante propiedad en la isla, la que fue la antigua residencia del archiduque Luis Salvador, primo del emperador Francisco José. Él fumaba un pitillo con aire desenfadado, sonría despreocupado a unos y otros, llevaba su pelo rubio engominado y peinado hacia atrás y su camisa blanca conseguía acentuar el bronceado de su piel. Estaba a punto de estrenar una película de la que todos hablaban en Estados Unidos. Se iba a titular Instinto básico y se rumoreaba que iba a ser un bombazo repleto de morbo.

—Amber, ¿has visto eso? ¡¡¡Es Michael Douglas!!!

—Katy, como para no verlo...

—Esto es como vivir un sueño. ¿No te parece que es más guapo en persona?

—Yo le veo igual que en la pantalla; y aunque no es mi tipo, la verdad es que no está nada mal.

Mientras mi amiga contemplaba embobada al actor, me di cuenta de cómo una mujer madura de porte impecable saludaba con la mano a Rosemary desde otro de los corros más concurridos muy cercano al del actor.

—Disculpadme, voy a charlar un rato con Alicia Klein, la condesa viuda de Villapadierna. Es una gran amiga de Oliver, una mujer encantadora con la que he congeniado a las mil maravillas desde que estoy aquí. Si queréis luego os la presento porque su personalidad y energía os van a encandilar. Entretanto, podéis disfrutar, beber y bailar todo lo que queráis.

—¡Por supuesto! Tú haz lo que tengas que hacer y habla con quien tengas que hablar. No te preocupes por nosotras en ningún momento, Rosemary. Estaremos bien merodeando de allá para acá, no perdiéndonos detalle de unos invitados tan especiales, bebiendo champán, comiendo canapés y disfrutando de este maravilloso entorno.

—Pasadlo lo mejor que podáis. Para eso hemos venido.

—Por cierto, ¿quién es la señora del pelo rizado y el vestido azul celeste de estilo hippy que está hablando con tu amiga? Me suena mucho su cara...

—Posiblemente la hayas visto en los medios. Es Cayetana Fitz-James Stuart, la duquesa de Alba. Se trata de la persona con más títulos en la aristocracia, dieciocho veces Grande de España y una mujer con gran carisma y una personalidad muy especial. En este país es muy querida y popular.

Cuando Rosemary se alejó hacia el corrillo en el que se encontraba su amiga, Katy no pudo evitar hacerme una pregunta que estaba rondando por la cabeza de ambas.

—¿Y aquí las cosas siempre son así?

—Eso parece, Katy.

—¡Qué barbaridad! Nueva York nos va a parecer muy aburrido cuando regresemos.

—Y muy frío y gris...

* * *

Lo pasamos de maravilla en la fiesta. Fue como estar protagonizando un gran reportaje de la

prensa del corazón o vivir dentro de una película. Nos sentimos celebrities por una noche en un entorno de lujo. A la mañana siguiente no pudimos disfrutar de la cama como os hubiese gustado puesto que tuvimos que madrugar. Nos levantamos con una leve resaca y todavía emocionadas por la velada tan impresionante de la que habíamos disfrutado. Después de tomar un contundente desayuno y un par de cafés bien cargados para intentar mitigar los efectos del champán, el chófer del marqués de Gadea nos acercó hasta el Club Náutico de Palma.

Estaba situado junto al Paseo Marítimo de la capital balear, muy próximo a su centro histórico y a la catedral. Allí nos estaba esperando uno de los organizadores para acompañarnos a una de las embarcaciones de apoyo. Oliver lo había dejado todo arreglado antes de marcharse a Montecarlo para que pudiésemos disfrutar de primera mano de la regata de la Copa del Rey de Vela. Sin duda su agenda de contactos y su influencia en la isla eran abrumadoras.

Se trataba de una competición que creó el propio monarca español a principios de la década de los ochenta; todos afirmaban que era un hombre que sentía pasión por la práctica de deportes náuticos. Él participaba todos los años en su propia regata e incluso la había ganado en el 84 y 85.

Aunque Rosemary ya nos lo había advertido, en cuanto llegamos al Club Náutico nos dimos cuenta de que el desarrollo de esa prueba constituía todo un acontecimiento social y deportivo en Mallorca. Debía de haber cerca de doscientos periodistas y cámaras para cubrir el evento. Jamás había visto tal cantidad de miembros de los medios de comunicación concentrados en un mismo lugar. Parecía evidente que gran parte de la expectación que generaba la regata se debía a que solían participar en ella varios miembros de la Familia Real española.

Y, efectivamente, apenas unos minutos más tarde de nuestra llegada lo pudimos corroborar cuando todos los profesionales de los medios de comunicación se arremolinaron alrededor del rey Juan Carlos, que acababa de hacer acto de presencia en el Náutico para competir a bordo del Bribón; el monarca saludaba a unos y otros luciendo una gran sonrisa. Parecía un hombre simpático y extrovertido.

Pocos minutos después fue su hija, la infanta Cristina, la que captó la atención mediática; ella era miembro de la tripulación del Platja d'Aro. El último en hacer acto de presencia aquella mañana en el Club Náutico fue el príncipe Felipe, el heredero, quien iba a tomar parte de la competición en el Aifos. Rosemary nos contó que la embarcación se llamaba así en honor de su madre: era su nombre escrito al revés.

—¡Vaya! —exclamó Katy cuando le vio aparecer mientras lo miraba de arriba abajo sin disimulo y con expresión de admiración—. Parece un príncipe de verdad...

—Katy, es que es un príncipe de verdad —la corregí.

—Me refiero a un príncipe de cuento de hadas. Es muy alto, atractivo, rubio, con los ojos azules, tiene muy buena planta...

—Mira, en eso te doy la razón. Es un hombre guapísimo.

—De todas formas, ¿has echado un vistazo a los miembros de las tripulaciones participantes en

la regata?

—Sí, querida. Es imposible no fijarse en ellos. Menudos cuerpazos tienen todos...

—Dan ganas de aficionarse a los deportes náuticos.

—Y de dedicarse a ellos en cuerpo y alma.

Después de quedarnos embelesadas por el porte de ese joven tan apuesto que algún día sería coronado como rey de España y de disfrutar de las anatomías de dioses griegos del resto de regatistas, Rosemary nos fue enseñando todo cuanto acontecía alrededor. Pudimos contemplar cómo más de un centenar de embarcaciones, tanto nacionales como extranjeras, iban a tomar parte en la competición que en pocos minutos tendría lugar en aguas de la bahía de Palma de Mallorca.

—La Copa del Rey se ha consolidado como una de las pruebas náuticas más importantes de Europa —nos confirmó nuestra anfitriona.

—Ya lo creo, Rosemary —respondí—. Todo esto es increíble.

—Además, el trabajo que se realiza en el agua se completa con una organización en tierra impecable como podéis comprobar; esta regata se está convirtiendo en uno de los referentes del Mediterráneo.

—Es un privilegio estar aquí.

—En realidad, el mérito de que estemos disfrutando de la regata en primera fila es de Oliver —recalcó Rosemary.

—Tu amigo es un excelente relaciones públicas.

—Así es, Katy. Pero sobre todo es un hombre muy especial con una vida realmente interesante. Es culto, generoso, divertido y con una sensibilidad artística y un sentido de la estética como pocas personas que yo haya conocido.

Resultó todo un espectáculo contemplar la bahía de Palma plagada de barcos de competición con sus velas multicolores al viento mientras navegábamos junto a todos ellos en la embarcación de apoyo. Surcar el Mediterráneo, sentir las olas golpear el casco y el agua del mar mojar nuestros rostros, supuso un subidón de adrenalina y una sensación de libertad plena. Un espectáculo que luego trascendió de lo estrictamente deportivo para trasladarse a los bares, terrazas y clubs de la ciudad. El ambiente en Palma durante la regata era de lo más animado fueses a donde fueses.

Nos enteramos a lo largo de aquella jornada, tan marítima como aventurera, que la agenda periférica a la regata se había convertido en una fiesta que llegaba a toda la ciudad. Y el corazón de las celebraciones era precisamente el patio del Real Club Náutico de Palma. Alrededor de su piscina se paseaban participantes, invitados, armadores, patrocinadores y docenas de periodistas para tomar una copa, conversar los unos con los otros, comer en alguno de los restaurantes, escuchar música o disfrutar de zona de spa y masajes.

Nosotras también decidimos quedarnos a almorzar en uno de los restaurantes más concurridos; nos sentamos en una mesa justo al lado del mar cuando regresamos de nuestra jornada de navegación. Descubrí que navegar subía el ánimo y abría el apetito.

—No os podéis marchar de esta isla sin probar el frito mallorquín de pescado. Y la sobrasada —sugirió Rosemary.

Por supuesto la hicimos caso y acompañamos ambas delicatessen con una botella de vino blanco muy fresquito mientras brindamos una y otra vez por la vida. Y por el futuro de las tres.

* * *

El sábado visitamos un precioso pueblo pesquero de los alrededores y por la noche salimos a tomar unas copas.

—Han sido unos días estupendos, Rosemary. Inolvidables. Transmite a tu amigo Oliver nuestra más sincera gratitud por habernos permitido disfrutar de su paraíso. Cómo me gustaría haberlo conocido personalmente —confesó Katy.

—Lo haré. Lástima que hayáis permanecido menos de una semana. Habéis conseguido arrancarme unas cuantas sonrisas. Vuestra compañía ha resultado muy grata. Espero que volváis muy pronto. Además, Oliver os querrá conocer en cuanto le cuente todo lo que hemos hecho durante vuestra estancia en Mar de Cristal.

—No dudes que lo haremos si nos vuelve a invitar, no vas a tener que animarnos mucho para regresar a Mallorca. Tenía razón Carmen cuando nos advirtió acerca de que eran pocos días para descubrir todo el encanto que este lugar nos podía ofrecer. Por cierto, despídete en nuestro nombre de ella. Otro motivo adicional para regresar es saborear su excelente pastel de cerezas, su guiso de atún, o las croquetas de bacalao.

—Pues os falta probar su cordero encebollado y la caldereta de marisco. Los mejores que he comido en mi vida.

—Rosemary, enhorabuena; mientras nosotras volvemos al agobio estresante de Manhattan, tú te quedas disfrutando de un paraíso terrenal, de un entorno formidable y degustando una cocina casera exquisita. ¿Cuándo tienes pensado regresar?

—Todavía no lo tengo decidido del todo. Pero mis hijos ya comienzan a sospechar que algo me ocurre con su padre. Y en breve comenzarán a aparecer los rumores en el Upper East Side. Después de meses de ausencia ya no es creíble mantener el relato acerca de que estoy en Europa supervisando nuestros viñedos y nuestras bodegas.

—Obvio...

—Alice, mi hija, me lo pregunta cada vez que hablamos por teléfono. Pero supongo que no podré alargarlo más allá del otoño.

—Quizá esa sea la fecha que te has marcado para reunirte con Patrick.

—Creo que para entonces estaré preparada. Si hay algo que estoy recuperando en este lugar, es la autoestima, la fuerza interior y la seguridad en mí misma.

—¡Sin duda! Se te ve espléndida, animada y enérgica.

—Realmente me siento así. A veces hay que alejarse de todo cuanto conforma tu cotidianidad para volver a renacer. Espero mantener este espíritu cuando regrese a Nueva York.

—Eso dependerá de ti.

—Tienes razón, Amber. De lo que estoy segura es que la Rosemary que volverá a la ciudad será una mujer con las ideas más claras, unas perspectivas de futuro renovadas y ganas de hacer cosas nuevas.

—Me alegra escucharte decir estas cosas, Rosemary. Esta es la actitud positiva que debes mantener.

—Ya no descarto nada ni siquiera volver al lado de mi familia. Estos meses han abierto mi mente de una manera desconocida para mí. Y he aprendido una cosa.

—¿Cuál?

—Que a partir de ahora nadie manejará mis sentimientos. Yo soy la dueña de mi vida y la que elige cómo y con quién vivirla.

—Qué bien que pienses así. Estás dejando atrás tu etapa más oscura.

—Es lo que creo yo también. Y tengo el propósito de dedicarme mucho más a mí misma después de media vida entregada a mi marido y a mis hijos. Siento que ha llegado el momento de poner en práctica anhelos y deseos que siempre han permanecido latentes, pero nunca salieron a la luz. Incluso de poner en marcha algunos proyectos propios.

—Te animaremos a hacerlo. Y estaremos a tu lado si nos necesitas.

—Gracias por el apoyo y la compañía, Amber. De corazón.

—Llámanos en cuanto vuelvas.

—Descuida, lo haré.

Capítulo IX

El reencuentro

La primera semana en la Gran Manzana tras mi vuelta de Mar de Cristal resultó deprimente. El bufete estaba casi vacío, todos se habían marchado a la costa, a México, a las islas más populares del mar Caribe o a destinos exóticos de moda más lejanos. El trabajo durante las últimas semanas del verano era más bien escaso en todos los sectores profesionales. Se me ocurrió una idea para combatir el aburrimiento.

—¡Organizaré alguna cena para este fin de semana con mis amigas! —grité. Me apetecía cena de chicas y sin perder ni un segundo descolgué el auricular.

—¿Cómo está la mamá más chic del planeta?

—Hombre, mi amiga VIP. ¿Qué tal tu estancia en mansiones de ensueño? Sospechaba que desde que te codeas con la flor y nata ya no querías saber nada de los comunes mortales. Cuando uno vuela por las altas esferas le cuesta volver al mundo normal y corriente.

—Tengo que confesarte que la escapada ha superado mis expectativas...

—¿De verdad? Pues entonces ha debido ser una maravilla.

—Un viaje inesperado, pero inolvidable.

—¡Entonces cuéntame lo realmente interesante! Cómo es la casa en la que te has alojado, la decoración, el mobiliario, los jardines; ¿hay obras de arte? ¿Qué habéis hecho estos días? ¿Ha encontrado Rosemary un sustituto para Patrick? ¿Has conocido a algunos famosos? Mallorca en verano es una pasarela de rostros conocidos. ¡Si hasta Carlos y Diana se han rendido a sus encantos!

—¡Para, para, Keira! Como sigas con ese ritmo de preguntas te vas a quedar sin respiración...

—Es que no todos los días a una le cuentan de primera mano las noticias de la prensa del corazón sin necesidad de bajar al quiosco. Por cierto, menudo portadón el de Rosemary Borgia en la revista española SEMANA. Está espléndida.

—Sí, las fotografías son espectaculares.

—Y el entorno, el vestuario, el maquillaje... Supongo que fue una manera de reivindicarse a sí

misma. ¡Y de qué manera!

—Efectivamente, su estancia en Mallorca la está sentando francamente bien a todos los niveles. Me da la sensación de que se está renovando como persona y como mujer, por dentro y por fuera. Y que está dejando atrás lo que no le gusta de su vida.

—Me alegro mucho por ella, pero no has respondido a todas mis preguntas, querida.

—Puedes estar tranquila, prometo contar todos los detalles, pero mejor en persona. ¿Qué tal una cena para este jueves por la noche? Invito yo, en casa. Algo tranquilo y después cada una a dormir porque al día siguiente tengo que madrugar.

—Mi marido se va a divorciar como siga dejándole tan a menudo el cuidado de los niños por mis continuas escapadas con mis amigas.

—Mujer, solo es una cena, nos llevará dos horas como máximo.

—Amber, que nos conocemos...

—Bueno, igual al final son tres horas, pero nada más.

—Está bien y la verdad es que me apetece.

—Llamo yo a Sarah y tú a Ana ¿te parece?

—Muy bien ¿a qué hora quedamos?

—Sobre las nueve, así no lo alargamos demasiado.

La noche del jueves además de calurosa, fue divertida, como siempre que nos reuníamos las amigas. Keira protestaba, porque decía que tanta reunión iba a provocar una crisis en su matrimonio, algo que nunca ocurriría debido a que más que con un marido, se había casado con un santo. Pero comentaba estas cosas con la boca pequeña, porque la primera interesada por repetir nuestros encuentros más a menudo era ella.

Ana andaba obsesionada porque le relatase hasta los más insignificantes detalles de Mar de Cristal, las fiestas, los famosos, la regata y las novedades sentimentales de Rosemary. Sarah, que atravesaba por una etapa tranquila, se limitaba a moderar nuestras inacabables intervenciones. Se lo estaba pasando en grande entre tanto alboroto.

Como era de esperar la cena se alargó más de dos horas, y tras el helado de chocolate alguien tuvo la genial idea de proponer unos brindis con chupitos después de los postres. Empezamos con los suaves, los de licor de canela o manzana, continuamos con las mezclas, Martini con vodka y limón, Amaretto con zumo de piña, lima y Coca-Cola, y las cuatro sin excepción, terminamos por uno de bourbon sin hielo. Las risas fueron subiendo de tono y el desmadre se fue acrecentando hasta el punto de que Ana propuso que saliésemos a tomar unas copas.

—Yo no puedo, mañana tengo que trabajar. Vosotras podréis dormir hasta el mediodía, pero

cuando a las siete suena mi despertador, no hay excusa que lo detenga.

Mis argumentos y mis quejas fueron en vano. Lo que podía saber era que esa inocente salida estaba a dar un nuevo vuelco a mi vida. Pero las novedades que cambian el rumbo de las cosas aparecen cuando menos te lo esperas, no cuando lo planeas.

—Mañana es viernes y no trabajas por la tarde. A las tres, cuando llegues a tu casa, te metes en la cama y te levantas el sábado si te apetece. Incluso nada te impide quedarte hasta el lunes en la cama si es lo que te pide el cuerpo.

Al final triunfó el ánimo fiestero y todas excepto Keira, que tenía que atender sus deberes de madre, salimos a tomar una copa. Con una única condición por mi parte.

—De acuerdo vosotras ganáis. Salimos un rato, pero tras una copa me retiro. ¡La única que trabaja mañana soy yo!

—Como quieras, pero que sepas que estás un poco pelma con esto del bufete. A estas alturas del verano no vas a engañarnos con milongas acerca de que tienes muchas cosas que hacer... ¡Apenas hay trabajo en los juzgados en esta época del año!

Decidimos acudir a una de las terrazas de moda situada en la orilla del Hudson. Con el buen tiempo apetecía aire libre. En apenas media hora y dando gracias al cielo por haber conseguido un sitio para aparcar a la primera, algo prácticamente imposible en los alrededores de cualquier terraza de la zona, nos encontrábamos en la barra intentando pedir una copa. Echaba un vistazo al ambiente mientras la camarera con cuerpazo de modelo y vestimenta provocativa, reparaba en nosotras.

Mucho bronceado de rayos UVA, cuerpos modelados por machacarse en miles de horas de gimnasio, sonrisas artificiales en cualquier rincón y lo que vi a continuación casi me paraliza el corazón. Helada me quedé bajo los casi cuarenta grados estivales. En una de las mesas del fondo, sentado sobre una vistosa butaca de mimbre y con su mirada puesta en mí, Spencer.

Estaba estupendo. La holgada camisa blanca que lucía resaltaba un atractivo bronceado. Tenía los brazos más torneados, el pelo más largo que la última vez que estuvimos juntos; el flequillo le llegaba a la altura del párpado derecho, pero sin ocultar sus rasgados ojos de un tono ambarino.

Aguanté su mirada durante al menos una decena de segundos, inmóvil, sintiendo mis palpitaciones a un ritmo infernal. La sorpresa inicial unido al shock que suponía tenerlo a escasos metros de distancia, conformaron un estado de ánimo explosivo que iba acelerando mis pulsaciones por momentos. Ana fue la primera en advertir que algo ocurría

—¿Qué pasa, Amber? Te has quedado tan pálida como un fantasma. ¿Acaso has visto uno?

No contesté porque no podía ni hablar. Tal era la impresión. Tampoco hicieron falta las explicaciones; siguiendo la dirección de mis ojos, Ana y Sarah se toparon con Spencer.

—No deberías desaprovechar las oportunidades que el destino te ofrece. ¿Has caído en la cuenta

de todas las circunstancias que acaban de tener lugar para estar a diez metros de Spencer ahorita mismo?

—No te comprendo...

—Primero una cena que no estaba prevista; después la idea de unos chupitos que nos han puesto lo suficientemente contentas para querer más mambo; luego, haberte convencido para salir a tomar la última copa a pesar de tu negativa inicial. Y, finalmente, habernos decidido por una de las terrazas a orillas del Hudson, un lugar que no solemos frecuentar. Hoy es tu noche, no la desaproveches.

—No creo en el destino y a estas alturas empiezo a no creer en las personas. Quiero que pidamos nuestras copas y permanezcamos tal cual estamos, en este mismo lugar de la barra. No miréis hacia aquella mesa pase lo que pase; por cierto, ¿con quién está?

—Con dos amigos —respondió Ana— y tengo que añadir que tu exnovio, o lo que sea, no te quita ojo. Mantiene la vista fijamente hacia aquí, con una mirada tan penetrante que incomoda. No se corta, sabe que le estoy observando y no le importa en absoluto. Ahora su amigo le cuchichea algo al oído y ambos miran hacia acá.

En ese instante Ana levantó la mano a modo de saludo.

—¿¿¿Pero qué estás haciendo???

—No seas histérica, Amber. Solo los estoy devolviendo el saludo. Si te calmas y eres razonable deberías hacer lo mismo.

—Tienes razón, pero me da pánico esta situación.

—¿Desde cuándo tienes miedo a los hombres?

—No se trata de miedo o temores. Y Spencer no es un hombre más. Es, o fue, EL HOMBRE.

—No pretendo ponerte más nerviosa de lo que ya estás, pero el amigo está haciendo señas para que nos acerquemos a su mesa. Casualmente tienen varias sillas sin ocupar.

—¡Mierda, mierda, mieeeeeerda!

El colmo de las casualidades se había confabulado a mi alrededor: tantas en tan breve espacio de tiempo, me aturdí. Empezaba a creer que Sarah por una vez llevaba razón con sus alusiones al destino y las conjunciones cósmicas

—¿Y qué hago yo ahora? ¿Le doy dos besos y le pregunto qué tal como si nada hubiese pasado? ¿Le parto la cara por indeseable? ¿Le ignoro por su injustificada desaparición?

—Pues tienes quince segundos para pensarlo, justo el tiempo que nos separa de recorrer el espacio hasta su mesa.

El trayecto de apenas treinta metros que nos acercaba hacia Spencer se convirtió en una especie

de pasaje a mis infiernos. Yo caminaba erguida, con paso firme y seguro, pero internamente sentía que me temblaban las piernas, me pesaban las manos y que tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para no derramar el gin-tonic que acababa de servirme la camarera, una chica espectacular embutida en una falda reducida a la mínima expresión que le sentaba estupendamente y dejaba al descubierto un vientre plano como una tabla, decorado con un vistosos tatuaje por debajo del ombligo.

La ginebra con tónica rebosaba los bordes ya que no había conseguido, por los nervios, acercarla todavía a mi boca para dar el primer trago a pesar de tener la garganta seca. La mezcla balanceándose al compás de mi inestable pulso, y yo, concentrada en no derramar ni una gota. No era capaz de alzar la vista, sabedora de que esos ojos color miel que antaño me volvían loca, estaban clavados en mí. Conforme me aproximaba a ellos mi desazón se acrecentaba.

No podía controlar el nerviosismo y pasó por mi cabeza la idea de largarme de allí tan lejos como fuera posible. Pero lo que en principio consideré un hándicap, el reencuentro con Spencer rodeada de gente, se convirtió en mi tabla de salvación. Besos para todos, presentaciones entre mis amigas y los suyos, sonrisas cordiales y aparente naturalidad.

Aprovechando mi desconcierto en el trayecto hacia la mesa, mis amigas se habían adelantado para sentarse antes que yo y dejar estratégicamente libre el asiento situado junto a él. La presencia de cuatro personas más, convirtió aquel esperado momento en dos simples besos y un amigable qué tal estás. Intentaba despreciarle y para ello me estaba repitiendo mentalmente una y otra vez su injustificada desaparición de mi vida. Intentaba tantas cosas que solo conseguía recrearme en esa cara que, a pesar de tanto despropósito, me hipnotizaba. Esos tres años le habían sentado físicamente muy bien.

Todas mis frustraciones, mi rabia por la incompreensión de su marcha, se esfumaron por arte de magia cuando esos ojos me miraban y esa boca me sonreía. Me di cuenta de que ahora —como entonces—, no podía evitar caer rendida a sus encantos. Su presencia conseguía que abandonase la razón y me gobernase el corazón. Los extraños motivos por los que ese chico conseguía debilitar mi voluntad, seguían constituyendo una incógnita. La dura mujer que transmitía a los demás una gran fortaleza, marcada personalidad, seguridad y claridad de ideas, se convertía en una chiquilla vulnerable, en una especie de pajarillo desvalido.

Pero entonces recordé cómo era yo a su lado, una mujer brava, un espíritu luchador decidido a conseguir mis metas a cualquier precio. Cuando estuvimos juntos él sacaba lo mejor que yo llevo dentro. Quizá porque Spencer era un buen compañero y durante nuestra relación nos enriquecíamos el uno al otro. Él siempre fue capaz de impulsar mis virtudes, de motivarme e inspirarme. Yo quería ser mejor por y para mí, por supuesto; pero también por él. Me propuse que aquella noche de mi boca no saliese reproche alguno por su ausencia. Pero ante una apariencia de dama de hierro, me estaba derritiendo ante su apetecible cara angelical.

Durante todo este tiempo en el que estuvimos alejados me pregunté cómo me sentiría si alguna vez me encontraba frente a frente con Spencer. Ahora lo sabía: como si no hubiese transcurrido ni un solo día desde que se marchó. Como si permaneciésemos todavía juntos cuando éramos tan felices y estábamos profundamente enamorados.

—¿Cómo estás, Amber?

—Bien, ¿y tú?

—No me puedo quejar. Te veo fenomenal.

—Gracias, a ti tampoco se te ve nada mal.

—¿Estás de vacaciones?

—No, he vuelto a Nueva York. A partir de septiembre voy a trabajar junto al fiscal federal.

—¡Vaya! Enhorabuena. Es una excelente noticia. Y un espaldarazo a tu carrera profesional. — Oh, Dios mío, oh, Dios mío, ha vuelto a Nueva York, ha vuelto a Nueva York... —Esas palabras se repetían en mi cabeza como un estribillo pegadizo.

—Gracias, lo es. A ti tampoco te va nada mal. Todo el mundo sabe que eres una de las abogadas de Rosemary Borgia.

—Así es. Pero Helen Vila es la responsable del bufete. Yo solo soy una más del equipo de H&R.

—No seas modesta ni te restes méritos, Amber. Siempre fuiste muy buena en todo lo que hiciste.

—Y tú, Spencer, vas a conseguir tus metas y aspiraciones incluso antes de lo previsto. Te felicito por ello.

—Tú siempre creíste en mí.

—Era fácil. Tu entusiasmo, tu fuerza, tu optimismo, tu energía, tus ganas y hasta tu ambición eran tan imparables como contagiosas...

—Y también tu compañía. Estar a tu lado me ayudaba a ser mejor. Y lo sabes, Amber. Eras capaz de sacar lo mejor de mí mismo. Jamás me he sentido tan pleno a nivel personal como cuando estuvimos juntos.

Lo soltó así. Sin preámbulos. Escuchar esas palabras fue como recibir un golpe en el estómago. O un bofetón de los que te giran la cara de lado a lado. Resultaba tan agradable como sorprendente oírlos, pero dolían. Si yo le hacía sentir tan bien como me estaba confesando, ¿por qué se marchó? ¿Acaso mi sufrimiento había sido tan duro como el suyo? ¿Él me echaba de menos? ¿Añoraba nuestra relación? Supongo que mi silencio —realmente no sabía ni qué responder ante semejante afirmación— le invitaron a seguir hablando.

—He pensado mucho en ti, Amber. Continuamente. Me he preguntado una y otra vez cómo te iría, qué sentirías, si tú también pensarías en mí, si me añorarías, cómo estaríamos ahora de seguir el uno junto al otro. No he podido evitarlo. Tampoco he querido hacerlo.

—Tú fuiste el que se marchó, no yo. —Aquello fue lo único que atiné a decir mientras intentaba asimilar lo que Spencer me estaba diciendo. Me sentía tan asombrada como paralizada.

—Fue un error, un tremendo error.

—Un error...

—Sí, posiblemente la mayor equivocación que haya cometido en mi vida hasta la fecha.

—Así, ¿sin más?

—¿Qué quieres que te diga, Amber? Podría intentar justificarme, darte explicaciones, defender lo indefendible, echar la culpa a mi inexperiencia, autoflagelarme... Podría hacer muchas cosas. Y todas serían tan inútiles como falsas. Porque lo único que ocurrió entonces es que me equivoqué. Que cometí uno de los fallos más terribles de mi vida. Pero desde entonces he madurado. Y una de las cosas que he aprendido es que hay que saber reconocer los errores. Y enmendarlos cuando siga siendo posible.

»Me equivoqué, Amber. Y mi tremenda e injustificada equivocación me ha hecho mucho daño desde entonces. Tanto, que he sufrido demasiado y he sido incapaz de perdonarme a mí mismo por mi comportamiento. Entiendo que me odies y que pienses lo peor sobre mí. Nada tengo que objetar si ese es el caso, lo comprendo. Por mi parte solo me resta pedirte disculpas con la esperanza de que algún día perdones la torpeza de un hombre joven que cometió el peor desatino de su vida. Alejarse de la mujer de su vida.

—No sé qué decir, Spencer. —Y era verdad. Estaba tan colapsada intentando asimilar sus palabras que la cabeza me daba vueltas, me sentía medio mareada y no era capaz ni de razonar.

De todas las hipótesis que había imaginado en un futurible encuentro con él, la única opción que no había valorado era la que estaba presenciando. Afortunadamente estaba sentada porque las piernas me temblaban. Spencer prosiguió hablando. La expresión de su mirada era triste. Y los ojos no mienten.

—Muchas veces me había preguntado qué haría si coincidiese contigo. Al regresar a Nueva York para trabajar con el fiscal, sabía que eso podía ocurrir en cualquier momento. Pero no tenía respuestas. Nunca era capaz de llegar a ninguna conclusión cuando pensaba en ti. Pero al verte ahora frente a mí, todas esas respuestas me han llegado todas de golpe. Tenerte delante ha sido cómo si el tiempo no hubiese pasado, como si se hubiese detenido. Siento que somos los mismos de entonces. Y aquí, a tu lado, me siento exactamente igual que cuando estábamos en la universidad.

—Pero ni somos los mismos ni estamos en la universidad.

—Sí somos los mismos; somos Amber y Spencer, solo que con tres años más cada uno. Bueno, desde que me marché he reconsiderado mis prioridades. Aunque imagino que en la actualidad tú tienes otra vida en la que yo no tengo cabida. También te pido disculpas por confesarte todo esto apenas unos minutos después de habernos reencontrado. Quizá estoy pecando de imprudente. Pero actúo desde el alma. Me ha salido así desde dentro y no he querido contenerme. Porque bastante contenido he estado ya durante demasiado tiempo...

—¿Contenido? No te comprendo...

—Ni te imaginas la de veces que he intentado contactar contigo, llamarte, escribirte, saber de ti, incluso presentarme en la puerta de tu casa.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Por vergüenza.

—¿¿¿Por vergüenza???

—Así es. Estaba profundamente arrepentido por lo que hice.

—No me extraña...

—Destrocé una relación perfecta. Desprecié el amor más puro. Así que intuía que tú jamás querías volver a verme, atenderme, hablarme, escucharme, perdonarme. Que me odiabas con toda tu alma. Y que rechazarías cualquier intento de acercamiento por tu parte.

Yo me encontraba prácticamente en estado de shock intentando digerir todas y cada de sus palabras, del reconocimiento de su culpa, de la aceptación de su dolor; motivos por los que mis silencios le obligaban a seguir hablando. O quizá su conciencia. O las ganas de liberarse.

—Así que no fui capaz de volver —continuó—. Por miedo a tu rechazo. Y desde entonces no he podido ser feliz. Con esto lo que te estoy queriendo decir es que primero me equivoqué, después fui un cobarde y desde entonces soy un infeliz.

—Un infeliz... —repetí mecánicamente con los puños apretados. Tuve que contener las lágrimas que querían salir como demostración de la mezcla de emoción, rabia, felicidad e incompreensión que estaba sintiendo. Así que después de todo, los dos habíamos sufrido (y mucho) desde su partida...

—Disculpa por haberte dicho todo esto así, de golpe, sin anestesia ni previo aviso —bromeó con una sonrisa amarga en sus labios—. Ni siquiera sé de dónde estoy sacando las fuerzas para hacerlo ni cómo he tenido el valor de decirte todo esto en cuanto te he tenido al lado. Disculpa si te estoy incomodando, pero no he podido actuar de otra manera en tu presencia. Y, por último y si me lo permites, también quiero pedirte perdón por muchas más cosas.

—Adelante —titubeé con la cabeza gacha y sintiendo que el corazón se me iba a salir del pecho.

—Deseo pedirte perdón por llegar a pensar que si permanecía a tu lado nunca podría ser lo que siempre había querido ser; por suponer que tu presencia me distraería para conseguir las metas que me había trazado; por imaginar que mantener viva nuestra relación eclipsaría mi futuro; que serías el mayor de los obstáculos para alcanzar el porvenir que siempre había soñado; en definitiva, por anteponer la ambición al corazón.

No sabía cómo manejar ni procesar todo lo que estaba escuchando. Tampoco era capaz de pensar con claridad. Mucho menos de tomar algún tipo de decisión de una manera irreflexiva y precipitada. Pero algo en mi interior me decía que cuando la vida te trae grandes cambios o sorpresas imprevistas que soplan a tu favor, no conviene anclarse en el pasado y pensar en lo que

pudo haber sido y no llegó a ser. Tampoco era conveniente para construir el futuro —mi futuro — que el rencor y el sufrimiento pesasen más que el perdón y la esperanza.

Tenía que escuchar a mi corazón, cerrar los ojos, dejarme llevar por lo que me hacía feliz y estar dispuesta a disfrutar las sorpresas que el destino me regalase de ahora en adelante. Porque la vida es un largo camino de aprendizaje repleto de retos y experiencias. Y cada adversidad hay que interpretarla como una oportunidad para crecer, para sacar el lado positivo de cada situación. Para impulsar nuestras fortalezas y dejar atrás nuestras debilidades. Para mostrar la mejor versión de nosotros mismos. El devenir de nuestra existencia, los cambios, los retos, nos permiten evolucionar como seres humanos para crecer, perdonar y para ser más fuertes y generosos.

Quizá estaba llegando mi momento para volver a empezar. Había llegado mi tiempo de volver a soñar.

* * *

Aunque el regreso inesperado de Spencer a Nueva York y su desgarrada confesión habían puesto mi vida patas arriba, no debía descuidar el caso de los Mountbatten. Una de las primeras cosas que hice el lunes al llegar al bufete fue ponerme en contacto con Patrick. Prefería ser yo quien tomase la iniciativa, a esperar que me llamase él para intentar sonsacarme tanta información como pudiese acerca de Rosemary.

—Patrick, he de confesarte que tus comentarios acerca de Mallorca no hacían justicia.

—¡Amber, qué alegría! ¿Cómo te han tratado en el paraíso?

—Estupendamente, de eso sí me advertiste.

—¿Lo habéis pasado bien?

—Imposible no hacerlo. El entorno es de ensueño: Mar de Cristal suspendido sobre los acantilados, los bosques de pinos rodeando la casa, el Mediterráneo accesible desde cualquier rincón, esas calas con un agua tan cristalina que se divisa sin esfuerzo el fondo marino, unos jardines que podían haber inspirado al Bosco para pintar El Jardín de las Delicias, la armoniosa arquitectura que transmite paz y tranquilidad. Todo es una maravilla allí.

—Me alegra de verdad que hayas disfrutado tanto.

—¿Habéis salido de la villa?

—¡Ya lo creo! ¡No hemos parado! Fiestas, regata de la Copa del Rey de Vela, excursiones alrededor de toda la isla... Uno de los días estuvimos comiendo una fritura de pescado en tu restaurante favorito. Por cierto, aquí en Nueva York no tenemos restaurantes con vistas al Mediterráneo, pero también tenemos buenos pescados.

Patrick captó mi indirecta.

—Ciertamente para la cena que tenemos pendiente tú y yo puedes escoger la mejor marisquería de la ciudad.

—Ya veremos, todavía no he pensado el sitio. Primero debemos concretar la fecha ¿no crees?

—¿Qué te parece esta noche?

—¿Estás libre a la primera? ¡Qué suerte la mía!

—No te creas. Estoy muy atareado, puesto que estoy preparando a fondo la estrategia para conseguir una propiedad inmobiliaria que se subasta en Manhattan y que tiene que ser mía. Pero la mayoría de mis amigos están fuera de la ciudad en estas fechas; mi hijo lleva semanas navegando con la familia de su novia por el mar Caribe y a punto de prometerse; y mi hija Alice se va a quedar en Los Hamptons hasta finales de agosto.

—En ese caso no hay problema por mi parte. Podemos quedar esta noche.

Patrick se alegró de que pudiésemos vernos ese mismo día. Se le notaba relajado cuando hablaba conmigo. La situación me resultaba curiosa. Le había conocido porque su esposa había acudido a H&R para que le tramitásemos la separación.

Helen me había enviado ante su presencia en representación del bufete como parte de una pequeña trampa, yo me sentía fascinada por el romance clandestino que había mantenido desde su juventud con una mujer desconocida, habíamos congeniado razonablemente bien a pesar de la diferencia de edad, y con el tiempo Patrick se había convertido en una especie de amor platónico para mí. Alguien que llamaba mi atención, pero por el que jamás podría anidar sentimientos profundos en la vida real, a pesar de haberme sentido confundida en alguna ocasión debido a su arrolladora personalidad y su presencia siempre impecable.

—¿Alguna preferencia culinaria?

—Me da exactamente lo mismo. Tú conoces los buenos y seguro que también los malos restaurantes de la ciudad. Reserva donde te apetezca.

—¿A las nueve y media estarás lista?

—Sí, estaré lista a esa hora ¿dónde quedamos?

—Te espero en la puerta de tu casa

—Todo un gentleman, ¿vendrás a recogerme?

—¡Qué menos! Ya que no cocino, haré algún mérito para que olvides ese capricho de verme entre fogones.

—Por mucho que te esfuerces, nada será comparable a una imagen tuya removiendo con esmero los pucheros.

—¿Te han dicho alguna vez que eres una gran cabezota?

—Más de una y más de dos.

—Pues lo reafirmo. Eres muy tozuda.

—¿Y tú qué opinas? ¿Eso es bueno o malo?

—Según para qué cosas...

Cuando él colgó la idea se me ocurrió de repente. ¿Seguirían en la caja las cartas o tras presentar el convenio, Helen se las había devuelto a Rosemary? Si no era así faltaba poco, luego era una de mis últimas oportunidades de adentrarme en los entresijos de romances prohibidos y ajenos. Tuve suerte en varias cosas. A las dos y media con diferentes excusas y aprovechando la falta de carga laboral, los escasos compañeros que quedaban por el bufete se marcharon. Para mi regocijo, las cartas permanecían en la caja fuerte.

Siempre ocurría lo mismo cuando iba a tomar uno de aquellos papeles entre mis manos. Saber que estaba haciendo algo que no era del todo ético —violar la correspondencia ajena— me ponía muy nerviosa, y rehuyendo rebuscar, como si aquello fuese a disminuir mi sensación de culpa, metía la mano deprisa, sin mirar en el interior del oscuro hueco de la caja, sacando el primer papel que se ponía en el camino de mi mano derecha.

Y entonces veía esa letra tan característica y sabía que me disponía a leer algo hermoso...

¿Por qué estamos tan lejos? ¿Por qué nos vemos tan poco? ¿Por qué estoy rodeada de gente que no me importa nada y la única persona de la que me gustaría rodearme noche y día está vetada para mí? ¿Por qué es todo tan complicado? ¿Por qué llegamos tarde uno a la vida del otro? ¿Por qué siento tanto hacia quién no me corresponde? ¿Por qué no podemos disfrutar de lo que los demás tienen a diario sin ningún esfuerzo? ¿Por qué habiendo miles, millones de hombres y mujeres repartidos por el mundo, hemos ido a reparar el uno en el otro? ¿Por qué es a la persona que no tengo a la que más deseo?

¿Por qué cada uno de nuestros encuentros es más especial que el anterior? ¿Por qué estamos tan absolutamente enganchados que hemos decidido desafiar a todo lo que se nos ponga por delante? ¿Por qué, sin embargo, seguiremos acomodados en nuestras respectivas vidas si jamás nos proporcionará la intensidad de la que gozaríamos con una vida en común? ¿Por qué aquel fortuito reencuentro cuando ya nos habíamos perdido mutuamente? ¿Por qué personas que se detestan conviven y nosotros, que tanto nos amamos, nunca disfrutaremos de algo que es gratuito para los demás?

¿Por qué pienso tanto en ti? ¿Por qué imagino a tu lado escenas que me repugnarían con el resto de los hombres? ¿Por qué somos tan libres uno en brazos del otro? ¿Por qué te deseo cada día más? ¿Por qué teniendo clara y reafirmada nuestra postura, a veces tengo momentos de debilidad, de duda? ¿Por qué he conocido el significado de la palabra locura entre tus brazos?

¿Por qué tengo que ser la mujer de un hombre que nunca logrará hacerme sentir lo que puedo conseguir con solo evocar el recuerdo de tus manos? ¿Por qué tenemos que conformarnos con tan poco si podemos luchar por el todo? ¿Por qué no existe entre nosotros la simplicidad de los encuentros casuales? ¿Por qué te siento mío sin serlo? ¿Por qué cuanto más pasa el tiempo más se afianzan unos sentimientos prohibidos? ¿Por qué algo tan hermoso tiene que ser clandestino? ¿Por qué una parte tan pequeña y oculta de nuestras vidas eclipsa el resto? ¿Por qué somos protagonistas de lo mejor que nos ha pasado si prometimos amor eterno a otros?

¿Tienes alguna de las respuestas?

M

ARY

No esperaba encontrar eso cuando abrí el sobre. Estaba acostumbrada a emotivas declaraciones de amor, pero ante mí tenía la angustia de una mujer atravesando circunstancias excepcionales. Y se planteaba cuestiones vitales que pasaban por su cabeza, interrogantes para las que no tenía respuesta. Sentía como propia la impotencia de Mary al observar a muchos de los que te rodean disfrutando de satisfactorias relaciones que no merecen —o no han llegado a valorar en su justa medida— porque la tienen ahí, desde siempre, mientras que otros buscan durante toda una vida jamás lo consiguen, a pesar de que lo desean desde lo más profundo. Sentía como propia la angustia de quien sabe que nunca alcanzará del todo lo que más feliz le hace.

Analiqué una a una esas preguntas. En algunas se decantaba por la desesperanza; en otras por el recuerdo, por el deseo mutuo, o por las dificultades permanentes; hacía referencia a términos tan variados como la complejidad, la dependencia, la intensidad, el gozo, el amor, la libertad, la debilidad, la lucha, la clandestinidad. Una relación tan completa que abarca tanta disparidad de términos para ser definida, por encima de su controvertido fondo, debe ser enriquecedora.

Releí varias veces las preguntas, imaginando posibles respuestas, pero ciertamente, algunas no las tenían. Me paré en una que me aportaba información concreta sobre los hechos que acontecieron a lo largo de su romance —aquel fortuito reencuentro cuando ya nos habíamos perdido mutuamente—. Eso era novedoso para mí: lo que yo conocía de esta historia era continuidad a lo largo de los años.

Si se recuperaron cuando ya se habían perdido significaba que existió una interrupción, un período de distanciamiento. ¿Por qué se separaron? ¿Tan brusca fue esa ruptura para tener Mary la firme convicción de que se habían perdido? ¿Fue el reencuentro una jugada de ese destino que yo tanto cuestionaba, al describirlo Mary como fortuito?

En la cita de aquella noche Patrick intentaría sonsacarme tantas noticias sobre su esposa y detalles sobre mi viaje como le fuese posible. Era una buena oportunidad para intentar hacer lo propio acerca de la identidad de Mary, para satisfacer mi curiosidad al máximo. Él era un negociador nato; estaría predispuesto a facilitarme ciertas informaciones para tenerme contenta y

contraatacar con otras preguntas cuyas respuestas solo tenía yo y que eran de vital importancia para el buen término de lo que él deseaba y yo creía posible tras mi paso por Mallorca: una reconciliación con Rosemary.

* * *

Desde el salón principal del lujoso restaurante neoyorquino que se reconocía como el más antiguo de la ciudad, el Delmonico's, observaba a los ocupantes del resto de mesas que nos rodeaban. Personajes previsibles: esclavos de las apariencias, con exquisitos modales, aspecto elegante, hipócritas por necesidad y obsesionados por el estatus social.

Muchos de ellos —y de ellas— de alta cuna y baja cama. El lujo ocasional es una delicia, pero como norma de vida, al estilo de Patrick y compañía, presentaba el inconveniente de llegar a resultar empalagoso.

—He elegido este restaurante porque tiene personalidad y una larga historia detrás —me confesó—. Detrás de estos muros han acontecido encuentros, desencuentros, amores, desamores, se han cerrado grandes negocios y hasta culminado traiciones. Es un establecimiento con alma, ajeno a las modas, y que siempre pervivirá como icono de la ciudad.

Los impecables camareros atendían solícitos cualquier petición de los comensales, algunos de ellos banqueros de moda, protagonistas de la actualidad económica, y últimamente también de las noticias del corazón por numerosos escándalos personales que estaban saliendo a la luz.

Un descendiente de la aristocracia europea venido a menos, un empresario amigo del poder —y de las modelos veinteañeras—, un periodista de los más temidos por su sensacionalismo en el tratamiento de las noticias... A pesar de atravesar la temporada estival, el aforo el aforo era de lo más jugoso.

Patrick saludó efusivamente a tres conocidos antes de ocupar a nuestra mesa situada en un lugar privilegiado, junto a los grandes ventanales, como no podía ser de otra manera siendo él quien cursaba la reserva. Pasé cierto apuro al ser consciente de las miradas que se levantaban a nuestro paso. Llamaba la atención verle acompañado de una mujer tan joven. Las lenguas afiladas ya tenían tema de conversación para el resto de la noche. La prolongada ausencia de Rosemary había puesto en marcha la maquinaria de la rumorología.

Me incomodaba la expectación involuntaria que estábamos levantando. Notaba como decenas de ojos no paraban de enfocarnos sin el menor disimulo a lo largo de toda la velada. Desde cualquier ángulo podía sentir muchas miradas clavadas sobre mí. Imaginaba que me estarían haciendo un repaso de arriba abajo, sacándome defectos e imperfecciones por todas partes. Demasiado joven, demasiado menuda, demasiado informal...

Pero si nunca me había dejado influenciar ni siquiera intimidar por los comentarios de los demás, aquella noche no iba a ser menos. Debía centrarme en el asunto que me llevaba allí y por

supuesto, disfrutar de la cena. El reflejo de la vela, situada en el centro de la mesa, dotaba a Patrick de un brillo embaucador a sus ojos; cuando los alzaba y sonreía, destacaba su atractiva madurez.

—¿Qué tal estas últimas semanas? ¿Estás ya más tranquilo?

—A veces tengo malos ratos, pero desgraciadamente me voy acostumbrando a la soledad.

—Tú nunca estás solo.

—Me refiero a la soledad en el hogar, cuando llegas por la noche y no hay nadie esperándote con una sonrisa en los labios. Es duro adaptarse a ello. ¿Qué tal lo lleva ella?

—Principalmente está tranquila.

—¿Tranquila? ¡Si no ha dejado de acudir a fiestas y tiene una vida social mucho más intensa que en el Upper East Side! Y que conste que no me parece mal, al contrario, me alegro de que esté disfrutando.

—Me refiero a que está más tranquila interiormente —intenté desviar las cuestiones referentes a su mujer para cuando la conversación estuviese más avanzada.

—Me alegra escuchar eso. Al final va a resultar que el viaje a Europa y permanecer en España durante más semanas de lo previsto ha resultado ser una buena idea. Pese a mis reticencias y temores iniciales.

—Eso creo yo, Patrick. En eso estamos de acuerdo.

—A veces distanciarse es reparador.

—Una curiosidad ¿has visto a Mary durante estas últimas semanas?

—¡Qué directa eres! Pero eso me gusta... ¿Tú qué crees?

—Pues supongo que sí...

—Es una obviedad.

—¿Y bien?

—¿Qué quieres decir?

—¿Os decidís a formalizar de una vez o seguiréis siendo eternos prófugos del amor?

—Sabes que quiero recuperar a mi mujer. Esa es mi prioridad.

—¿Y si finalmente ella no desea volver contigo?

—En ese caso no sabría decirte, pero creo que Mary y yo seguiremos como estamos. No vamos a

precipitar los acontecimientos.

—¿Después de más de veinte años? Yo a eso no le llamaría precisamente precipitarse.

—Sabes que nuestros planteamientos nunca fueron convencionales; comenzar ahora a pensar y actuar como una pareja tradicional es algo que nos llevaría mucho tiempo de reflexión e incluso de adaptación.

—Mi modesta intuición me dice que seríais felices. Lo tenéis todo a favor, y más habiendo permanecido siempre juntos desde que os conocisteis —era mi oportunidad de ahondar en el tiempo que se distanciaron— sin ni siquiera una corta separación. Eso tiene mucho mérito ¿verdad?

Por un instante Patrick parecía dubitativo y tras unos segundos de indecisión, precisó:

—Ese supuesto mérito tampoco es digno de alabar porque lo que desgasta es la convivencia diaria. Hemos pasado meses sin vernos a lo largo de los años...

—Pero han sido alejamientos obligados, me refería a que no ha existido ninguna ruptura...

—Patrick volvió a dudar por breves instantes.

—Bueno eso no es del todo exacto, hubo una temporada, creo que fue durante un par de años, que no supimos nada el uno del otro.

—¿Qué ocurrió?

—No fue algo premeditado. Coincidieron los preparativos de mi boda con una época en la que ella estuvo fuera estudiando una especialización de su posgrado, a la vez que atendiendo ciertos negocios que había montado y que le absorbían el poco tiempo que le quedaba libre. Nunca hubo entre nosotros un «ya no quiero estar más contigo». Simplemente dejamos de coincidir, de vernos y hasta de hablar. Yo seguía pensando en ella tanto como ella en mí, pero lo dejamos pasar sin poner nada de nuestra parte. El reencuentro fue fulminante para ambos.

—¿Fortuito?

—No exactamente. De forma consciente yo volví al lugar donde sabía que podía encontrarla, pero ni siquiera sabía si aparecería por allí justo ese día, en esa precisa hora.

—Y ella apareció...

—Así fue. Cuando la vi bajar por aquellas escaleras con su melena en movimiento y esos labios carnosos perfilados con carmín rojo, supe que la necesitaba cerca. Fue casualidad coincidir tras tanto tiempo sin ponernos de acuerdo, sin saber el uno del otro, pero yo estaba allí esperando por ella.

—Es posible que Mary buscara ese distanciamiento al conocer la noticia de tu boda.

—Nunca tuve valor para confesárselo.

—¿¿¿Que no fuiste capaz de decir a Mary que te casabas??? Pero si ella sabía toda la verdad, conocía la existencia de Rosemary ¿o no? —Por un instante dudé.

—Sí, sí, claro que sabía de mi mujer.

—La fallaste.

—La fallé.

—Siempre decepcionas a las personas que más te quieren.

—Que son a la vez a las que más quiero.

—Tu vida, a ratos, parece la representación de una antología del engaño. Pero llevada con suma elegancia, he de reconocer.

Él me miro con dureza, pero nada objetó.

—¿Por qué lo hiciste? Si Mary estaba al tanto de todo ¿qué necesidad había de mentir? De esa manera solo generas desconfianza y sufrimiento en los demás.

—Más que mentir, lo que hice fue ocultar información.

—Patrick, denomínalo como quieras. Pero el resultado final es el mismo.

—Tampoco he llegado a comprender por qué me comporté así. Siempre habíamos mantenido una excelente relación, que independientemente de la atracción física o el deseo, no carecía de connotaciones amistosas. Nos contábamos nuestros problemas, nuestras cosas, los asuntos más íntimos, recuerdo que por aquel entonces ella salía con un chico muy conflictivo emocionalmente...

»De repente, me encontré con la embarazosa situación de comunicarle la noticia de mi boda a una mujer con la que había mantenido una bonita relación continuada durante todo mi noviazgo. Era mi otra chica, pero alguien a quien respetaba demasiado, no podía ponerme delante y decirle «me caso». No pude, estuvo mal, lo sé, fue un comportamiento inaceptable. Pero me sentí incapaz.

Se le notaba molesto consigo mismo cuando recordaba aquel episodio a pesar del tiempo transcurrido.

—No lo entiendo. Si ella seguía la evolución de tu relación con Rosemary, debía suponer que tarde o temprano darías el paso ¿qué temías?

—Supongo que su rechazo y la vergüenza que me daba confesárselo.

Cuando pronunció la palabra vergüenza recordé la reciente confesión de Spencer... Así que algunos hombres se quedaban paralizados por la vergüenza, aunque aquello supusiese una ración extra de sufrimiento para todos.

—Más que rechazo es lo que debiste de obtener por su parte cuando ella se enterase por terceras personas de tu boda.

—Es algo que nunca me ha llegado a perdonar del todo y de vez en cuando todavía me lo echa en cara. También influyó en nuestro distanciamiento mi cobardía.

Así que Patrick también referenciaba a la cobardía, como Spencer. Dos hombres separados por varias generaciones, con trayectorias vitales y sentimentales dispares, pero unidos en su errática manera de afrontar sus relaciones. Y por el idéntico modo de reconocer sus culpas.

—Vaya, vaya, señor Mountbatten. Siempre he tenido de ti la imagen de un hombre valiente y decidido, dispuesto a lo que sea por conseguir lo que quiere. No te imagino escabulléndote para no tener que rendir cuentas de algo tan obvio ante la mujer que, entre otras muchas cosas, era, y sigue siendo, tu cómplice.

—Ya ves, querida Amber, nadie es perfecto.

—¿Cómo te hubieses sentido en su situación? Es decir, si te hubieses enterado por otros de una noticia tan trascendental en la vida de Mary.

—Supongo que muy dolido.

—Dolido, despreciado, engañado, indignado... Se me ocurren muchos adjetivos para definir ese estado de ánimo y ninguno es bueno. Supongo que las últimas veces que estuvisteis juntos antes del distanciamiento ya sabías que te ibas a casar.

—Sí.

—Y lo callaste.

—Así es.

A veces Patrick era capaz de decepcionarme hasta a mí. ¿Qué se puede esperar de alguien que miente a su esposa y comparte un maravilloso romance con otra mujer a la que también engaña por comodidad, para no tener que enfrentarse a una situación comprometida para él?

—No te catalogaba como cobarde y desagradecido, quizá te he sobrevalorado.

—¿Tú también me vas a castigar por algo que cometí hace muchos años y por lo que ya pagué mi culpa sobradamente?

—¿Cómo confiar en ti si no concibes la lealtad ni con las mujeres a las que se supone que amas? ¿Qué serás capaz de hacer a los demás si a tus seres más allegados los traicionas continuamente?

—No soy una mala persona, Amber.

—Pero tampoco eres un santo.

—Nadie lo es. Ocultar mi matrimonio a Mary estuvo mal, muy mal, pero obré así por cobardía,

no encontraba las palabras; tampoco el momento ni el modo más digno de hacerlo sin caer en el ridículo ni por supuesto el valor necesario para hacerlo. Nunca actué por mala fe o intención de dañar. Jamás he vuelto a dejar fuera de la auténtica realidad de mi vida a Mary. El primero que reconoce que tuve un comportamiento deplorable en aquel momento soy yo, y créeme, no se ha vuelto a repetir.

»Con respecto a mi esposa no puedo justificar mi forma de proceder durante tanto tiempo, porque no hay palabras ni argumentos para ello. El amor no atiende a razones, y Mary y yo, a pesar de la incompreensión para quienes no habitan en nuestra piel, hemos sido felices. Soy un egoísta, pero la vida es única y la quiero disfrutar en su máxima amplitud. Intensidad, aventura, locura, desenfreno, expectación, sorpresa, incertidumbre, energía, delirio, exaltación, expresividad, imaginación... No puedo apartarla de mi vida porque quedaría incompleta.

¿Qué podía objetar yo ante semejante declaración? Absolutamente nada. Muy a mi pesar no podía rebatir esos argumentos porque ante todo los añoraba para mis propias vivencias. Al escuchar ese razonamiento, expuesto con tanta convicción, a flor de piel, creyendo firmemente en lo que se dice, era cuando me volvía a reencontrar con el Patrick que me llamaba tanto la atención y, en cierta manera, me encandilaba.

Estuvimos unos minutos en silencio, ausentes, cada uno ordenando nuestros propios pensamientos, hasta que de nuevo mi curiosidad nos devolvió a la realidad. A esa cena, a una agradable noche de verano, a la presencia de uno frente al otro, separados por una mesa vestida por un fino mantel de hilo blanco y decorada con las tradicionales, pero siempre elegantes flores —camelias— y velas.

—¿Y qué pasó tras ese imprevisto volver a empezar?

—Al principio Mary fue reacia a mi presencia. Pero superado el bache, los sentimientos se reafirmaron hasta el punto de unirnos más que nunca.

—Hasta el presente.

—Así es. Por cierto, llevo toda la cena hablando sin parar y casi no he probado bocado —estaba claro que quería cambiar el rumbo de la conversación para dirigirla hacia lo que le interesaba—. ¿Por qué no me cuentas tu experiencia en Mar de Cristal mientras yo doy buena cuenta de esta exquisita lubina?

Así que había llegado el momento de abordar sus deseos por reconciliarse con su esposa e intentar sonsacarme todos los detalles acerca de su estado de ánimo, de cómo se encontraba y de lo que Rosemary pensaba acerca de su regreso a Nueva York...

Fui franca. Primero me explayé con los detalles más triviales referentes a mi estancia allí. La fabulosa villa de Oliver, el entorno y el clima mediterráneo, comidas, cenas, salidas, fiestas, personalidades a las que habíamos conocido, excursiones y todos los aspectos lúdicos a los que él prestaba mucha atención de buena gana. Podía vislumbrar cierto deje de nostalgia en su rostro cuando identificaba a través de mis descripciones, parajes o situaciones que debían ser familiares para él, puesto que Patrick había visitado la isla en varias ocasiones junto a Rosemary.

—¿Habéis hablado sobre mi intención de volver a estar juntos? —me preguntó directamente después de escuchar mi relato acerca de nuestro inolvidable viaje.

—Sí. Una reconciliación hoy por hoy está difícil, no te voy a engañar. Pero su muro de resistencia está comenzando a resquebrajarse. Eso es, al menos, lo que yo he percibido estos días en España.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que ella es consciente de que se acerca el día en el que tendrá las fuerzas suficientes para ponerse frente a ti.

—¿De veras? Eso es una buena noticia.

—Supongo que para ti lo es, sí.

—La mejor.

—Y también sabe que no puede demorar mucho más en el tiempo su regreso a Nueva York. Rosemary está a punto de volver, es cuestión de pocas semanas, quizás de días, que se suba a un avión con destino al JFK.

—No sabes qué feliz me hace escucharte oír eso, Amber.

—Aunque a día de hoy ni ella misma sabe qué decisión tomará. Pero su larga estancia en Mallorca está suponiendo una especie de catarsis vital para ella.

—¿En qué sentido? —preguntó intrigado y con cara de asombro.

—En el mejor de los sentidos, Patrick.

No quise dar más pistas. Ninguna de las confesiones que tres mujeres se hicieron durante unos días de vacaciones debía salir de donde quedaron, en Mar de Cristal. Las confidencias y los secretos que se revelan desde el corazón jamás deben ser desvelados. La confianza que depositan en ti los demás nunca debe ser quebrantada. Patrick no conseguiría arrebatarle declaraciones íntimas, pensamientos y sentimientos profundos que Rosemary o cualquier otro me hubiesen contado.

—¿Pero aún me quiere?

—¡Pues claro! Sí, Patrick, te querrá siempre.

Patrick empezaba a darse cuenta de que se acercaba el momento de la verdad. Cuando ella regresase de Europa se jugaba mantener la unión de su familia o romper definitivamente su matrimonio.

—Si te parece bien podemos dar un paseo, aunque entenderé que te apetezca que te deje en casa.

—Me parece una buena idea que caminemos durante un rato. Hace una noche estupenda.

¿Sabes? Nueva York con las calles semivacías también tiene encanto.

Salimos del restaurante y comenzamos a caminar por Beaver Street. Una pareja jugueteaba alrededor de un robusto árbol; el chico intentaba abalanzarse sobre la chica; ella lo esquivaba utilizando el tronco como parapeto. Después corrían uno tras otro, hasta que al final ella se dejaba cazar y las risas se silenciaban con un apasionado beso.

Patrick y yo observamos divertidos la escena. Ninguno de los dos comentó nada al otro, pero era fácil adivinar nuestros pensamientos. Los míos se dirigían hacia Spencer, cuando disfrutábamos tanto que nos olvidábamos del resto del mundo.

Mientras contemplaba a aquellos dos chicos reír a carcajadas, jugar como niños y divertirse en mutua compañía, no me costaba reconocer que Spencer y yo nos acercábamos mucho a una pareja ideal. Y sonreí por fuera y por dentro: esa sonrisa provocada por agradables recuerdos que podían volver a repetirse, iluminó mi rostro y mi alma.

Patrick también los miraba, pero no podría asegurar hacia dónde dirigía sus pensamientos porque no dijo nada. Al final fue él quien rompió el silencio para dirigirse a mí con esa mirada que era capaz de descolocar a cualquiera.

—Siempre hablamos de mí, pero nunca me has contado nada acerca de tu vida.

—No hay mucho que contar...

—Claro que sí.

—Yo no estoy tan segura.

—Déjame adivinar. Seguro que una mujer como tú tiene mucho éxito con los hombres.

—Te equivocas por completo.

—Bueno, hace poco te comenté que podía ser debido a que no habías encontrado a la persona que supiese valorarte en tu justa medida. ¿Estás con alguien?

—La verdad es que no.

—¿Pero has sido feliz con algún hombre?

—Fui inmensamente feliz... Alguien sí supo hacerme sentir la más maravillosa mujer sobre la tierra, la única. Una experiencia inolvidable, sin duda. Pero en la vida, en muchas más ocasiones de las que desearíamos, las cosas bonitas se acaban.

—¿Todavía le quieres?

—Algo siento por él, pero a estas alturas no sé qué es...

—¿Estás segura de que no lo sabes, Amber?

—La verdad es que sí lo sé —reconocí. No podía seguir por más tiempo engañándome a mí misma. Quizá confesarlo en voz alta fuese una forma de liberarme y dejar atrás esa parte dolorosa de mi pasado para afrontar, y enfrentarme, a un futuro mejor.

—¿Entonces?

—Lo sé perfectamente. Es amor. —No quise dar a Patrick detalles acerca de nuestro reciente reencuentro.

—¿Y crees que merecería la pena volver con él?

—No lo sé.

—¿Por qué?

—Porque por muy fríamente que analices las cuestiones sentimentales, cuando tienes delante a la persona a la que adoras se te olvida todo: el corazón es más poderoso que la razón. Es un tópico que hemos escuchado miles de veces, pero no por ello deja de ser cierto.

—Me ha quedado claro lo que te dicta tu corazón. ¿Pero qué te dice la razón, Amber?

—Que Spencer no es perfecto, nadie lo es. Pero estoy casi segura de que es el hombre perfecto para mí.

—Amber, si crees de veras que es el hombre ideal para ti, para tu felicidad, lucha por recuperarlo. Si piensas que te hará infeliz, olvídale para siempre.

—Desconozco si a su lado encontraré la plena felicidad. Pero lo que he comprobado es que estar alejada de él me hace infeliz.

—Pues ahí tienes la respuesta. Yo creo que sí que lo tienes muy claro. Pero la decisión es tuya.

Continuamos disfrutando de aquel tranquilo paseo durante algunos minutos más, intercambiando opiniones sobre el amor y acerca de la complejidad de los sentimientos. Al doblar una esquina una farola iluminó su rostro por completo. Se paró en seco, justo debajo. Lucía una espléndida madurez, su rostro al contraluz me resultó más atractivo de lo habitual y el reflejo plata de sus canas le sentaba de maravilla. Mi cara de admiración debió delatarme porque permanecí unos segundos observándole, aguantando fijamente su intensa mirada.

Fueron unos momentos inciertos, gobernados por el pleno silencio. Patrick se acercó mucho; tanto, que podía sentir su respiración; yo permanecí muy quieta, con mis miembros paralizados por la incertidumbre. Apoyó la palma de su mano en mi barbilla y me dio un suave beso en la mejilla apenas perceptible. La primera y única vez que lo hizo. Un breve gesto de cariño con el que yo corroboré que sentía admiración hacia un hombre muy especial, único, complejo, atípico, controvertido y excepcional. También poseedor de otras muchas virtudes, quizá tantas como defectos.

Pero lo que me quedó claro es que jamás podría sentir por él —quizá por ningún otro— lo que

sentía por Spencer. Y comprendí que ya sabía dónde estaba mi cielo prometido; el espacio en el que se encontraba mi particular paraíso. El lugar donde yo podía tocar las estrellas sin tener que subir al firmamento para acariciarlas: a su lado.

A continuación, Patrick y yo proseguimos con nuestra caminata nocturna sin más contratiempos. Y entonces me di cuenta de que hacía mucho tiempo que yo no sentía tanta paz interior como en aquella noche de verano paseando por las calles de Manhattan. Porque me había reencontrado conmigo misma y con el camino que me dictaba el corazón. Y que nunca me había dejado de dictar, aunque no había querido escucharlo.

IV PARTE

Renacer

Capítulo X

Alejarse no es despedirse

Patrick me ha contado que algunas cosas de ti le recuerdan a la Mary de hace veinte años, aunque evidentemente lo que me anima a escribirte no son nuestras posibles similitudes. Estas letras se deben al interés que has mostrado por las vivencias que él y yo hemos compartido a lo largo de tanto tiempo. Has demostrado respeto por nuestras razones, por nuestra forma de sentir el amor, por nuestra forma poco ortodoxa de actuar, e incluso en determinadas ocasiones, admiración hacia mi persona.

Eso me ha conmovido, sabiendo que conoces la parte más controvertida de mi existencia, la que de haber salido a la luz hubiese servido para que la práctica totalidad de los que me conocen y otros para los que soy una perfecta desconocida, me hubiesen machacado, criticado y juzgado. Sin embargo, tú, lejos de dejarte intimidar por las leyes morales mayoritariamente aceptadas — muchas veces por comodidad y en otras ocasiones hasta por hipocresía—, has reconocido el derecho de las personas a escoger. Enhorabuena, si sigues ese mismo criterio para tu propia vida serás muy feliz.

No voy a contarte las circunstancias y el desarrollo de nuestra relación, esas ya lo conoces de muy buena mano, ni tampoco intentaré justificar mis actos. Lo que voy a intentar es abrirte mi interior, algo difícil de plasmar en un papel y en unas pocas líneas.

Aunque somos responsables de las decisiones que tomamos y jamás debemos evadirnos de las responsabilidades que nos correspondan, las causas que las rodean en ocasiones escapan de nuestras manos. Hay personas a las que no buscas conscientemente, de repente aparecen en tu vida. Patrick se presentó en mi juventud o yo en la suya, vete tú a saber, y ambos decidimos disfrutar esa oportunidad sin saber hacia dónde nos llevaría o que consecuencias traería.

Nuestras respectivas vidas evolucionaron hacia circunstancias y lugares dispares, pero para entonces, ya estábamos lo suficientemente enganchados el uno con el otro como para plantearnos cualquier otra cosa que no fuese la posibilidad de disfrutar los escasos, aunque inigualables momentos, de los que disponíamos.

Existen muy distintas formas de amar y relacionarse, tantas como personas y personalidades, y lo más común es lo generalmente aceptado, pero no tiene por qué ser lo mejor. Lo que es bueno para ti puede ser nefasto para los demás o viceversa y las pautas que siguen las personas en el ámbito más íntimo de sus vidas debe ser respetado por todos los demás, prevaleciendo la máxima de evitar hacerte daño a ti mismo o a otros.

Conocíamos el sufrimiento que provocaría nuestro comportamiento en terceras personas, de ahí nuestro intento de mantener la máxima discreción. La revelación de esta relación, como bien sabes, ha sido una desafortunada coincidencia. La angustia y el dolor del que no se lo merece es la única crítica que aceptaré, lo único por lo que arrepentirme y por lo que estar dispuesta a pagar y redimir culpas.

Sin embargo, las valoraciones injustificadas, ideas preconcebidas, tradiciones obsoletas, morales anticuadas y en ocasiones impuestas socialmente, lo único que consiguen con más frecuencia de la recomendable, es impedir el desarrollo pleno de muchas personas.

La mayoría actúa como se supone que debe hacerlo, como les han dicho, como está escrito en las normas. Condicionarse a las reglas encasilla, recorta, restringe, crea adicción, en definitiva, coarta la libertad. Puede que sean socialmente correctos, que hayan actuado como los demás esperaban de ellos, pero llegará un momento en sus vidas, seguramente cuando ya sea demasiado tarde para retroceder o rectificar, en el que se sentirán frustrados por no haber dado rienda suelta a sus verdaderos deseos, a seguir el camino que les dictaba su corazón, no el que les venía impuesto.

El mundo está lleno de mentes atormentadas por no haberse realizado como personas, por no haber sido capaces de llevar a la práctica sus mayores anhelos, por haber permitido que miedos o temores infundados hayan coartado el crecimiento de su verdadero espíritu. Amoldarse a educaciones tajantes y restrictivas termina saturando la sociedad de clones aburridos, aborregados y conformistas, en vez de potenciar las infinitas posibilidades de la individualidad de cada cual.

Al lado de Patrick he vivido algunos de los mejores momentos de mis más de cincuenta años. Créeme, medio siglo da para mucho. Si borrarse su presencia de mi vida, esta seguiría siendo plena, pero sin lugar a dudas, menos intensa.

No incito a nadie a que siga mis pasos, pero sí a que se atrevan a ser ellos mismos, a que demuestren sus sentimientos por muy diferenciados que puedan parecer, a saltarse las normas que detestan o que simplemente no comprenden, a dejarse llevar por la intuición, a dejar fluir la espontaneidad, a desafiar las costumbres sociales que no tienen sentido, a reír o llorar cuando tengan ganas, a saborear los éxitos que les costó mucho conseguir, a amar profunda, intensa y apasionadamente para conseguir, sino la felicidad, sí al menos, una vida dichosa.

Las más grandes vivencias son las que acarrean mayores riesgos y cuando intuyas que algo va a ser hermoso, que un sentimiento es verdadero, no lo abandones, atrápalo y déjate llevar, cree en ti mismo y no en prejuicios ajenos.

Defiende tu derecho a ser feliz.

M

ARY

Cuando recibí aquella carta, Rosemary ya había regresado a Nueva York. El sobre que guardaba esta carta llegó a H&R una gélida mañana de diciembre dominada por la niebla, con la mayoría de los tejados y las ventanas de la ciudad coloreados de blanco por el efecto de las severas heladas nocturnas y de las bajas temperaturas.

Me agradó ser la destinataria de esas letras; supongo que se trataba de un pequeño regalo de parte de aquella mujer desconocida por el interés y tolerancia que yo había demostrado por su relación clandestina. Con la mayoría de las cosas que me escribió estaba de acuerdo; con otras no tanto.

En cualquier caso, me gustó recibirla porque sostener entre mis manos aquel sobre y ese folio, para mí suponía la pieza definitiva para cerrar un círculo. Un vínculo que yo misma había creado debido a mi interés por la lectura compulsiva de aquellas misivas que dos amantes —ajenos a mí, a mi vida y a mi entorno— se habían intercambiado a lo largo de los años desde mucho tiempo atrás.

Y que me habían llevado a sentir una fascinación tan intensa como pasajera por Patrick Mountbatten. Quizá porque me encandilé por una fantasía y no por el hombre real que la interpretaba. Pese a todo, debía reconocer que él no era una persona corriente y nunca lo sería. Y que me había encantado conocerlo y pasar tiempo a su lado.

Aquellas cartas ya habían sido retiradas del bufete por quien nos las entregó, Rosemary; lo hizo la misma semana que me escribió esa misiva inesperada la otra mujer a la que su marido había querido. Por eso interpreté esa casualidad como el final de un capítulo de mi vida; del punto y final de mi primer caso importante —la convulsa historia sentimental de uno de los matrimonios más famosos de la alta sociedad neoyorquina—. Consideré que me encontraba ante el momento idóneo para pasar página. Ahora yo tenía que dedicarme a las nuevas perspectivas personales y laborales que se abrían ante mí.

Spencer y yo volvíamos a quedar frecuentemente. Cuando estábamos juntos parecía como si no hubiésemos pasado ni un solo día separados. La complicidad se mantenía intacta y cada conversación que abordábamos era tan intensa como enriquecedora. Nos veíamos todas las semanas en la ciudad —cenas tempranas, brunchs dominicales, sándwiches de pastrami en el Katz's o en el Eisenberg's, largas sobremesas con un café humeante entre las manos en el Algonquin Blue Bar o el White Horse Tavern, caminatas por la Quinta Avenida o paseos por Central Park—. También organizábamos algunas escapadas los fines de semana porque nos gustaba perdernos por los coquetos pueblitos del valle del Hudson, explorar las montañas cercanas y disfrutar de sus parajes naturales.

Visitamos a lo largo de un fin de semana la isla de Martha's Vineyard, conocida por ser una de las bonitas de los Estados Unidos y por acoger a los presidentes del país en sus vacaciones estivales. En uno de sus enclaves más representativos hizo construir Jacqueline Kennedy Onassis en los años setenta, Red Gate Farm, su refugio estival más querido y la propiedad por la que pasó antes de la muerte de Jackie toda la aristocracia estadounidense.

Me fascinó el pueblo de Edgartown con sus distinguidas casas victorianas y su pintoresco puerto.

Me gustaron tanto sus playas de postal, sus aguas cristalinas y su ambiente bucólico, que se me pasó por la cabeza una idea inesperada mientras caminaba con Spencer agarrada de su mano: si alguna vez me casaba, me gustaría hacerlo descalza, sobre la arena de una de sus playas.

El regreso de Spencer a Nueva York para trabajar en la oficina del fiscal federal, así como su franca confesión sobre sus sentimientos hacia mí —en el transcurso de la cual me desveló que nunca me había olvidado y que él también había sido otra víctima de su gran error—, eran dos señales que no podía ignorar.

Yo todavía no estaba preparada para que volviésemos a ser la pareja que fuimos y de entregarme sin límites, pero deseaba estar a su lado. De eso estaba completamente segura. Solo necesitaba un poco más de tiempo para volver a confiar, para ser capaz de dejarme llevar sin límites como antaño. Era lo único que requería, recuperar la confianza, porque lo demás lo tenía muy claro: estar a su lado me hacía completamente feliz.

Pese a mis dudas y reticencias iniciales, ese fue el punto de inflexión definitivo para seguir adelante: mi felicidad. ¿Por qué renunciar a mi dicha presente y futura por el peso de una equivocación, por la losa del pasado o por el lastre del rencor? ¿Por qué permitir que la venganza se interpusiese entre dos personas que saben que se quieren y se necesitan? ¿Por qué anteponer el orgullo o negar el perdón a lo más bonito que había vivido?

Y es que, finalmente, yo había interiorizado que esa era una de las claves en cada nuevo comienzo: para alcanzar la calma interior y despojarse de inquietudes, pesares y desasosiegos, había que saber —y querer— perdonar. Y me di cuenta que llevar a la práctica esa convicción fue lo más correcto no solo por él, sino también por mí misma.

El alejamiento de Spencer nos había hecho mucho daño a los dos; jamás superamos estar separados ni nos olvidamos mutuamente. Tampoco fuimos capaces de querer a otras personas. A pesar de nuestra juventud ya habíamos sufrido demasiado por amor; así que decidimos que la vida es demasiado corta para desperdiciar el tiempo que nos quedase de ahí en adelante debido a los deslices cometidos en tiempos pasados.

Él había reconocido su fallo, era víctima de su propio desacierto, estaba profundamente arrepentido y solamente quería recuperar a mi lado los años que estuvimos distanciados. Y yo con mucho gusto me dejaba querer, consentir y mimar.

Y no era la única mujer que había decidido dar una segunda oportunidad al hombre de su vida, de abrir de nuevo su corazón al amor. Cuando Rosemary Borgia por fin regresó a Nueva York después de varios meses residiendo en Europa, nos asombró a todos por la decisión que tomó. Llegó justo a tiempo de inaugurar la que sería conocida por todos como Torre Mountbatten; así habían bautizado al imponente edificio de Manhattan cuya propiedad había estado persiguiendo Patrick durante todo el verano y que finalmente consiguió ofreciendo la más alta cantidad de dinero en una subasta inmobiliaria de alto standing.

No se hablaba de otra cosa entre las élites de la ciudad. El rascacielos de casi trescientos metros de altura iba a ser destinado por los nuevos propietarios como residencia de la familia en sus últimas plantas. También para unificar en el mismo edificio las diversas oficinas que gestionaban los negocios de los Mountbatten —cada vez más diversificados con mucho éxito— y que hasta

entonces estaban repartidas por toda la ciudad.

El resto del rascacielos se iba a destinar para alquilar apartamentos y viviendas de ultra lujo a inquilinos distinguidos, excepto las tres primeras plantas, lugar donde se iban a ubicar tiendas de las firmas internacionales más exclusivas, así como sucursales de los mejores restaurantes y cafeterías de la ciudad.

Torre Mountbatten fue inaugurada con una increíble fiesta de Navidad que organizó Rosemary (con un despliegue de medios nunca visto hasta la fecha) y a la que no faltó ningún miembro de relevancia de las altas esferas sociales, económicas, mediáticas, financieras y políticas de los Estados Unidos. Un evento del que se habló en los cenáculos y mentideros más influyentes del Upper East Side y en los medios de comunicación nacionales durante meses.

En los programas con más audiencia y en los periódicos y revistas más vendidos, se describió al detalle todo lo allí acontecido. Como que un cuarteto de cuerda dio la bienvenida a los invitados; que una banda de jazz amenizó la velada; que el catering más afamado sirvió una selección interminable de exquisitas delicatessen; que había estaciones de especialidades japonesas, quesos franceses y de dulces y chocolates para satisfacer a los paladares más sibaritas; que miles de hortensias, peonías y orquídeas colorearon cada rincón, o que docenas de velas y antorchas alumbraron estancias, salones y escaleras.

El toque especial de la ambientación lo ponía un árbol de Navidad de impresionantes dimensiones que presidía la imponente terraza del ático; una terraza que mostraba unas vistas hipnóticas de las torres y tejados de Manhattan. Y todos los invitados llevaron a casa un fabuloso regalo que dejaba patente la generosidad de los anfitriones: una selección de las mejores etiquetas de sus vinos para ellos, y una fina pulsera de cadena de Tiffany para ellas.

La lista de invitados fue envidiable; semejante poder de convocatoria estaba al alcance de muy pocos. En los corrillos de la fiesta de los Mountbatten se vio departir, entre otros, a Magic Johnson, Francis Ford Coppola, Naomi Campbell, Brooke Shields, David Bowie, Elizabeth Taylor acompañada de sus míticas esmeraldas, y, por supuesto, a congresistas, senadores, fiscales y los magnates y directivos de los grupos de comunicación más relevantes del país.

Y de cada detalle de la organización, así como de esa convocatoria de invitados inalcanzables para la gran mayoría, se encargó Rosemary Borgia. Ella decidió regresar a la vida social de Manhattan por todo lo alto, hasta el punto de que aquella legendaria noche fue su particular punto de partida para llegar a ser considerada la mejor anfitriona de la ciudad de ahí en adelante.

—Una no puede regresar por la puerta de atrás de donde alguna vez huyó —me confesó más adelante—; si has decidido volver al lugar de donde te marchaste, no debes pasar desapercibida. Tienes que dar que hablar, convertirte en la auténtica la reina del lugar y ser tú quien genere los titulares que quieres protagonizar.

Rosemary también se sorprendió a sí misma por su determinación definitiva respecto a su matrimonio, después de haber estado reflexionando durante meses acerca de cómo debía encauzar la situación y de qué tenía que hacer con el resto de su vida. Aquellos asuntos que iban a definir su futuro ocuparon su mente con más intensidad durante las semanas que residió en España.

Pero con el paso del tiempo jamás se arrepintió de la decisión final que tomó. Al contrario, después de los sinsabores e inseguridades que padeció durante los meses de exilio voluntario, siempre estuvo convencida de haber elegido el camino correcto.

Y vistos los logros de la familia Mountbatten y de su propia evolución personal desde su regreso en adelante, sin duda acertó.

Capítulo XI

Torre Mountbatten

—Te ha sentado francamente bien el viaje a Europa, querida. Estás espléndida.

Aquellas fueron las primeras palabras que Patrick dedicó a Rosemary cuando se reencontraron después de estar casi ocho meses sin verse. Las pronunció con sinceridad, un punto de admiración y cierto deje de condescendencia; esa indulgencia hacia los otros era un sello implícito a su forma de ser y actuar en cualquier momento y situación.

—Lo sé —dijo ella con mucha seguridad, sin inmutarse y restando importancia al sutil halago de su marido.

Se había propuesto que las concesiones de ahí en adelante iban a ser potestad suya, no de Patrick.

—Has hecho un buen trabajo en Europa. Has puesto en orden con diligencia y eficacia todos los asuntos referentes a las bodegas y cultivos que poseemos en el Viejo Continente.

—También lo sé.

—Quizá ese fue el motivo por el que después de cumplir con las obligaciones pertinentes, te tomases unas largas vacaciones en Mallorca.

—Es posible que esa fuese la causa, sí. O quizá se acumularon varias razones que hicieron necesarias una pausa y una desconexión. A veces es muy útil alejarte de lo cotidiano, poner distancia, tomarte un tiempo para ti misma. Para reflexionar, valorar y hacer balance.

—¿Y ese balance es positivo? —Él sabía que la respuesta podía no ser la que quería escuchar, pero debía mostrarse desafiante y no temeroso.

—Alejarse puede servir para motivarte de nuevo. Y para redescubrir lo afortunada que eres o lo que echas de menos a las personas que quieres cuando te alejas de ellas.

—Tras escucharte doy por hecho que el balance ha sido positivo, pues —Patrick evitó ir más allá; no era el momento de ahondar en conclusiones profundas ni de crear controversias—. También he de felicitarte por tu brillante idea de instaurar en nuestras bodegas europeas lo que has denominado, con acierto, la Fiesta de la Uva.

—Te agradezco el cumplido, Patrick.

—Es una excelente acción de relaciones públicas y un evento que consolida la prestigiosa imagen de marca de nuestros vinos.

—Acudieron clientes de Alemania, Suiza, Francia, Italia, España e Inglaterra. Incluso también se dejaron caer algún ruso y un par de representantes de Emiratos.

—Lo sé y te reitero mi felicitación por ello. Nuestros clientes principales están encantados con la celebración y ya han manifestado su deseo de que los Mountbatten lo celebremos cada año, como una tradición. Tendremos que replicar el mismo formato en nuestros viñedos del Valle de Napa.

—Ya había contado con ello, querido —respondió Rosemary sin dar demasiada importancia al éxito de su iniciativa. También quiso dar por hecho con su respuesta que ella ya había pensado en poner en marcha un evento similar en sus terrenos vinícolas de California, algo que era realmente cierto.

Aquella idea que estaba recogiendo tantos elogios, la Fiesta de la Uva, había tenido lugar sin haberla planificado de antemano. Rosemary organizó una fabulosa celebración durante su visita a la bodega familiar de la Toscana; se le ocurrió sobre la marcha, influenciada por la belleza del entorno, el agradable clima primaveral, el buen vino que se había obtenido en las añadas anteriores y por la calidad de la cosecha que se preveía para el año en curso.

En las invitaciones que cursó utilizó el nombre de Fiesta de la Uva como motivo principal de la convocatoria. Así pues, como sonaba francamente bien, aquel fue el nombre con el que se dio a conocer entre las gentes del mundo del vino la iniciativa de Rosemary. Debido a la buena acogida de la celebración y a las felicitaciones que recibió por la impecable organización, decidió que esa fiesta se iba a repetir en Burdeos, Borgoña y Jerez.

—Y en cuanto regrese a los Estados Unidos haremos algo parecido en el valle de Napa —se dijo a sí misma mientras todavía permanecía en Europa, muy satisfecha por el resultado de su iniciativa.

Los eventos consistieron en la celebración de un gran baile en los terrenos adyacente a las bodegas, con la excusa de agradecer los buenos vinos que se habían producido en años pasados, las cosechas de la uva venideras y también para reunir —y agasajar generosamente— a las personas de interés vinculadas a su negocio. Por eso invitó a otros viticultores de los alrededores de cada una de las respectivas regiones donde crecían sus vides, así como a sus compradores más importantes y a otros actores muy representativos relacionados con sus vinos, como distribuidores, empleados y proveedores.

Contrató orquestas y a los mejores artistas locales para amenizar las veladas; utilizó la uva como elemento conductor y principal en la decoración; encargó impresionantes arreglos florales —a ella le apasionaba estar rodeada de flores—; organizó una exquisita cena para un centenar de personas en cada localización —insistió para que los servicios de catering contratados sirviesen los más exquisitos productos gourmet, como jamón ibérico con un cortador profesional, embutidos trufados, caviar del Caspio, salmón y skrei noruego, quesos y patés franceses, patas de cangrejo real del mar del Norte o langosta y bogavante del Cantábrico—; viandas que fueron generosamente regadas por las mejores etiquetas de los vinos Mountbatten de cada región.

Aunque no se olvidó de habilitar una barra para los que preferían degustar licores, cócteles y otros combinados después de la cena. Por último, durante el transcurso de la velada, organizó una subasta con sus vinos más demandados. La recaudación fue destinada a obras benéficas vinculadas a causas locales. Tras disfrutar del baile correspondiente a la primera Fiesta de la Uva, los asistentes pudieron contemplar espectáculos pirotécnicos cuyos fuegos artificiales tiñeron de destellos y reflejos multicolores el cielo, las colinas, los valles y los campos cercanos.

Patrick contemplaba a su esposa con curiosidad y admiración. Parecía haber rejuvenecido un lustro. Aunque ella no se había privado de disfrutar de las más deliciosas comidas y de los mejores vinos, Rosemary había adelgazado cinco kilos durante el tiempo que permaneció en Europa; ahora tenía el rostro bronceado por el sol del Mediterráneo, el tono del cabello más claro, había adoptado un peinado más actual y para su encuentro se había puesto un impecable traje sastre de Versace de color verde menta —a juego con unos altos stilettos de Manolo Blahnik— que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel.

En el hombro lucía uno de sus broches más característicos adquirido en una subasta de Christie's años atrás: de gran tamaño, realizado en oro con vista de plata, se trataba de una araña cuyo cuerpo lo conformaba una inmensa perla madre de Tahití muy exclusiva por su brillante color plateado; las patitas estaban cuajadas de diamantes y los ojos se representaban con dos esmeraldas de gran pureza. Ella era muy aficionada a las sortijas de estilo Chevalier, a los broches de insectos y a los caftanes, hasta el punto de que los coleccionaba.

Pero ella no solo había mejorado su aspecto físico: Patrick constató que también irradiaba prestancia, serenidad, templanza y una gran seguridad en sí misma. Desde que la conoció jamás había visto a Rosemary tan radiante.

—La actitud es el mejor complemento. Y nunca se pasa de moda —solía advertirle ella a su hija Alice a menudo. Algo que había interiorizado a rajatabla antes de su vuelta a la Gran Manzana.

Tras aterrizar en Nueva York procedente de Palma de Mallorca y después de hacer una breve escala en el aeropuerto de Madrid, ella aterrizó en Nueva York. La primera noche que pisó suelo estadounidense decidió pernoctar en la residencia familiar de Los Hamptons.

Prefirió no dormir en Manhattan porque quiso prepararse a conciencia el encuentro con Patrick tras su alejamiento voluntario durante tantos meses. No deseaba que nada le perturbase o influyese, y por tal motivo estaba muy segura de querer permanecer sola en la mansión de la costa; era la mejor opción para mantener inalterado su estado de ánimo.

Su marido la citó al día siguiente al mediodía en la última planta del impresionante inmueble que acababa de adquirir en el Upper East Side y que en poco tiempo se iba a convertir en uno de los edificios más emblemáticos de la ciudad. Desde la terraza, a una altura de casi trescientos metros, se podían contemplar el Empire State, el edificio Chrysler y la zona del Midtown; aquella azotea contaba con una extensión tan amplia que también ofrecía unas buenas vistas de gran parte de Central Park. Y parecía que, con tan solo extender la mano, se podían acariciar los rascacielos de los alrededores.

Rosemary estaba impresionada por el tesón de Patrick: sabía cómo luchar para alcanzar sus

ambiciosos objetivos y conseguir sus metas. Ella se alegraba de veras por la adquisición de uno de los inmuebles más codiciados y prestigiosos de Manhattan, aunque no lo demostró abiertamente delante de él. Antes de aquel crucial reencuentro se había propuesto permanecer impasible, demostrarle que había tomado las riendas de su vida sin dejarse sugestionar por su omnipresente carisma e influencia.

También quería evitar que las incontrolables emociones que le iba a provocar el hecho de volver a estar frente a frente, afectasen al desarrollo de una conversación que había tenido mucho tiempo para prepararse. Deseaba mostrarse flemática, fría, segura y tomar la iniciativa cuando le fuese posible. Aunque era consciente de que Patrick era un avezado contrincante con una extraordinaria capacidad de improvisación, que la conocía mejor que nadie, y que en su presencia jamás llegaba a ser previsible cómo iban a desarrollarse los acontecimientos.

—Las cuatro últimas plantas serán la nueva residencia de la familia en la ciudad —afirmó su esposo henchido de satisfacción.

—Ajá —respondió ella escuetamente mientras le miraba a los ojos. Su expresión parecía tan retadora como seductora.

—Cada una de las cuatro plantas tiene cerca de mil metros cuadrados —prosiguió él, intentando mantener un control que intuía se le estaba escapando—. La cincuenta y nueve, y la que estamos pisando ahora mismo, la sesenta —que comprende el ático y esta impresionante terraza— serán nuestro nuevo hogar. La planta cincuenta y ocho será la vivienda de Edward; y la cincuenta y siete al completo es para de Alice.

—Parece que lo tienes todo perfectamente planificado, como suele ser habitual en ti.

—Nuestros hijos ya han visitado lo que se va a convertir en su nueva residencia y están absolutamente encantados.

—Algo normal, ¿qué esperabas? Ellos no son tontos y esto es impresionante. Te felicito por la adquisición.

—Bueno, Alice opina que una planta entera de un rascacielos es demasiado grande para ella; dice que, de momento, no va a ocupar ni una tercera parte del espacio que corresponde a su vivienda. Pero en el futuro me agradecerá disponer de tantos metros cuadrados cuando le llegue el momento de tener descendencia.

—Quizá ella no quiera tener esa descendencia que mencionas. Traer hijos al mundo es una decisión no una obligación.

—Por supuesto, Rosemary. Se trata una determinación muy personal que solo le corresponderá tomar a ella cuando llegue el momento.

Patrick iba reculando sobre la marcha porque ya se había percatado de la situación; en apenas unos minutos de conversación, varias de las respuestas de Rosemary habían sido implacables: lo acusaba veladamente de controlador y manipulador, pero sin decirlo abiertamente. Y mientras lo hacía, se reivindicaba a sí misma una y otra vez con una seguridad desconocida.

Estaba claro que su esposa había regresado con una latente fuerza interior y con las cosas muy claras. Su actitud, su atuendo y hasta su aspecto también demostraban que tenía delante a una nueva mujer. O, al menos, a una Rosemary más intrépida, sagaz y decidida. Él sabía interpretar las señales de los demás; era una de sus habilidades, algo que le otorgaba ventaja en los negocios y también en la vida.

Aunque en esta ocasión se encontraba nervioso y hasta vacilante, puesto que nadie más aparte de ella misma, conocía la decisión que había tomado con respecto a su futuro en común y a su reconciliación. No se lo había confesado a nadie del bufete, sus amigos y conocidos nada sabían de su situación —aunque los rumores se habían acrecentado a lo largo de las últimas semanas debido a su ausencia— y sus hijos ni siquiera sabían oficialmente que estaban atravesando una crisis, aunque resultaba obvio que ambos lo sospechaban. Especialmente Alice, quien no había dejado de preguntar por el alejamiento de su madre una y otra vez durante los últimos tiempos.

Por todo ello, él había determinado que su primer encuentro tras la separación tuviese lugar en el que estaba llamado a ser su nuevo hogar, uno de los inmuebles más impresionantes de todo Manhattan. Una propiedad que los iba a consolidar como una de las dinastías más influyentes y poderosas del país. Patrick contaba con la certeza de que llevar a Rosemary a un escenario tan vinculado estrechamente al porvenir de la familia, era el mejor de los aliados.

Mucho más acertado que citarla en un exclusivo restaurante o en cualquier otro lugar más impersonal. Él bien conocía que saber manejar las emociones ajenas siempre otorgaba ventaja en cualquier negociación.

—He estado reflexionando mucho sobre ello y podría delegar la tarea de decorar nuestra flamante residencia en los interioristas y profesionales de más prestigio.

—Podrías, sí. Podrías hacer lo que te viniese en gana, de hecho. No sería la primera vez. Además, tienes recursos y talento para ello —interrumpió Rosemary con voz dulce, una amplia sonrisa en sus labios y sin perder la compostura.

Quería demostrar que en aquella conversación —y en casi todo lo que aconteciese entre ellos de ahí en adelante— intentaría ser ella quien llevase las riendas. O, al menos, iba a procurar que prevaleciese su opinión e impronta siempre que fuese posible.

—Pero a pesar de todos esos recursos que estás mencionando, a mí me encantaría que seas tú quien se encargue de darle vida a estas cuatro plantas —respondió él con calma, eludiendo la provocación de Rosemary—. Que decores cada estancia y cada rincón a tu gusto, sin reparar en gastos, y que las conviertas en nuestro nuevo hogar. Yo soy bueno para manejar las finanzas, multiplicar exponencialmente nuestra economía y diversificar los negocios de los Mountbatten, pero tú eres la persona que da calor y color a nuestra familia.

Patrick hablaba como si nada hubiese pasado en su matrimonio; como si su interminable aventura y el alejamiento de su esposa hubiesen sido un punto y seguido necesario y ahora retomasen la trama de su vida conyugal exactamente en el mismo instante donde la habían dejado meses atrás. Rosemary esperaba algo parecido porque conocía a su marido a la perfección: sabía que las escenas y los dramas no iban con él. Y a ella eso siempre le había gustado.

Ella se paseaba por las impresionantes estancias del que estaba llamado a ser su nuevo hogar sin inmutarse, observando cada detalle con atención, pero manteniendo un porte sereno no exento de un punto de altanería. Patrick estaba preparado para algo similar porque intuía que su esposa no iba a montar una escena ni a mostrar de una manera explícita contrariedad alguna. Rosemary no era del tipo de mujeres que se dejan llevar por los ataques de celos ni le agradaba mostrar ante el mundo los estragos del despecho. Dominaba como nadie el manejo de las apariencias y eso era algo que él valoraba y admiraba.

A lo largo de aquella visita a las últimas plantas de su nuevo edificio, ambos se estaban tanteando con tanta expectación como suspicacia. Los dos conocían de sobra el motivo que había golpeado su vida de pareja hasta casi extinguirla. Por eso eran plenamente conscientes de a quien le correspondía exigir y a quien ceder; a quien reclamar y a quien otorgar; a quien pedir y a quien acatar; a quien reivindicar y a quien conceder; a quien asumir sus culpas y a quien salir triunfante en un nuevo volver a empezar. Que era justo lo que se estaba fraguando en aquel ático. Pero al estilo, modos y maneras de los Mountbatten.

—¿Y por qué das por hecho que yo voy a querer encargarme de la decoración de esta inmensa residencia? —Ella estaba deseando hacerlo, pero quería probar a Patrick; incluso jugar un poco con él a su antojo. Había llegado su turno y el tiempo de hacer las cosas a su manera.

—No lo doy por hecho, Rosemary. La decisión es únicamente tuya, por supuesto.

—Hay muchas decisiones que me pertenecen solo a mí.

—Tienes razón y lo comprendo. Simplemente te he manifestado mi deseo de que lo hagas; de que seas tú quien diseñes el nuevo hogar de los Mountbatten. A tu imagen y con tu estilo personal. Tienes un sentido de la estética excelente, gran habilidad combinando tejidos y colores, así como una sensibilidad excepcional para elegir las mejores piezas de arte clásico y contemporáneo. Eres muy buena en esos cometidos. Y lo más importante: conoces mejor que nadie la esencia, el espíritu y los gustos de nuestra familia. ¿Por qué delegar fuera lo que tenemos dentro?

—Buena pregunta, querido. No exenta de retórica, pero muy buena igualmente. De hecho, yo me pregunto a menudo lo mismo: ¿por qué buscar fuera lo que ya tenemos en casa?

Obviamente ella se estaba refiriendo a la relación entre Patrick y Mary, pero se había propuesto desde ese momento en adelante no nombrar jamás a esa mujer en su presencia ni ante terceros. Ni verbalizar su enojo, resentimiento ni su ira delante de él. Sentimientos que cada vez sentía más lejanos e inapropiados: porque el odio hace más daño a quien lo padece que a quien lo genera. Así que era mejor dejarlo fluir sin dejarse influenciar por sus estragos.

Ignorar a aquella desconocida y hacerla insignificante ante los ojos de su esposo —y de todos los demás— era la mejor estrategia. Sin embargo, traerla a sus conversaciones, rememorarla continuamente, convertirla en protagonista de su reencuentro o mentarla detrás de los muros del que se iba a convertir en su nueva residencia neoyorquina, significaba engrandecerla, otorgarle un lugar y una importancia que esa mujer no se merecía.

—A veces no buscamos nada fuera.

—Ah, ¿no? Qué curioso...

—Lo cierto es que no. Simplemente nos lo topamos y no sabemos sortear los obstáculos.

—O no queremos sortearlos y preferimos disfrutarlos...

—En ocasiones la vida nos obliga a errar, Rosemary. Es algo implícito a nuestra condición de humanos.

—Y en más ocasiones de la que nos gustaría nos toca enmendar los errores con dignidad. Aunque sean los errores de los otros.

—Si alguien sabe de dignidad, esa eres tú. Y si alguien sabe de errores, ese soy yo —sentenció él.

Era su manera de pedir perdón a la vez que dejaba entrever a su esposa que era muy consciente de que estaba frente a una mujer virtuosa, a la que admiraba y respetaba. A Patrick le estaba fascinando esta Rosemary renacida y se dio cuenta que ese proceso —complejo y doloroso— que ella había atravesado y superado, la había convertido en una mujer más hermosa.

Quizá ella ahora acumulaba cicatrices en el alma, pero era obvio que tenía más ganas que nunca de afrontar y enfrentarse a todo lo que estaba por venir; además, resultaba evidente que se sentía mucho más cómoda en la nueva piel que habitaba. La Rosemary que tenía delante era el ejemplo vivo de que saber levantarse después de una fuerte caída o sobrevivir a la más brava de las tormentas vitales, fortalecía y volvía a los seres humanos más bellos, por dentro y por fuera.

Le daba la sensación de que se encontraba frente a la misma persona de siempre —con idéntico fondo, interior y valores de antaño—, que estaba al lado de esa esposa a la tanto quería, pero que ella le estaba mostrando con mucha soltura y seguridad la mejor versión de sí misma. Estaba dejando salir a una mujer más fuerte, astuta, enérgica, segura, valerosa, atrevida e imperturbable.

—Todavía no me has respondido, querida.

—¿Sobre qué asunto?

—Acerca de si te vas a encargar de decorar y poner a punto las nuevas residencias de los Mountbatten...

—¿Y qué te hace pensar que yo no querría dirigir y tomar todas las decisiones que me competen como matriarca de esta familia respecto al que se va a convertir en mi nuevo hogar? Yo siempre he cumplido, cumplo y cumpliré con mis obligaciones. Especialmente como esposa y como madre.

—Lo sé, pero...

—No me interrumpas, Patrick. Todavía no había terminado. Porque quiero recalcar algo muy

importante: no lo voy a hacer debido a que tú me lo pidas o porque sea lo que tú desees, sino porque es lo que me apetece hacer a mí, porque es mi responsabilidad. También he pensado otras cosas. Muchas cosas...

—Has tenido tiempo para ello —ironizó Patrick—. Tú dirás, te escucho con mucha atención.

—Quiero organizar aquí una fabulosa fiesta para inaugurar esta importante adquisición familiar. Este inmueble será envidiado por todo Nueva York. Con la excusa de una celebración y un agasajo navideño a nuestros amigos y conocidos, traeré hasta el ático de Torre Mountbatten... —en ese momento Patrick la interrumpió.

—¿¿¿Torre Mountbatten??? —preguntó sorprendido.

—Si los Trump cuentan con su propia torre en Manhattan, ¿por qué no podemos tenerla nosotros? ¿Te parece mal? Nuestro edificio es tan imponente o más que el suyo.

—Al contrario, me parece fantástico.

El nombre le había entusiasmado, así como el trasfondo al que acababa de hacer referencia su esposa. Se estaban convirtiendo en una dinastía tan influyente y poderosa como los mismísimos Trump, con quien además mantenían una cordial relación. De hecho, Rosemary e Ivana quedaban a comer frecuentemente y congeniaban desde que se conocieron años atrás.

—Como te decía, Patrick, organizaré una fiesta de Navidad de la que se hablará durante meses. Me encargaré personalmente desde el primero hasta el último de los detalles para que resulte deslumbrante. La ambientación será divina. Y aunque la excusa de la convocatoria sea brindar y reunirnos por las fiestas y el nuevo año, en realidad se convertirá en una demostración de fuerza y poder de nuestra familia. Quiero que las personalidades más influyentes admiren con sus propios ojos esta nueva residencia de cuatro plantas de los Mountbatten, una propiedad que casi roza el cielo del Upper East Side. No faltará nadie de la alta sociedad neoyorquina ni de las élites financieras, políticas y mediáticas del país entero. También estarán invitados modelos, actores, deportistas y artistas de relevancia internacional.

»Me encargaré personalmente de que, de ahora en adelante, nuestras convocatorias se conviertan en las más selectas y distinguidas de la sociedad estadounidense. Quien no sea invitado se sentirá relegado en el escalafón social. Y quiero que sepas que continuaré organizando año tras año la Fiesta de la Uva en Francia, Italia y España. Será mi responsabilidad: yo seré la única persona que tomará las decisiones referentes a estos eventos. Si Torre Mountbatten se va a convertir en el epicentro de la flor y nata de nuestro país, nuestras bodegas lo serán de la aristocracia y la jet europea. Y también de California, porque me encargaré de llevar esa celebración al corazón del valle de Napa durante la próxima primavera.

»Todo esto que ahora te estoy desvelando, Patrick, significa que viajaré frecuentemente a la Costa Oeste y a Europa. Que estaré en continuo movimiento, hiperactiva, desarrollando mis propios proyectos y poniendo en marcha nuevas iniciativas. Y que tendré mi propia agenda de trabajo no necesariamente vinculada a la tuya. Aunque estaremos coordinados y formaremos un equipo.

—Será como dices, Rosemary. No solo no pongo ninguna objeción a lo que me estás contando, sino que te confieso que admiro tu determinación. Adelante con tus propuestas, ideas y con tus nuevas perspectivas vitales. Te apoyaré en todo cuanto precises, estaré a tu lado incondicionalmente, respetaré tu espacio y no me inmiscuiré en nada, a no ser que tú me lo pidas. Y una cosa más: quiero que sepas que me siento orgulloso de ser tu esposo. Antes, ahora y siempre.

—Yo no siempre he estado orgullosa de ti, Patrick. Pero espero y deseo volver a estarlo de ahora en adelante y hasta el fin de mis días.

Epílogo

La vida misma

Ocurrió por casualidad algún tiempo después, durante el transcurso de un viaje de trabajo de H&R. El sorprendente descubrimiento tuvo lugar cuando Helen se dispuso a mostrar en la puerta de embarque del JFK, el aeropuerto principal de Nueva York, su tarjeta de identificación. Entonces observé de reojo que mi jefa era identificada en el pasaporte como Mary Helen Vila, no como Helen a secas. Y aunque al principio se trató de una corazonada enseguida até cabos: Mary como primer nombre, edad muy similar a la de Patrick, mujer atractiva, independiente, triunfadora, divorciada, alguien que vivió en Inglaterra durante su juventud... Y la prueba definitiva: caí en la cuenta de por qué la caligrafía de las cartas de Mary me había resultado familiar: porque era la letra de Helen.

Una de las personas que había sido más crítica con Patrick durante el proceso de separación — seguramente para cubrirse bien las espaldas y no levantar sospechas acerca de sus verdaderos sentimientos hacia él—, y que a la vez era la mujer que me recriminaba con severidad cuando yo le defendía o mostraba interés hacia su persona. Quizá porque sintiese celos de la admiración que otras profesaban hacia el objeto de su deseo o porque temiese que yo pudiese llegar a convertirme en una posible rival si me acercaba demasiado a él y quería evitar a toda costa posibles intromisiones en su gran secreto.

Mantuvo una relación clandestina con Patrick durante más de veinte años y encima fue capaz de cobrarle unos honorarios muy elevados a Rosemary para hacerse cargo de su proceso de separación y divorcio, algo que finalmente jamás se llegó a ratificar en los tribunales porque ambos se reconciliaron.

Fue el mismo Patrick quien había hablado a menudo en buenos términos sobre el bufete de Helen delante de su esposa; tan sibilino y astuto como solía, sin duda lo hizo para que su mujer tuviese buenas referencias sobre H&R y nos eligiese como asesores legales en el caso de ser necesario. O, al menos, para intentar que nos tuviese en cuenta durante su toma de decisión. Rosemary — como cualquier persona sensata que estuviese al tanto de su intachable trayectoria— tenía en muy alta consideración las habilidades y el criterio de Patrick respecto a los aspectos financieros y legales, así que seguiría sus consejos en este ámbito. Lo que finalmente hizo.

Él era consciente de que, si de forma velada era capaz de conseguir que Rosemary nos contratase como sus abogados, estaría al corriente de cómo acontecía todo de primera mano: su amante — (Mary) Helen—, era la socia principal. De ahí la reticencia y el mutismo de Patrick para revelar detalles acerca de la identidad de la mujer con la que había mantenido una relación interminable durante dos décadas. Y vaya si consiguió su propósito: H&R se convirtió en el bufete de su esposa. Patrick tenía un talento innato para las finanzas, los negocios y para salirse con la suya. Eso era incuestionable.

Y más evidencias irrefutables sobre la identidad de la amante de Patrick: por su implicación en

los hechos, Helen actuó desde el principio como una secundaria y movió a su antojo los hilos de la marioneta más novata —yo misma— desde la dirección del bufete. Por ello mandó a la recién incorporada en H&R, a mí, a las oficinas de los Mountbatten para reunirme con él sabiendo que saldría indemne a pesar de la envergadura del personaje. Y debido a la relación íntima que los unía, ambos evitaron coincidir a lo largo de todo el proceso.

Las cartas de amor que nos entregó Rosemary permanecieron a buen recaudo en la propia caja fuerte del despacho de Helen. Así nadie tendría acceso a las misivas de amor que se había intercambiado una pareja de forma oculta durante más de dos décadas. Las cartas que ella misma había escrito a Patrick.

Nunca llegamos a saber si ambos continuaron con su relación después de la reconciliación de los Mountbatten, pero si alguna vez lo hicieron nadie los vio jamás ni se tuvo constancia alguna. Sin embargo, Rosemary y Patrick se mantuvieron juntos y aparentemente felices hasta el final. Jamás volvieron a separarse.

Nota de la autora

Todas las localizaciones de la ciudad de Nueva York y sus descripciones son reales, excepto Crystal y la terraza del Hudson.

Las referencias legales al proceso de separación y divorcio de los Mountbatten no atienden a ninguna legislación vigente en la actualidad, aunque se inspiran en legislaciones del pasado.

Biografía



Carmela Díaz, que firma esta colección bajo el seudónimo de Kate Austen, tiene una excelente formación —doble licenciatura y doble posgrado— y cuenta con una extensa trayectoria en el ámbito de la comunicación y las relaciones públicas. Actualmente dirige una prestigiosa agencia de comunicación.

Colaboradora habitual de diversos medios, entre ellos *Semana*, en los últimos años ha publicado miles de artículos y columnas de opinión. Está especializada en estilo de vida, gastronomía y viajes. Escribe el blog «La Dolce Vita» en *Clara*, reportajes gastro en *El Confidencial*, artículos sobre ocio y tendencias en *Diario Abierto*, en el suplemento de viajes de *El Economista*, y *Boulevard Style* en *Marie Claire*.

Es autora de catorce novelas, entre ellas la colección *Damas de Manhattan* —best seller en España—, editada por la revista *Semana*; la trilogía *Princesas de Hollywood*, editada por la revista *Semana*; *Amor es la respuesta*, editada con éxito por *La Esfera de los Libros*; y *Tú llevas su nombre*, publicada también en México y otros países de Latinoamérica.

@CarmelaDfx

@CarmelaDf

Carmela Df

Nos prometimos el cielo

Serie Damas de Manhattan II

Carmela Díaz bajo el seudónimo Kate Austen

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.

Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, equipo de diseño Semana

© Carmela Díaz, 2023

© Sociedad Semana, S. L., 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2023

ISBN: 978-84-08-27206-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

■

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

■